



ROSARIO MORENO

CARIÑO MALO

**LA VIOLENCIA DEL HOMBRE HACIA LA MUJER EN LA CLASE
ALTA CHILENA RELATADA POR SUS PROTAGONISTAS**

 **Planeta**

CARIÑO MALO

**La violencia del hombre hacia la mujer en la clase
alta chilena relatada por sus protagonistas**

ROSARIO MORENO

Con la colaboración de Sofía del Río e Isidora Lermenda

 **Planeta**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2021, Rosario Moreno

Derechos exclusivos de edición:

© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: marzo del 2021

ISBN edición impresa: 978-956-360-861-8

ISBN edición digital: 978-956-360-862-5

Inscripción N° A-323

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Dedicado a todas las Amelias
que han callado,
a las que se han atrevido y a las
que romperán sus ataduras...

Índice

AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
INTRODUCCIÓN
TESTIMONIOS
ENCUÉTRANOS EN...
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Agradecimientos

Gracias encarecidas a todas las fuentes que dieron sus testimonios para que este libro de denuncia periodística viera la luz. Especialmente, a las mujeres de la clase alta chilena, víctimas de abuso psicológico, sexual, físico o económico por parte de sus parejas, ya sea casadas o pololeando, y de tres generaciones, pues hubo mujeres valientes, desde los diecinueve a los setenta y un años, que relataron –descarnadamente– lo que se sufre en una sociedad que disimula los golpes, castiga el escándalo y se guía demasiado por lo que pueden opinar sus pares.

Les agradezco también porque, si bien al ir oyendo sus historias la tarea se hizo cuesta arriba, me dieron la fuerza para seguir. Sentía sus voces y soñé con ellas. Una de estas mujeres me regaló una escultura de un ave que encumbra el vuelo y la instalé afuera de mi escritorio. En minutos de flaqueza, la miraba en paz, y volvía a escribir. Tenía que terminar esta encomienda, porque hay que gritar al mundo lo que muchos saben, pero esconden.

Quiero reconocer también a las que quisieron hablar, pero luego se arrepintieron. Es que el miedo muchas veces es más fuerte y, a medida que me fui adentrando en esta investigación, no solo lo fui entendiendo, sino que empatizando con él. Sus conversaciones y encuentros igual aportaron, y mucho.

Hubo dos jóvenes periodistas que perseveraron en querer participar de la investigación del libro. Fue tanta su insistencia, que finalmente formaron parte del proyecto y fue un tremendo acierto. Muchas gracias a Sofía del Río Rau e Isidora Lermenda Aguirre. Me enseñaron, una vez más, que en las nuevas generaciones también hay hambre de aprender, colaborar y hacer un buen trabajo.

A mi familia; sin su apoyo, yo no sería. Muchas gracias a Felipe y Rosario, por el ánimo, la paciencia y el cariño incondicional. Lo son todo.

Asimismo, a editorial Planeta y sus colaboradores, por apoyarme nuevamente con gran profesionalismo a denunciar este tipo de prácticas con las que debemos terminar. Si todos nos levantamos, es algo que podemos lograr.

Gracias especiales a Carabineros de Chile, al Servicio Médico Legal, al Tribunal Eclesiástico, a la Subsecretaría de Prevención del Delito, al SernamEG, jueces de familia, siquiátras, psicólogos, ortodoncistas, familiares de víctimas, trabajadoras de casa particular, peritos forenses, centros de apoyo, abogados de familia y penalistas, etc., porque sus miradas fueron de gran ayuda en la investigación. Habría sido de gran utilidad que la Fiscalía Nacional Oriente o Nacional hubiese participado, pero, luego de insistir en reiteradas ocasiones para tener su versión oficial, no hubo respuestas afirmativas. Igualmente, el libro incluye testimonios de exfiscales y de personas ligadas hoy a la Fiscalía. Muchas gracias a estos últimos.

Prólogo

Supe que estaban haciendo este libro por casualidad. Alguien le contó a mi mamá que había una periodista investigando el tema del maltrato del hombre hacia la mujer en la clase alta chilena. Y sin saber muy bien cómo, me llegó el contacto de Rosario Moreno. No dudé un segundo en escribirle, en hablar con ella, en querer contarle. Soy así, un poco impulsiva cuando creo que algo se debe hacer; muchas veces no mido las consecuencias.

En mi entorno, se tomaron de distintas maneras que estuviera dispuesta a dar mi testimonio. Mis amigas me decían que era valiente al querer hacer público algo tan humillante. Mi hermana, como yo, opinaba que había que hacerlo. Mi pareja actual, en cambio, me preguntaba para qué, cuál era la necesidad de revivir el dolor si ya estaba en el pasado.

La verdad es que he pensado mucho en la razón que me motivó a hablar. No es la venganza: han pasado años y él ya no me importa. No es valentía tampoco, no lo siento así. Lo que me impulsó a participar de este libro fue recordar la soledad que sentí por años.

Fui maltratada durante todo mi matrimonio y gran parte de mi pololeo de manera psicológica, física, económica y sexual. Y nunca se lo dije a alguien. No me atrevía. Me daba vergüenza. Pensaba que nadie me entendería. No conocía a otra mujer a la que le estuviera pasando algo así.

Creo que un libro como este, en ese momento, hubiera sido un gran apoyo, una ayuda en la soledad que sentía. ¡Saber que no era la única!, que había más mujeres como yo, calladas, viviendo un infierno en sus casas.

Acordamos un día y una hora con Rosario y nos juntamos. Estaba nerviosa. La noche antes empecé a recordar detalles de mi “vida anterior”. Así la llamo, algo como un “antes y después de Cristo”: el infierno que viví antes de separarme y la paz en la que vivo desde que lo hice... Fue difícil volver a sumergirme en el pasado.

Cuando comencé a contar mi historia, me di cuenta de que había olvidado muchos detalles de fechas y lugares, pero las sensaciones seguían intactas. La angustia y el dolor de guata volvían con los recuerdos. Me imagino que el cuerpo es sabio y que olvida muchas cosas para seguir avanzando, para poder seguir viviendo.

Casada estuve al borde de la desnutrición, casi anoréxica. Y no es que no quisiera comer. Es que no podía. Vivía con el estómago apretado, hecha un nudo, y al tragar tres bocados, no podía más.

Si sonaba el teléfono y era él, en una de sus diez llamadas diarias; si sentía sus llaves en la cerradura de la puerta de nuestra casa; si lo escuchaba en la mañana hojear el diario; si lo sentía meterse en mi cama y tocarme... todo, simplemente todo hacía que mi cuerpo reaccionara físicamente a su presencia y no quisiera recibir alimento alguno. Hoy, diez años después de mi separación, tengo cáncer.

Al contar mi historia, al volver a recordar, me di cuenta de que una cosa es olvidar, y otra distinta, superar. Y que tal vez mucho ya está olvidado, pero no cien por ciento superado. Hice años de terapia. Empecé unos meses antes de tomar la decisión de separarme y seguí por varios

años más, hasta que sentí que podía con mi vida. Ahora que he recordado todo esto, creo que la necesito otra vez. Y no me avergüenza decirlo. Ya aprendí a pedir ayuda cuando la requiero.

Una vez terminada la entrevista, fui directo a ver a mi hermana. Quería comentarle la conversación y, sobre todo, necesitaba que me abrazara en medio del llanto. Al pasar los días, empecé a recordar otras escenas de maltrato, otros tironeos, otros gritos, otras humillaciones. Se me venían a la mente en los momentos más inoportunos: cuando estaba manejando, en el supermercado o en el trabajo. Y, de lejos, escuchaba la voccecita de mi hijo menor: “Mamá, ¿estás bien?” y ahí, de golpe, volvía a la realidad, respiraba profundo y me decía: “Todo ha pasado. Ya no estoy casada con él, ya no tengo por qué aguantarlo”. Vivo tranquila otra vez.

Rosario me pidió escribir estas líneas. Me dolió el estómago cada vez que tuve que hablar con ella para afinar el texto o cuando le comentaba a alguien que se estaba haciendo este libro, pero siento que es mi deber ayudar y aportar para que otras mujeres no pasen por el calvario que viví yo.

Me encantaría poder firmar este prólogo con mi nombre verdadero. Decirle al mundo quién soy. Que vean mi cara. Sobre todo por esas miles de mujeres que siguen siendo maltratadas dentro de sus casas. Desgraciadamente no puedo. No por mí, sino, porque tengo que proteger a mis hijos. Él sigue siendo su papá. Y nos puede volver a hacer mucho daño...

Para el mundo seré Amelia, y espero que todas las Amelias que van por ahí en sus autos, aparentando que todo está bien, pero que en realidad llevan un cuerpo golpeado y un corazón roto, se sientan no solo representadas en este libro, sino que les traiga fuerza para cambiar sus vidas. No es fácil, pero es el primer paso para reconstruirse como mujer.

Así como yo hablé en esta publicación, también relataron sus historias muchas mujeres valientes de la clase alta chilena; muchas Amelias, porque el dolor y el maltrato no distingue clases sociales, ciudades, ni generaciones...

Hago también un llamado a que este libro lo lea la juventud: hombres y mujeres. Esto tiene que cambiar, porque pasa al frente y al lado de nosotros, y de ahí la importancia de prevenir. Yo puedo afirmar que mis hijos lo van a leer, necesito que lo hagan, sin duda será una herramienta para poder decir “no” el día de mañana.

Amelia, 2021

Introducción

Miedo. Esa es la palabra que más se escuchó en el proceso de investigación de este libro. Las cinco letras de miedo se aparecían en cada párrafo de la transcripción de las cerca de seis mil páginas de entrevistas. Miedo en las caras y posturas de muchas de las mujeres entrevistadas; algunas lloraban amargamente, con angustia; otras tiritaban, unas pocas se arrepintieron de seguir hablando. Todo por el miedo, ese que abre la puerta a que te paralicen, anulen, desprecien, humillen, te chantajeen, insulten, golpeen o violen.

Tras caras y cuerpos delgados, ojos verdes y azules cristalinos, pelos rubios y manos finas, se escondían historias desgarradoras que uno nunca pensaría que ocurren en la clase más educada, con más tradición y riqueza de nuestro país. Estamos en pleno siglo XXI y pareciera que nada ha cambiado. Ojalá esta investigación sea el primer aliento de una gran transformación necesaria, ahora, ¡ya!

Cuando comencé a reportear me puse como meta en un año entrevistar a veinte víctimas mujeres ABC1 que hubiesen sufrido abuso crónico psicológico, más abuso físico, sexual y económico por parte de sus parejas. La meta de un año se debió a que al revisar la literatura al respecto no existía ningún libro dedicado exclusivamente a esta problemática. Era tocado solo tangencialmente en libros antiguos, en un reportaje de alguna revista o en estudios y estadísticas. Realidad muy distinta a lo que sucede con las clases sociales más bajas, sobre lo cual sí existe material asequible y más actual. ¿Por qué ocurre esto?, al leer las páginas del libro el lector se irá dando cuenta.

En tres meses ya tenía a veinte víctimas que cumplían con el patrón: que además de violencia psicológica hubieran sufrido violencia física o sexual, lo que se entiende como abusos más “objetivos”. Las primeras entrevistas fueron muy duras, no podía creer lo que estas mujeres me relataban (además de ubicar a varios de los abusadores nombrados).

Ingenuamente, pensé que iba a ser un tema más bien liviano, más aún cuando venía saliendo de una investigación de dos años sobre el Servicio Nacional de Menores, Sename, junto a alumnos de Periodismo de la Universidad del Desarrollo. Sin duda, las cloacas y el lado oscuro del ser humano no distinguen barrios, clases sociales, sexos, etc.

Finalmente, el libro incluye treinta testimonios de víctimas directas; mujeres desde los diecinueve a los setenta y un años –tres generaciones–, para que el lector pueda apreciar si el tipo de violencia ha cambiado o no con los años.

Si bien las mujeres entrevistadas firman con seudónimo, por un tema de seguridad para sí mismas y sus hijos, sus edades y colegios de los cuales egresaron son reales. Entre ellos están los colegios Villa María Academy, Los Andes, San Benito, Las Ursulinas, Monjas Francesas, Mariano, Nido de Águilas, San Esteban, Apoquindo, Alemán, Universitario Inglés, La Salle.

Asimismo, entre los colegios de los victimarios, sobresalen el Verbo Divino, Tabancura, San Ignacio del Bosque, Cumbres, Alemán de Viña, San Esteban, Suizo, Padres Franceses, Craighouse, San Benito, Santiago College, Saint George. Es decir, estas malas prácticas y delitos

ocurren tanto en colegios tradicionales católicos como ingleses, cuna de la elite tradicional del país.

De las entrevistas a las víctimas, también me llamó la atención que la mayoría prefirió mi casa para hacerlas, ya sea porque tenían niños chicos que podían oír o porque no querían mostrar el lugar donde vivían, ya que muchas, luego de la separación, han quedado casi literalmente en la calle. Varias vivían de allegadas.

Hubo algunas a las que costó semanas convencerlas de que dieran su testimonio y otras que, al comenzar a *correrse la bola* de que se estaba haciendo este libro, me llamaron directamente para ofrecerse a participar.

Pasó de todo. Hubo una mujer a la cual le hice la entrevista que me llamó a las dos semanas para pedirme que fuera a su casa. Ahí me contó que no había podido dormir desde que había entregado su testimonio, que tenía miedo y que prefería no salir en el libro. Le expresé que no había problema, que la idea no era atormentar a nadie, pero fuerte fue mi impresión cuando me pidió la grabadora para borrar el audio de la entrevista. Si bien le dejé en claro que debía confiar y que una cosa así no se pedía, se lo iba a conceder, porque –le insistí– no quería atormentar a nadie más de lo mal que ya lo había pasado. Tomó mi grabadora de manera desesperada y buscó hasta apretar *delete*. Sin duda aprendí de esta y de muchas otras situaciones peculiares; todo aporta para entender el daño que han sufrido estas mujeres.

Con ciento ochenta horas de grabación en entrevistas sobre la vida de estas mujeres, había material riquísimo para realizar la investigación. Excelente noticia para el libro, pésima para la clase socioeconómica alta chilena que, como dijo una de las fuentes, “está enferma”. Tanto así que, según los resultados de la Cuarta Encuesta de Violencia contra la Mujer en el Ámbito de la Violencia Intrafamiliar y en Otros Espacios (18 diciembre 2019-marzo 2020)¹, la violencia general hacia la mujer entre 2012-2020 subió de 32,6% a 41,4% (mujeres que reconocen haber sufrido violencia al menos una vez en la vida).

Si tomamos solo un año, en 2020, 21,7% reconoce haber sido víctima. Y según grupo socioeconómico, el grupo ABC1 ocupa el 12,7%, frente a una clase media de 17,3% y una baja de 26,8%. En este último estudio resalta que la mayor violencia se da entre el grupo etario entre los diecinueve y los veinticinco años con 34,5% en el último año, seguido por el rango de los quince a dieciocho años, y, en tercer lugar, de veintiséis a treinta y cinco años. Preocupa que el indicador de denuncia presenta una baja significativa respecto de la medición anterior (en violencia física pasa de 36,5% a 29%, y sexual, de 23% a 16,3%, lo que podría significar el aumento de una cifra negra que no llega a la policía. Sería relevante saber el porqué, que en cierta medida lo informa este mismo estudio, ya que muchas de las entrevistas dijeron que no denunciaron, porque “no fue algo serio y no lo consideré necesario”, “me daba vergüenza contar mi situación”, “tuve miedo” y “porque no creo que denunciar sirva o había denunciado antes y no pasó nada”).

En un estudio anterior realizado por la Subsecretaría de Prevención del Delito², en la vida de una mujer entre sus quince y sus sesenta y cinco años, nos encontramos con que han sido víctimas de violencia psicológica, física o sexual un 43% en la clase baja, 35% en la media y 31% en la alta.

Haciendo lupa a la violencia física: a un 9% de las mujeres de clase alta las han golpeado, versus un 20% en las clases bajas. Lo interesante es que, en la baja, la tendencia ha disminuido,

mientras que en la alta ha aumentado, en ambos casos, en dos puntos porcentuales. En la violencia sexual, en tanto, 2% dice haberla sufrido en el estrato alto y 8% en el bajo.

Se debe aclarar que estas son cifras oficiales, que seguramente son más bajas que los números reales, porque, como dicen los expertos en este libro, existe una gran cifra negra de la gente que no se atreve a decir que es víctima de violencia ni siquiera en un estudio o encuesta anónima.

Ahora, si nos comparamos con otros países de la región donde se mide violencia física o sexual, figuran Bolivia con 27,1%, Colombia con 16%, Perú con 10,6%, México con 9,5%, Estados Unidos con 6,6% y Canadá con 1,1%. Es decir, Chile está, tristemente, dentro de los punteros (se debe aclarar, no obstante, que se trata de estudios distintos que pueden utilizar mecanismos de muestra alternativos)³.

Otro dato relevante a nivel regional es que si bien “el 90% de los latinoamericanos consultados sobre si la violencia intrafamiliar es un problema importante o algo importante responden positivamente [por lo cual] la magnitud de los datos contrastan con la leve presencia del tema en las agendas políticas, la escasez de recursos y el comportamiento del sistema judicial, lo que deja en evidencia la brecha entre la demanda ciudadana y la respuesta del Estado”.

Dentro de los testimonios que incluye *Cariño malo*, una de las violencias potentes en la clase alta es la económica, y aquí es muy interesante lo que incluye un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) al respecto, y que se replica en las quejas de las entrevistadas una vez que deciden separarse: su golpeador la sigue violentando de la manera que puede, y una muy fuerte es el dinero. Además, se toca algo que se verá en profundidad en este libro, y es que existen vacíos legales y falta de instrumentos jurídicos para romper esta violencia económica. Agrega el estudio del PNUD que “los procesos [legales] son largos, los deudores tienen en general muchas vías para evadir los pagos, y las cifras fijadas por la vía judicial suelen ser muy bajas como para cubrir las necesidades de las personas que demandan pensión alimenticia”. En Chile, 84% de quienes están demandados por pensiones alimenticias no mantienen los pagos al día, lo que afecta a cerca de setenta mil niños a nivel nacional, según datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Ante esta realidad, en 2020 se anunció un proyecto de ley que propone ingresar al Boletín de Informaciones Comerciales, también conocido como Dicom, a quienes mantienen deudas de pensiones alimenticias, proyecto de ley que aún se encontraba en trámite al momento del cierre de este libro.

Asimismo, con la aprobación de dos retiros del 10% de las pensiones desde el sistema de AFP durante 2020, se instruyó que se entregara por parte de los deudores el porcentaje de dinero que hubiesen retirado y ser entregado a las madres, a favor de las deudas por pensión alimenticia. De acuerdo con la Superintendencia de Pensiones, a 1 de diciembre del 2020 las administradoras habían pagado el 57,4% de las solicitudes realizadas durante el primer retiro. Al cierre de esta investigación, en el Congreso se aprobó una indicación que estipulaba el retiro forzoso para deudores de pensión, por lo que en este segundo retiro se podría pedir el 10% aunque el padre no haya solicitado el dinero.

Por todo lo anterior –y lo que se descubrió realizando la investigación–, es que el objetivo de este libro es denunciar que, en pleno siglo XXI, un importante porcentaje de las mujeres de la alta sociedad chilena son maltratadas por sus parejas, a pesar de que sea un tema que no se habla ni se trate abiertamente, y que dentro del movimiento feminista que ha visto Chile estos últimos

años y el movimiento político social que está ocurriendo, esta es una arista que no ha sido del todo abordada.

En los noticieros vemos la violencia intrafamiliar en los estratos socioeconómicos bajos, donde las mujeres se atreven a dar su testimonio y participar de los programas del SernamEG relativos a mejorar la convivencia marital o personal. De las clases altas no vemos casi nada. El hermetismo es sepulcral. Por ello este libro busca que se toque el tema, porque una vez que se comienza a hablar se transforma en realidad, y la realidad solo se puede cambiar conociéndola.

Un segundo objetivo es ayudar a las mujeres en general y a las de la clase alta, en particular, a que si están siendo golpeadas, violadas o abusadas por sus parejas no crean que son las únicas. Que sepan que son muchas las víctimas y que no hay que guardar silencio. Que sientan que no están solas y que se atrevan a sacar la fuerza para generar un cambio radical en sus vidas. No se puede vivir con el enemigo.

El tercer y último objetivo, quizás el más importante para mí, es crear discusión para cambiar ciertas políticas públicas. Como padres hemos fallado. Nos ocupa que los hijos no se droguen o no tengan relaciones sexuales promiscuas o muy jóvenes, pero ¿hablamos con ellos de lo importante que es tener relaciones de amistad y pololeo sanas?; ¿de lo relevante que es alimentar la autoestima, el quererse a uno mismo? Y, si tenemos hijos hombres, ¿les enseñamos a respetar a la mujer debidamente?; ¿a no ser machistas? Al menos a mí, durante la investigación, me explotó en la cara un cambio de paradigma educativo. Estaba totalmente desenfocada, ni siquiera tenía en el radar que el día de mañana pueden destruir a mi hija mediante la palabra hiriente, el golpe o la violación del hombre que supuestamente la ama.

Por eso el llamado es a discutir el tema en familia y a que los jóvenes lean el libro; en este sentido hago un llamado muy especial a los colegios y universidades. Si bien existen iniciativas aisladas de capacitaciones de relaciones sanas o teléfonos de denuncia, a estas alturas debieran darse cursos obligatorios sobre convivencia saludable. Otro llamado urgente es a las autoridades, porque como se verá en los testimonios, además de serios vacíos legales, estas mujeres muchas veces son discriminadas por los servicios públicos.

Cariño malo busca que el lector se haga su propia impresión de este flagelo. Y no solo a través del testimonio de víctimas de clase alta, sino que también con la mirada de jueces del Tribunal Eclesiástico, Carabineros de Chile, el Servicio Médico Legal, siquiátras, sicólogos, dentistas, peritos lesionólogos, económicos y psicológicos, fiscales y exfiscales, historiadores, jueces de familia, trabajadoras de casa particular, abogados de familia y penalistas, familiares, ONG, etc. Porque detrás de una golpiza cobarde hay todo un círculo que se ve afectado y que debe intervenir. Al entrevistar a más de noventa distintos actores, el objetivo es ilustrar una realidad que se acerque a los trescientos sesenta grados de todos los involucrados en estos maltratos.

Cabe aclarar que las víctimas directas que dan su testimonio ya no están con sus parejas que las lastimaron, han llevado adelante un proceso de sanación muy difícil (y económicamente muy complejo; existe una pobreza encubierta en muchas de las víctimas que no tienen las mismas alternativas de oferta de ayuda que se ofrece a mujeres de clases más bajas), y que les ha permitido hablar para este libro.

Se conversó con víctimas que aún viven con su verdugo, pero que no fueron capaces de hacer público su testimonio por miedo a las consecuencias. Entendible. También hicimos lo posible por entrevistar a victimarios. Dos años buscando, pero no hubo caso, no quisieron hablar,

principalmente, porque el golpeador no reconoce que golpea. Pero en esto quiero ser enfática: durante todo el proceso de investigación tuve la sensación de que existe una red de protección con estos hombres, partiendo por sus familias que les temen o de médicos que “nunca pudieron ubicar a un paciente”, lo mismo con abogados, etc. Esto es, sin duda, una clara señal del machismo que se resiste a retirarse de nuestro país. Es un círculo vicioso que todos debemos ayudar a romper. Es de esperar que a partir de *Cariño malo* se corra una posta y otros periodistas, otras víctimas y victimarios se atrevan a dar la cara para disminuir al máximo este flagelo que se sufre en silencio.

*

La violencia del hombre hacia la mujer ha existido siempre, y en la clase alta por supuesto que también, pero, como hemos dicho, de manera solapada. En el caso chileno, el libro de la doctora en historia Francisca Rengifo, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890*, entrega interesantes testimonios de mujeres maltratadas en el siglo XIX, donde los derechos y deberes entre los cónyuges eran distintos a los actuales. A continuación, uno de los pasajes del libro para ilustrar que, dos siglos después, en pleno siglo XXI siguen ocurriendo casos similares: “Excesos originados en el uso sin moderación que Cruzat hacía del licor. Diariamente su esposo perdía la razón y [...] me prodiga delante de los sirvientes y demás personas de la casa, y aún de afuera, los más groseros y deshonorosos insultos, vejando mi honor, mi reputación [...]. Hallándome con él en la cama, hará más de un año, me dio fuertes golpes con la mano, causándome algunas contusiones en la cabeza y me arrancó el pelo. En otras ocasiones [...] estando yo embarazada, me pegó con la mano y me dejó encerrada con llave en la pieza del interior de la casa, sin recurso alguno, y que para salvar mi vida y la de la criatura no tuve otro arbitrio que salirme por un postigo de la puerta. Pocos meses después, hallándome acostada con uno de mis hijitos, me tomó del pelo, me pegó con la mano, y después agarró un candelero grande de cobre para pegarme con él, y en esas circunstancias entró una sirvienta [...] evitando de este modo una seria desgracia. Ha tenido, hace poco tiempo, debajo de la almohada de su cama, por espacio de algunos días, un hacha para pegarme con ella”.

Antes de 1884, como no existía el matrimonio civil, la única forma de obtener el divorcio era a través del Tribunal Eclesiástico; de ahí provienen los testimonios recopilados por Francisca Rengifo en su libro.

Como ya dijimos, no es abundante la literatura respecto de la violencia de género en nuestro país. Si bien existen estudios y libros dedicados al tema, ocupan mucho mayor interés otros sucesos y cambios que ha tenido la sociedad. Y cuando hablamos de violencia hacia la mujer por parte de su pareja en la clase socioeconómica alta (ABC1) lo escrito baja al mínimo. ¿Omisión de historiadores y periodistas? Tiendo a pensar que la respuesta va más por la dificultad de acceder a las fuentes que, en este grupo y sobre este tema, parecen enmudecer. El libro ya ilustrará el porqué, de boca de sus protagonistas.

El siglo XX no fue muy distinto al XIX. Hacia 1900-1920 el hombre seguía pensando que tenía cierto “poder” sobre el cuerpo de la mujer. “Era esperable que un hombre le pegara a su mujer en cuanto esto fuera para corregir malas actitudes”⁴. “En un sumario seguido contra Ismael Valdés se relatan las razones que tuvo para agredir a Elisa Flores. El altercado comenzó cuando

él le prohibió que se juntara con sus amigas y saliera a la calle. Como ella le protestara, Valdés le dio de golpes con las manos y como arrancaba al interior de la casa, la siguió y le infirió con un cuchillo una herida en el abdomen, después de lo cual huyó a la calle [...] una vez que este hombre hirió a su concubina huyó lejos de Santiago para no ser hallado, por lo que tampoco pudo ser formalizado por los cargos que se le imputaban y el juicio fue sobreseído indefinidamente”⁵. Al igual que hoy, en esa época, el alcoholismo también era un problema de salud pública, tanto que María Paz Fernández, en su libro *Amor a palos*, aclara que la mitad de los arrestos tenían que ver con el alcohol.

Sobre la violencia, “la aristocracia santiaguina negaba que estos hechos se dieran entre las personas adineradas [...] dado que estos eran vistos como hechos que exponían a las parejas a la humillación y escrutinio de la gente, se intentaba evitar a toda costa que alcanzaran la luz pública. El poder y el dinero de las personas con más alta posición social lograban que las noticias que los afectaban no llegaran a los periódicos. Un ejemplo de ello lo vemos en un crimen cometido por un hombre de la 'alta sociedad' en 1908 contra su amante. Para ocultar el hecho se nos indica que la familia hizo al fin callar a la prensa con dinero solamente”⁶.

Muy ilustrativo resulta lo que se publica en *El Chileno*, en 1903, en un artículo en el que un padre le entrega consejos a su hija que se iba a casar: “Si en tu marido descubrieras algunos defectos, lo que es natural, puesto que todos hemos sido formados en esta tierra, no lo digas a los extraños, ni aún a nosotros mismos, sin grave necesidad de conserje, porque su honra es tu honra, su buena fama es la tuya propia [...]. El deshonor de muchas ha salido de sus propios labios: hay honras que se hubieran guardado, si callado hubiere quien tenía más interés en el silencio”. Algo similar publica la revista *Familia*, en 1911, donde también se aconseja a la mujer mantener silencio ante vejaciones del marido, “no quejarse jamás a extraños. No tener confidencias con nadie, si su Juan la ofende. Si es que tiene agravios no los confíe, ni a madre, ni a tía, ni a su amiga más querida. Su hogar debe ser un santuario inviolable, y tenga presente que es profanar ese santuario quejarse ante cualquier extraño de los defectos de su esposo o cualquier sufrimiento que él le ocasiona”⁷.

En conclusión, existía una red de protección hacia los maltratadores, abalada socialmente y que se puede ver hasta el día de hoy, con o sin intención de protegerlos, sino más bien por una cuestión de idiosincrasia.

Actualmente, en Chile, la violencia intrafamiliar –VIF– es regulada por la ley 20.066, donde se ubica la violencia que puede perpetrar el hombre hacia la mujer. El objetivo de esta ley es “prevenir, sancionar y erradicar la violencia intrafamiliar y otorgar protección a las víctimas de la misma”. En el artículo 5 se deja en claro a qué se refiere con VIF: “Todo maltrato que afecte la vida o la integridad física o síquica de quien tenga o haya tenido la calidad de cónyuge del ofensor o una relación de convivencia con él; o sea pariente por consanguinidad o por afinidad en toda la línea recta o en la colateral hasta el tercer grado inclusive, del ofensor o su cónyuge o de su actual conviviente. También habrá VIF cuando la conducta referida en el inciso precedente ocurra entre los padres de un hijo común, o recaiga sobre persona menor de edad, adulto mayor o discapacitada que se encuentre bajo el cuidado o dependencia de cualquiera de los integrantes del grupo familiar”.

En el 2020 hubo un avance. Se aprobó la ley Gabriela, iniciativa que amplió el delito de femicidio para cualquier homicidio con razones de género; así, aplica para cualquier tipo de

relación que una mujer tenga con su agresor, incluso las que no sostengan ningún tipo de vínculo (por ejemplo, matrimonio o convivencia). Es decir, cubre también el pololeo.

*

Un artículo sobre el estudio de Javier Barría, publicado en la *Revista Chilena de Neuro-psiquiatría* del 2014, concluye que el 77% de los maltratadores presenta algún tipo de trastorno de personalidad (trastorno obsesivo compulsivo y narcisista, en mayor porcentaje), y el 35% tiene de uno a cinco trastornos. También es relevante que los maltratadores presentan rasgos comunes como dificultad de expresión de la ira y su control interno/externo, predominio de estilos de apego temeroso y creencias machistas y misóginas.

Se agrega que los maltratadores en Chile serían un grupo de entre el 12% y el 20% de la población de hombres en general y que, por factores de nuestra cultura, al hombre se le ha enseñado a expresar distintas emociones (tensión, miedo, pena, vergüenza e incluso cariño) a través de la ira.

Al maltratador le molesta la oposición de la mujer y no va a buscar el diálogo, sino que le gusta el monólogo y solo interpretarse a sí mismo. Y si están enfermos, lo niegan. En el caso de los maltratadores narcisistas, son incapaces de ponerse en el lugar de las necesidades del otro, además de ser incapaces de crear relaciones íntimas y duraderas “y tienen una marcada pobreza de emociones”, dice Barría.

Por su parte, en *El acoso moral, el maltrato psicológico en la vida cotidiana*, la destacada siquiatra y sicoanalista francesa Marie-France Hirigoyen comienza escribiendo que “mediante un acoso moral o maltrato psicológico, un individuo puede conseguir hacer pedazos a otro. El ensañamiento puede conducir incluso a un verdadero asesinato síquico”⁸.

Así de fuerte. ¿Y cómo lo hacen? A través del desprecio, el silencio, la insinuación, el control y la amenaza, hasta dejar a la persona en su mínima expresión. Se paraliza a la víctima para que esta no se pueda defender, dando así, en muchos casos, paso a los golpes.

¿Y qué hace la mujer? En vez de poner límites y no aceptar, se vuelve una máquina de amabilidad que produce el efecto contrario: la provocación insoportable al victimario. Victimario que se vuelve perverso, que no se cuestiona a sí mismo y que “necesita rebajar a los otros para adquirir una buena autoestima y, mediante esta, adquirir el poder, pues están ávidos de admiración y de aprobación. No tienen ni compasión ni respeto por los demás, puesto que su relación con ellos no les afecta. Respetar al otro supondría considerarlo en tanto que ser humano y reconocer el sufrimiento que le inflige”⁹.

De los testimonios incluidos en *Cariño malo* y de la literatura consultada se desprende que la mayoría de los victimarios son narcisistas patológicos, que vienen a ser una especie de perro del hortelano: quieren a la víctima cerca, solo para ellos, pero que esta no se les acerque demasiado tampoco. Transforman a la mujer en un objeto, la cosifican. Logran que se sienta culpable de las agresiones, pero ellas, a la vez, tienen la esperanza de que él cambie. Es difícil de comprender desde el punto de vista del que está sano y por eso al comienzo me pareció muy extraño escuchar lo que escuché, pero, a medida que uno se va poniendo en el lugar del que está subyugado al poder del otro hasta no ser nada, uno va comprendiendo la dinámica de este círculo vicioso y perverso. Agresor y agredido están enfermos.

Las mujeres que hablan en este libro han logrado separarse de su pareja, pero eso no significa, en muchos casos, que la nueva vida que comienzan será sin él. Como muy bien dice Marie-France Hirigoyen: “Con las separaciones, el movimiento perverso, hasta entonces subyacente, se acentúa, y la violencia solapada se desencadena, pues el perverso narcisista percibe que su presa se le escapa. La misma separación, una vez consumada, no interrumpe la violencia. Esta prosigue a través de los pocos lazos de la relación que perduran y, cuando hay niños, pasa a través de ellos”¹⁰.

La experta agrega –como afirman otros autores y testimonios de este libro– que la violencia se transmite de generación en generación, por la vivencia, el ejemplo y la normalización de ciertas costumbres. La literatura internacional sobre el tema se asemeja totalmente a los casos reportados en este libro, lo que vendría a confirmar que se trata de un fenómeno universal. Por ejemplo, el agresor niega la existencia de la violencia, es algo que no existe y que confunde aún más a la víctima, porque si esta lo hace ver, al agresor no le interesa oírlo.

Otra característica es que “otro procedimiento verbal habitual en los perversos es el utilizar un lenguaje técnico, abstracto y dogmático que obliga a su interlocutora a considerar cosas de las que no entiende nada y sobre las cuales no se atreve a preguntar por miedo a parecer imbécil [...]. El perverso, al hablar de una forma muy docta, da la impresión de saber, aunque esté diciendo cualquier nimiedad [...] al perverso le importa más la forma que el contenido de su discurso”¹¹. El agresor muchas veces utiliza el decir sin decir, el insinuar; trata de no ser claro para poder posteriormente usarlo a su favor. Es adicto al desprecio, la burla, la ironía, pero haciéndose pasar por divertido, ofendiendo o ridiculizando en público, cuestionando las decisiones de su pareja. De esta manera “hay que decirle y repetirle que no vale nada hasta que se lo crea. Al principio [...] esto se hace de un modo soterrado, en el registro de la comunicación no verbal: miradas despreciativas, suspiros exagerados, insinuaciones, alusiones desestabilizadoras o malévolas, observaciones desagradables, críticas indirectas que se ocultan detrás de una broma, y burlas”¹². ¿El objetivo? Hundirla a ella y él revalorizarse, pero no por ser más, sino porque a ella la ha transformado en menos, en nada.

¿El medio? El miedo, por el cual absorben la energía positiva de ella y le transmiten la negativa, atacando en lo más doloroso, en las falencias de la víctima. Pero son tan astutos, que frente al círculo externo muestran su lado positivo, por lo cual si la víctima habla, el resto no le cree. Además, esta no lo hará, porque la mayoría calla por vergüenza, por creer que es la única a la que le pasa y por no perder la esperanza de que la situación pueda cambiar. Cosa que, lamentablemente, nunca va a ocurrir.

En el caso de las víctimas, en general, se da el patrón de que son culposas, muy responsables con sus deberes de esposa y con mucho miedo a fallar; suelen ser vulnerables a las críticas y pesadeces de su pareja y justifican el maltrato: “Es que está cansado, porque trabaja mucho”, “es mi culpa, porque no tenía a los niños acostados cuando llegó”; es decir, tienen una autoestima baja que muchas veces tiene su causa en su familia de origen, por ejemplo, madre abusada.

Generalmente, establecen un cierto rol maternal con la pareja, buscan comprenderla y creen firmemente que con cariño va a cambiar. Todo el dolor que lleva la víctima también se manifiesta físicamente. De las mujeres que hablaron, algunas bajaron excesivamente de peso, sufrieron gastritis, caída del cabello, cánceres, depresión, bulimia, etc.

Cuando él cruza el límite y ella decide dejarlo (generalmente cuando toca a un hijo), si bien puede sentir cierta liberación, aquello irá acompañado de la vergüenza, del darse cuenta de lo que dejó que le hicieran. Viene la rabia, el “¡cómo fui tan tonta!”, “¡cómo dejé que me arruinara la vida!”.

“El proceso de liberación está cargado de dolor y culpabilidad, pues los perversos narcisistas adoptan la posición de víctima abandonada y encuentran en ello un pretexto para su violencia. En el proceso de separación, los perversos siempre se sienten perjudicados y se vuelven pleitistas, aprovechando que su víctima tiene prisa por acabar y está dispuesta a realizar todo tipo de concesiones”¹³ como veremos en los casos que se describen más adelante.

En las próximas páginas, leerás setenta y seis testimonios en primera persona, todos independientes entre sí, fruto de largas entrevistas referidas a la violencia del hombre hacia la mujer en la clase alta chilena. Asimismo, si eres o fuiste una víctima, siquiátras, sicólogos y otros especialistas darán sus recomendaciones de cómo reconocer a un hombre enfermo, arrancar de él y cómo reconstruirse.

Ahora tengo veintiún años, pero cuando ocurrió tenía diecisiete y él veinticinco. Nos conocimos y este gallo me llamaba y me llamaba. Me pidió pololeo tres veces, y a la cuarta le dije que sí. Al comienzo, Joaquín era perfecto. Lo único es que era flojo en la universidad y se echaba muchos ramos. Él sentía que tenía la vida asegurada, porque su familia era de mucha plata.

A los seis meses las cosas se pusieron raras. Me pedía que me cambiara de ropa para salir, que me pusiera ropa de marca, y me decía que me fuera a hacer las uñas. Esto me produjo rechazo, pero después lo miraba como parte del paquete, porque Joaquín me encantaba.

A los nueve meses comenzó a hablar de sexo. Yo seguía en cuarto medio y le dejé en claro que era virgen y que no iba a cambiar mis principios. Al comienzo lo respetó, pero un día estábamos en su casa y me pidió que fuera a buscar el celular a su pieza. Entré, él venía detrás, cerró la puerta, me empujó fuerte hacia la cama y ya sobre ella le dije:

–¡Qué te pasa!

–¡No, es que yo no aguanto más! Si tú me quieres lo vas a hacer.

Me agarró fuerte de los hombros –me quedaron rojos–, me tiró hacia atrás y me dijo:

–¿Acaso no entiendes por la situación que estoy pasando? Tú con esto me puedes ayudar.

–¡Si tanto quieres hacerlo, mejor terminemos y te metes con una puta! –contesté angustiada.

Forcejeamos, le pedía que me soltara. Yo estaba con un vestido y me bajó a la fuerza las pantis que se rompieron enteras. Me puse a llorar a mares. Se bajó los pantalones, pero a la vez me tenía agarrada entera. Empecé a gritar fuerte, nadie venía... y me penetró. Comencé a sangrar. En ese momento entró su hermano y le advirtió a Joaquín que parara, mientras yo lloraba a mares. Él paró. Yo me subí las medias, o lo que quedaba de ellas, mientras él se vestía como si nada. Llamé a mi mejor amiga para que me fuera a buscar. Le dije que había tenido una discusión con Joaquín. Él escuchaba impávido, mirando el computador.

Me fui con mi amiga y no le conté nada por ¡vergüenza! ¡Toda mi vida me enseñaron que había que llegar virgen al matrimonio y se me había ido todo a la mierda! ¡Y contra mi voluntad! Al día siguiente lo vi como si no hubiese pasado nada.

El fin de semana siguiente viajamos con mi familia y me sentía sucia; lloraba en las noches. “Quiero terminar” le decía a mi hermana y ella me respondía: “Termina poh”. Me sentía pésimo conmigo misma, pero decidí bloquearlo.

En ese viaje me topé con un francés, y como no lo conocía, me atreví a contarle todo. Me decía “Esto es violación, en mi país se paga con cárcel”. Le encontré razón y decidí terminar con Joaquín por teléfono. Pero cuando me contestó estaba llorando, porque lo habían echado de la universidad.

No podía dejarlo en ese minuto, así que me dije: “Esperaré un tiempo y luego chao, lo mando a volar”.

Volví del viaje y el pololeo siguió. Yo estaba distante y él me decía: “¿Qué te pasa?, estás como arisca. ¿Acaso ya no me quieres?”. Yo le respondía que estaba cansada, que tenía que

estudiar. También pensaba: “¿Y si lo denuncio?”, pero me respondía a mí misma: “¿Qué persona ABC1 va a la cárcel por violación?”. O sea... ¡nunca en mi vida había escuchado eso! ¡Jamás!.

Empecé a ir al siquiatra porque no dormía nada y por la angustia de que no me llegaba la regla. Tenía mucho susto de estar esperando guagua. Ahora lo pienso y, claramente, eran nervios.

Necesitaba hacerme un examen de sangre y se lo tuve que pedir a mi siquiatra. A él le dije que había sido con consentimiento para que no me preguntara más detalles, tenía miedo de que me convenciera de que le contara a mi mamá. Hice todo sola y los resultados salieron negativos. Por supuesto que me volvió la regla casi al instante.

En otra ocasión estábamos en su departamento en Marbella. Él estaba con trago y me tiró al suelo del living. Estábamos solos... sé que la cagué.

–Es que lo quiero hacer contigo.

–Pero yo no, ¡para, para, para por favor!

–Quiero que seas mi puta...

No sé de dónde saqué fuerzas y logré arrancar. Me fui del departamento a alojar donde una compañera, pero después seguimos pololeando como si nada. Me daba vergüenza hablarlo con él, ya que podía contarle a más gente.

También echaba de menos a mis amigas, porque él no quería que las viera. Según Joaquín “me daban mal ejemplo” y yo caí redondita. Mis amigas me alegaban, pero les decía que mi pololo no estaba bien y que lo tenía que apañar.

Al final, un día salí con ellas, y no sé cómo Joaquín supo, pero llegó al bar en el que estábamos. Yo no lo podía creer. Él dio a entender que había sido casualidad y luego se fue.

A los días aceptaron su apelación en la universidad, aunque yo tenía claro que lo iba a mandar a volar. Cuando le dije que quería terminar se puso a llorar a mares:

–Es que tú, tú eres la única persona a la que yo amo y no puedo vivir sin ti –me dijo, y comienza a darle como taquicardia. Lo agarré y lo llevé a la clínica, pero ¡sorpresa!: ¡estaba todo perfecto! Me decía: “Casi me muero por tu culpa” y me sentí responsable, por lo que seguimos pololeando. Yo en ese momento sentía que estaba impidiendo que alguien se muriera.

Seguimos juntos, aunque yo me mostraba muy fría. Él se quejaba por eso y nunca tocamos el tema de la violación. A esas alturas traté de creer que era una necesidad del hombre, pero aun así no quería contarle a nadie, por vergüenza. O sea yo, ahora, mentalmente me siento virgen, pero físicamente sé que no lo soy, y el día de mañana, cuando me case, le voy a tener que decir al gallo: “Oye, pasó esto”.

Al semestre siguiente nuevamente lo echaron de la universidad. Lo ayudé a cambiarse a otra y juro que ¡no daba más! Hasta era mala influencia en mis estudios. Me decía: “No vayas, no des el examen, qué importa si igual tu papá tiene los recursos para pagarte otro semestre más y, en el peor de los casos, nosotros nos vamos a casar, así que yo tengo asegurado todo esto”. Y no di el examen, a ese nivel. Pero al semestre siguiente me fue *filete*, porque yo sabía que me la podía. Como a él le iba pésimo, quería que a mí también me fuera mal.

Finalmente, Joaquín se cambió de universidad y terminé con él. La cosa es que después de eso desapareció y me mandó un wasap que decía que si yo no estaba en su vida, la de él no servía para nada. Yo pensé: “Ahora sí que se va a morir por mi culpa”. En ese momento se metió su mamá que me pedía por favor que no terminara con él, porque me necesitaba mucho. A las horas

apareció, se había cortado los brazos. Obvio que nos reconciamos; mi familia no opinaba, porque yo no conté nada de esto.

Al poco tiempo me fui de viaje con amigas. Obvio que le cargó la idea, pero partí igual. Me llamaba unas quince veces al día y yo ya sentía repulsión. En una parte del viaje perdí la señal como por cuatro días y fue, literalmente, lo mejor que me pudo pasar en la vida. Por supuesto que en Santiago él estaba haciendo un escándalo porque yo no contestaba.

En el viaje me topé con un amigo y comenzamos a escribirnos por WhatsApp. Lo raro es que, al otro día, Joaquín me llamó y empezó a amenazarme porque conversé con este otro tipo. Pensé que mis amigas le habían contado a Joaquín y las reté, aunque ellas me aseguraron que no habían abierto la boca.

Volvimos a Chile y no sé qué pasó por su mente, pero decidió terminar. Sentí alivio, pero cuando se iba yendo me bajó una cuestión atroz y dije como: “¡Concha!, ya no soy virgen, tengo que estar con él”. O sea, “¿qué voy a hacer? nadie más me va a querer”; me puse a llorar, a llorar, a llorar y este gallo se fue.

A los días me llamó con cualquier excusa y me dijo: “Tengo que contarte la verdad, tenía hace un año tu WhatsApp abierto. Te estaba mirando, podía ver todo...”. No lo podía creer, por eso sabía siempre dónde estaba y con quién.

Y, como si eso fuera poco, partió a hablar con mis amigas de la universidad para decirles que yo le había puesto el gorro como cinco veces, que lo obligué a cambiarse de universidad, etc. Para mi gran sorpresa, mis amigas le creyeron. Me peleé con ellas. Con el tiempo se dieron cuenta de que estaba loco y me pidieron perdón....

Ahora soy otra persona. Cuando estaba con Joaquín me sentía demasiado feliz, pero ahora me doy cuenta de que perdí tres años de mi vida. ¡Los perdí, realmente los perdí! Si lo tuviera al frente le diría: “¡Ándate a la mierda! No le hagas a otras lo que me hiciste a mí; ojalá desaparezcas del mapa, ¡ojalá te mueras! ¡Que te violen a ti, idiota! ¡Para que sepas lo que es! ¡Ojalá te caiga la teja, anda a confesarte!”.

Es primera vez que hablo de esto así tan abiertamente, uno se bloquea y es como abrir una herida. Como que todavía no quiero creer que me violaron y al hablar del tema me dan unas ganas de llorar atroces, pero me las aguanto. Si cuento mi historia es por mi hermana chica. Cuando grande quiero que lea este libro y sepa lo que puede pasar.

Claramente, no lo tengo superado, hasta el día de hoy, cada día que me levanto, lo pienso, pienso que perdí lo más grande, la virginidad, y que a lo mejor no se quieran casar conmigo por eso. También perdí el ser cariñosa; yo era súper de piel, ahora ando como tiesa. Me cuesta hasta dar un beso.

A los meses de terminar, nos fuimos un grupo grande de amigos a Pichilemu. Yo feliz, primera vez que me dejaban salir así. En la playa probé la marihuana y me volé en mala. Me puse a llorar a mares... Tomé la forma de un ovillito con mi cuerpo y me puse a gritar: “¡Weón, por favor sáquenme de aquí, me van a violar, me van a violar, aléjense, aléjense!”. En eso llegó una hermana mía, me pescó y le dije: “¡Por favor pégame una cachetada fuerte y dime que no me están violando!”.

Mi hermana me pegaba y yo no sentía nada, pensaba: “Concha, me pueden estar violando en este minuto”. Mi hermana me llevó a acostar. Al día siguiente, pese a la vergüenza, en la noche

me curé atroz y ocurrió la misma escena del día anterior, salvo que cuando me trataban de ayudar yo gritaba: “¡No me toques, no me toques!”.

María Gracia, 21 años, víctima,
egresó del colegio Los Andes.

2

Lo vi y me enamoré. Me encantó que trabajara en el campo, porque yo toda mi vida viví entre Buin y Santiago, entonces él era como mi perfil, sencillo en sus actitudes, típico agricultor. Me mató eso de: “Oye, ¿vamos a comernos una marraqueta al almacén?” e íbamos y la comíamos sentados en la cuneta.

Yo había pololeado antes, pero esto fue distinto. Tenía veintidós años y la relación fue discutida y peleada, porque yo sentía y comprobaba que me mentía. Me decía que no venía a verme a Santiago porque estaba enfermo, y yo lo llamaba a su casa del campo y la nana me decía que había salido con su amigo, el Cote. Lo enfrentaba, pero nunca de manera fuerte, como diciéndole: “¡Te vas a la cresta!”, porque no quería que le dieran esos fuertes arrebatos. Recuerdo haberme bajado un par de veces del auto, en plena calle, porque me tapaba a garabatos. Era como rabioso, se salía de sí y hasta espuma le aparecía por la boca.

Y este amigo, el Cote, siempre estaba metido al medio, pero bueno, decía yo, por último, es su amigo.

Entre los hermanos se trataban bastante mal, peleaban; hasta vi cómo una vez le pegó unas patadas a la hermana. Y después empecé a cachar que iba al siquiatra y que tomaba remedios para el control de los impulsos. No me acuerdo de los nombres, pero eran antidepresivos, ansiolíticos, remedios así, heavy. Yo lo acompañé varias veces al siquiatra, pero me quedaba en la sala de espera.

Nunca, hasta el día de hoy, supe cuál era el diagnóstico. Porque en esa familia todo se tapaba, todo se encubría. Por supuesto que nada de esto se lo conté a mis papás o a alguna amiga, porque tenía miedo a perderlo. Él me encantaba y nada de esto me daba susto, porque siempre pensé que con mi amor iba a cambiar.

Lo que pasa es que era como la oveja negra de la familia, pero conmigo se abría, me contaba todo, qué sé yo... menos en el diagnóstico que tenía, yo creo que él tampoco lo sabía... Entonces, cuando se desahogaba conmigo, yo sentía que cumplía un rol de “oh, ven aquí... yo te contengo, yo te abrazo, yo te doy paz”. El matrimonio de mis papás era muy lindo, entonces, como pololos, yo pensaba que podía replicar eso.

Al año nos pusimos de novios. Estaba preparando el matrimonio y una muy amiga de Buin se vino a alojar conmigo para ayudarme con las cosas de la fiesta. Un día estábamos en mi casa, Juan Francisco venía llegando y le digo: “Porfa, tráeme la guía de teléfonos para anotar”. “Anda tú”, me contesta él, y yo insistí: “Qué te cuesta, estás arriba y la guía está en el segundo piso”. Luego de eso baja con las páginas blancas y me dice: “Toma, conchetumadre” con tono de rabia

y ¡pah! me tira la guía fuerte en la cabeza, delante de mi amiga. Lo primero a que atiné fue decirle a ella: “No digas nada, por favor quédate callada, quédate callada”.

Ella me respondió “Atina con este imbécil, ¡cómo le aguantas!”. No la tomé en cuenta. Estuve con jaqueca creo que una semana. No le dije a nadie, ni a mis papás, y pensé: “Bueno, se le va a pasar... ¡se le va a pasar! ¿Cómo voy a ser tan poco generosa de no entenderlo? Se le va a pasar...”.

Un día se fue a Algarrobo con el Cote a ver a unas amigas y lo pillé. Juan Francisco se defendió con que su amigo lo había presionado. El Cote me decía: “Se sacó la argolla, pregúntale, se sacó la argolla”. Yo para mis adentros me preguntaba: “¿Por qué este weón siempre está metiendo la cizaña?”. Pero, bueno, me repetía “me voy a casar y esto se va a arreglar”.

Me casé virgen. Él me respetó eso en el pololeo, por mi formación del colegio. Para mí fue muy importante que lo hiciera. La primera noche no pasó nada, la segunda y la tercera tampoco. Pensé que era normal, es que una nunca hablaba de estas cosas con nadie. Al cuarto día recién hubo sexo. No fue como yo esperaba, como en las películas románticas, con un abrazo después, quedarte ahí acurrucado, ser tierno... nada, fue algo absolutamente mecánico.

La luna de miel tampoco fue lo que yo me hubiese imaginado. Lloré hartito en el viaje, porque me esperaba otras actitudes de él hacia mí. Se daba cuenta de que yo lloraba y me decía: “Ay, para qué lloras”. Yo le respondía que tenía pena y él replicaba: “Son tonteras tuyas”. Ahí me decía para mis adentros: “¿Para qué voy a seguir llorando si tengo que hacer una luna de miel bonita?”.

Llegamos de vuelta a Santiago y congelé mi carrera porque nos fuimos a vivir al campo, donde mi marido administraba el fundo de su papá. Ahí teníamos una casa preciosa para nosotros. No tardó en aparecer la presión de la familia sobre cuándo me iba a quedar esperando guagua. Y me quedé. Estaba chocha. Juan Francisco también. Igual teníamos nuestros momentos buenos en ese tiempo.

Comencé a sentirme pésimo. Mi ginecólogo, amoroso, me pasaba a ver al campo... yo vomitaba y vomitaba. Juan Francisco por supuesto que no me pescaba.

Un fin de semana nos fuimos con parejas de amigos a Zapallar. Llevábamos tres meses de casados. Ya instalados, el marido de una de las niñas me pega una agarrada de poto... “Putita que estás rica”, me dice. Yo creí que se me caían las muelas...

—¡Qué te has creído, weón! —le dije.

—Es que te juro que eres irresistible —me contesta.

Me pongo a llorar y llamo a Juan Francisco. Entra a la pieza y le digo:

—Quiero hablar contigo, ¡me quiero ir ahora de aquí!

—¿Estás loca?, eres una imbécil, weona, ¿qué te vas a ir? —replica.

Una vez que le cuento lo que ocurrió me grita:

—¡Ay qué te importa, weona neurótica!

Me dolió en el alma, cero apoyo, cero contención, pero tenía claro que no me iba a quedar ahí. Justo había llevado en mi cartera una plata que había ganado vendiendo unos regalos de matrimonio a los típicos viejos que te los iban a comprar a la casa. Me subo al auto y me despido; finalmente, él también se vino.

Se fue manejando a ciento ochenta kilómetros por hora, me puteó todo el camino, tratándome pésimo, y yo empecé con unas contracciones que creí que me moría. Llorando le decía: “Cómo es posible que no me entiendas, que no te pongas en mi lugar, soy tu mujer. Lo único que quiero es sentir que me cuidas, que soy lo máximo para ti”. Llegamos al campo y yo seguía llorando. Fui a la cocina, le eché agua caliente a un guatero, me lo puse en el estómago cuando me empieza a gritonear:

–¡Me cagaste el fin de semana, weona! ¡Yo quería estar con mis amigos!” –toma el guatero, me lo quita y me lo lanza contra la guata con todas sus fuerzas. No podía creer lo que estaba pasando. Pesqué el auto y me fui a Santiago donde mis papás. No les dije nada, pero me sentía morir viéndolos a ellos cómo eran de tiernos entre sí y cómo se miraban; me aguantaba las lágrimas. Necesitaba ese ambiente de amor. Luego de un rato volví al campo y Juan Francisco me siguió puteando. Esos fueron los primeros maltratos y golpes de casada. Yo ni imaginaba lo que vendría...

Pasó el tiempo y le conté a sus papás el episodio con nuestros amigos en Zapallar y el tema del guatero, porque el maltrato psicológico seguía siendo constante: “Cocinas como las pelotas”, “no cocinas como mi mamá en la casa”. Y, claro, en la casa de él estaba acostumbrado a tener tres empleadas puertas adentro. Cuando llegaba, le sacaban el maletín del auto. Dejaba toda la ropa tirada en el suelo, todo. Le servían la mesa impecable, mi suegra era una dueña de casa increíble. A la antigua, te servían en bandeja de plata y te recogían las migas con escobilla de cerdas.

Yo, en cambio, no sabía cocinar. Una vez mi suegro fue a almorzar a la casa y yo chocha, por primera vez cocinaba e hice una carne rellena con queso. Él lo vio y dijo: “Esta mugre yo no me la como”. Casi me morí... “No tengo otra cosa”, le contesté. Juan Francisco mudo, le tenía santo pavor. Era un padre muy maltratador, trataba mal a mi suegra y por eso yo justificaba todo el tiempo a Juan Francisco.

Pero bueno, volviendo a lo anterior... cuando les cuento a sus papás el episodio de Zapallar y el guatero, me dicen: “¡No!, es que vamos a llamar al doctor y le vamos a contar, no te preocupes, linda. Tómame una pastillita para relajarte”. Todo, ¡todo! en esa casa era remedio. Y mandaban a Juan Francisco al siquiatra de la familia. Este me llamaba y me decía:

–Patricia, hola, cuéntame, he sabido que Juan Francisco ha estado así y asá.

–Y sí –le contestaba yo–, ha estado supermal...

–Cuéntame, porque yo veo al frente mío a un ángel, falta la aureola dorada y las alas blancas. Cuéntame, porque Juan es un santo, ¿te ha hecho monstruos?

–Sí, me ha hecho monstruos –para el siquiatra los monstruos eran cuando Juan Francisco se ponía rojo, se le salían los ojos y espuma; y se arrebatava y... volaba todo, me tiraba cosas. Estos episodios eran regulares: yo les contaba a mis suegros, ellos mandaban a mi marido al siquiatra y este me llamaba a mí. Era un círculo vicioso.

En este ambiente aprendí a hacer mi vida en el campo: me dedicaba a la casa aunque tuviera nana, tenía un par de amigas, pero nada íntimo, jardineaba y desde el comienzo ahorra. La suegra me pasaba cheques todos los años y me decía: “Para usted, linda, para los niños, no es para comprar lechugas”. Ella era muy generosa y yo guardaba, guardaba, guardaba. No entendía mucho por qué lo hacía, pero creo que me sentí siempre insegura en ese matrimonio.

Recuerdo que luego de los arrebatos, Juan Francisco me regalaba un cheque o una joya y me pedía perdón, seguido de varios días buenos. Tuvimos cuatro hijos. A todos les di papa como

ocho meses, pero a una no pude. Se me cortó la leche, ¿por qué?, porque Juan Francisco me agarró a patadas en el suelo delante de las empleadas. Esa vez fue porque le pregunté – directamente– si era maricón. Yo desconfiaba demasiado del Cote, porque salían siempre juntos. Él era soltero y Juan Francisco lo iba a ver mucho a su casa. ¡Se llamaban todas las noches! Y si el Cote no le contestaba el teléfono, o sea, ¡uf!, se emputecía y partía rajado a su campo. Ni siquiera disimulaba y fue por eso que le pregunté de frentón si con el Cote eran un par de gays.

Sé que estoy relatando desordenado, pero es que se me confunden los tiempos. Vuelvo a la pateadura. Recuerdo que yo estaba en la pieza, me pegó un empujón, salimos al pasillo y ahí me pegó un combo en la cabeza, me tiró al suelo y me pegó tres patadas en el cuerpo, mientras me gritaba no recuerdo qué. Estaban dos empleadas mirando desde la galería y también gritaban.

Me levanté en shock y superhumillada frente a las empleadas. Me fui llorando al monasterio que quedaba cerca. Me tranquilicé, volví a la casa y él me pidió perdón, amoroso, pero nunca me respondió lo que le pregunté. Yo estaba entera adolorida, pero lo curioso es que nunca me pegó en la cara.

Por eso no me gustaba tener nana. Me daba vergüenza ajena, porque era campo, la gente comentaba lo que pasaba y ¡todo el mundo sabía que el patrón pateaba a la patrona! Yo me llevaba muy bien con los trabajadores, los iba a saludar al campo, adentro del potrero, qué sé yo... olvídate cómo me recibían, les hacía tachos gigantes de jugo que les iba a repartir en el verano... partía en moto con los niños y era: “Aquí viene mi niña” y me abrazaban, me hacían sentir muy querida.

Yo le tapaba todo a Juan Francisco. ¡Ah!, recuerdo cuando me encerró en el walking clóset con llave, solo pude salir cuando llegó la nana y me abrió. Él dijo que había sido una broma.

Fui una actriz espectacular. Él parecía el marido ideal y yo pudriéndome. Creo que lo hice por imagen, por no aceptar el fracaso y porque igual lo quería. Además, seguía pensando que lo podía cambiar. Recuerdo otro episodio: estaba con el Cote, sentado uno pegado al otro frente a la chimenea, en un sillón café. Yo había discutido con Juan Francisco, porque me había tratado mal, me había pegado ese día y botado de la cama, ya ni me acuerdo por qué... Y, bueno, estaban ahí pegaditos y no me aguanté. Le digo al Cote:

–¿Sabes qué? ¿Te pido un favor? Estoy con un problema, necesito que te vayas, que te vayas de mi casa –y me largué a hablar–: Son demasiados los problemas que tengo en mi matrimonio y tú eres un causante, y te lo quiero decir en tu cara, súper de frente, aunque es difícil para mí. Para ti debe ser más difícil aún, pero te juro que no te tolero. No te quiero ver más aquí en mi casa, te pido por favor que te pares y te vayas, mis problemas han llegado al tope.

Juan Francisco se enfureció y me gritó:

–¿Qué te has imaginado, weona de mierda?! Voh te vas de esta casa, weona, ¡voh te vas de estas casa! Él no se va a ir nunca, vas a ser voh la que te vas de esta casa y ándate cagando altiro! –amenazó así, chispeando los dedos.

No me quedó más que pararme e irme. Me fui a la pieza de los niños y ahí me acosté a llorar a moco tendido. Así eran las situaciones, superdolorosas, superfuertes...

Esa amistad nunca terminó, fue siempre igual; el Cote lo pasaba a buscar y Juan Francisco llegaba a las tres de la mañana. En otra oportunidad, dijo que se iba a Santiago a una reunión de pega. Yo le había hecho unos sándwiches de carne mechada con queso, unas marraquetas calientitas, y como salió rajado se le quedaron. Lo salí persiguiendo en mi auto para pasarle los

sándwiches y veo que... chuta madre, no tomó la carretera hacia Santiago, ¡enfiló hacia la costa! “Pero si la reunión era en Santiago...”, pensé yo. Lo seguí, pasé el peaje, y me encuentro con que se fue a meter a la casa del Cote. Me quedé afuera esperando y, a la hora, hora y media, lo veo salir bien bañado.

Me fui de vuelta para la casa y no le dije nada. Llegó supertarde, como a las dos, tres de la mañana. Al día siguiente lo enfrenté: “Oye, qué raro, tus zapatos están llenos de arena. Si fuiste a Santiago, ¿por qué arena?”. Y ahí le dije: “¡Te seguí, mentiroso, estuviste con el Cote...!”.

Se arrebató. Eso es lo que yo sentía en él, que no tenía ningún argumento para explicarme con cosas concretas, porque yo, además, era aguja. Pero luego me dije: “¡La estoy cagando! ¿Para qué mierda le meto un ají por el pote? Lo estoy provocando, la estoy cagando, estoy haciendo las cosas mal”. Yo... me culpaba, me culpaba, me culpaba.

En el fondo, imaginaba que eran pareja, pero no lo quería aceptar. A esas alturas mi autoestima estaba en los suelos, y la situación siguió... si yo lo presionaba un poco más, me pegaba, pero aprendí a arrancarme, me perseguía por la casa y me tenía que encerrar con llave en un baño hasta que él se calmara. Me gritaba: “¡Sale, mierda, te voy a sacar la cresta cuando salgas, apróntate!”.

Casi nunca estaban los niños en estas escenitas, pero cuando les tocó le decían: “¡No, papá, deja a la mamá!” y él atinaba. Me pedía perdón delante de ellos, se hacía la víctima. “Es que es culpa de la mamá, ella hizo tal cosa y qué sé yo”. Entonces él era adorable con los niños, amoroso, y yo era la culpable.

Ahora, había veces que no me pegaba. Podía pasar un mes sin golpes, pero el maltrato psicológico siempre. También había momentos buenos, en que era amoroso, en que estábamos dos o tres días bien. Las relaciones sexuales siempre eran mecánicas y yo quería cambiar eso. En eso se me ocurrió acercarme a mi enemigo, al Cote. Un día le dije que sabía que en el pueblo vendían películas porno. Él tenía y me pasó tres. Me puse a ver una y me masturbé; es que estaba como ansiosa, ¡había sexo oral!, ¡las personas dadas vueltas!; yo no sabía nada de esas cosas, ¡Juan Francisco ni siquiera me había tocado abajo! Terminé la película y me sentía una puta; o muy caliente o muy puta, no lo sé.

Al otro día vi la segunda cinta y empiezo a hablar fuerte: “¡¿Qué es esta wea! ¡¿Qué estoy viendo?!”. Eran puros hombres teniendo sexo. Pensé: “Qué espanto, qué raro que el Cote tenga esta película”. No le dije nada, pero ahí empecé a unir las cosas...

Después de nueve años de matrimonio me vine a Santiago con los niños para que estudiaran acá. Juan Francisco viajaba los fines de semana a vernos, pero las cosas siguieron igual, no mejoraron.

No estaba cien por ciento segura de que fuera gay, pero tenía la sensación de que lo era, aunque no lo quería aceptar. Me decía: “Lo que Dios me dio, no más...” y decidí encuevarme. No veía a mis amigas, estaba como para dentro, siempre en la casa. Solo frecuentaba a una amiga de chicas, de Buin, que me preguntaba cómo podía aguantar si consideraba que Juan Francisco era gay, pero yo me bloqueaba, porque nunca lo había visto en la cama con alguien y además él me decía que no era maricón, entonces no podía asegurarlo. De Juan Francisco hasta hoy me entran dudas, porque volvió a casarse. Pero me estoy adelantando: el tiempo pasó y esperé a que se casara mi primera hija para separarme, ya no aguantaba más los malos tratos.

Primero le conté a mis papás que me iba a separar, no podían creer todo lo que les dije de los malos tratos. Me apoyaron totalmente y me repetían que por qué no les había contado antes. Luego me junté con mi suegro, con quien me llevaba regío. Puse la Biblia en la mesa del living y le dije: “Suegro, quiero hablar con usted, me voy a separar”.

–Patita, ¿te volviste loca, mi amor? ¿Cómo se te ocurre? ¿Estás loca, cómo vas a dejar a Juan Francisco?

–No doy más, usted sabe que me pega, el maltrato psicológico, la amenaza económica, todo, ya no puedo más –yo lloraba y lloraba–. ¡Es que no puedo más con esta mochila, ¡he tratado la mitad de mi vida!, pero, por Dios, no soy capaz, ¡ya no puedo más! No puedo más, no doy más con su hijo, lo estoy pasando mal, estoy sufriendo, hasta aquí llego. Y quiero que usted sea la primera persona de su familia en saberlo, quiero que sea usted, porque lo quiero mucho, le tengo un cariño tremendo, pero yo no doy más, ahora voy por mí.

–Piensa bien lo que me estás diciendo, yo te ofrezco... la casa donde tú quieras, tú en un ala y él en otra ala de la casa, pero vives con él, no te va a faltar nada.

–Ya tomé la decisión, ya no. Fui muchas veces a hablar con usted, muchas veces a hablar con la suegra, muchas veces con el siquiatra de Juan Francisco, pidiendo ayuda, terapias de pareja, pero ya es tarde, ya no puedo más...

Él dio dos golpes fuertes en la mesa y me dijo en tono duro:

–¿Estás segura de lo que estás diciendo? Mijita, apróntate, vas a quedar mascando lauchas. Prepárate para lo que se te viene, porque vas a quedar arando el piso si lo dejas.

–Ah, ¿sí? –le contesté yo– déjeme mascando lauchas, no me importa –el viejo se subió al ascensor y se fue... quedé con el alma en un hilo, muerta de susto, y ahí empezó la guerra.

Cité a Juan Francisco al departamento de mis papás, donde le dije que me quería separar. Se abalanzó arriba mío y casi le pegó a mi mamá, que cayó arriba de un sillón. Los garabatos empezaron a salir de su boca y comenzó a hacerse la víctima delante de mis papás. Les decía: “Ustedes no saben cómo ella ha sido conmigo”.

Una de las cosas que me ayudó a tomar la decisión fue Ignacio, un amigo de nosotros que tenía campo cerca. Un gallo joven, unos veinte años menor que yo, y que iba harto a vernos; por supuesto que le tocaron los arrebatos de Juan Francisco. Yo lloraba y él me escuchaba y me decía: “Patricia ¿qué haces con él? ¿Qué estás esperando? Tienes que separarte, no puedes seguir así”.

En una ocasión me dio un abrazo que me hizo pensar: “Pero qué hombre...”. Él fue como el puente, alguien que me hizo sentir que no estaba muerta, que se estaban fijando en mí. “Tengo un apoyo tremendo, una contención”, pensaba. De hecho, salimos luego de que me separé.

Y me separé y comenzó el drama: Juan Francisco me escondió a los niños durante un mes y medio. Logré comunicarme con el menor y lo fui a buscar al campo, quien se subió al auto mirándome raro: “¿Tú estás loca, ¿cierto, mamá?”.

–Gordo, no estoy loca –yo lloraba por verlo, lloraba de emoción, y él se ponía a llorar de pánico, me tenía terror, me tenía terror por todo lo que le habían inventado acerca de mí. En eso le dije–: Gordo, ¿te quieres ir conmigo?

–Sí, mamá, pero me das miedo.

–Mi amor, ¿te quieres ir conmigo?

–Sí, mamá, pero me das miedo.

–¿Nos vamos, gordo, con lo puesto, sin juguetes, sin nada?

–Sí, mamá –yo estaba quedándome en Concón, en el departamento de mis papás, porque Juan Francisco me había puesto una orden de internación por loca. El certificado lo consiguió con el siquiatra que había visto por años a su familia. Mis papás por supuesto que no lo creyeron, pero me dolió que mis hermanos sí. Fue un cuchillazo por la espalda, pisoteada y muerta en el suelo.

Llamé a mi abogada y me aconsejó que me escondiera, porque, de lo contrario, me iban a meter a un siquiátrico. Y así fue como me quedé dos semanas escondida en el departamento de mis papás con mi niño y mi nana fiel. Fue muy loco, yo caminaba en pleno verano por las calles de Concón con gorro chilote, abrigada para que no me reconocieran. También llevé a mi hijo a Carabineros para que dejara constancia de que el papá lo obligaba a dormir con él. De mis otros hijos no supe en varios meses, les lavaron el cerebro, hasta declararon en mi contra. Fui testigo de bajezas horribles.

Tuve no sé qué cantidad de juicios, tantos que me hice famosa en el Tribunal de Familia. Así fue, una cuestión superhumillante... Recibía amenazas por teléfono y propuestas del tipo: “Volvamos, tratemos”, y como yo le decía que no, seguía con un: “Te voy a sacar la cresta cuando te vea...”. Perdí todos los juicios y logré una pensión de setecientos mil pesos. Una vergüenza para la situación que tiene su familia.

Fue un calvario de veinticuatro años, pero hoy mis hijos me quieren, tienen muy claro que yo era una mujer maltratada, están de acuerdo en que me haya separado y hasta me han preguntado que por qué no lo hice antes...

Patricia, víctima, 55 años,
egresó del colegio Villa María Academy.

3

De la clase social alta me marcó mucho el caso de un hombre que a su señora le tapaba la cabeza con una almohada para tener intimidad. Se la ponía como una manera de ejercer dominación, supremacía. No lograba ahogarla, porque la hacía darse vuelta. En el fondo, no quería verle el rostro.

También recuerdo mujeres que han llegado a dormir con una pistola debajo de la almohada, por terror. A otras les tiran platos, libros, toda la ropa del clóset para fuera de la pieza, las aprietan contra el auto o las chocan. Sí, les tiran el auto encima o las hacen bajar con el auto andando...

Existen los empujones, las cachetadas, las violaciones y, en este último tiempo, me han tocado casos de mujeres a las que el marido les paga por tener sexo. Algo así como: “Eh, claro, si te portas bien, te cambio el auto. Si cumples, te dejo un chequcito en el velador o nos vamos de viaje” o “como no te has portado bien, este año no hay vacaciones”.

También casos en que la mujer está con pérdida de un embarazo y que el marido la obliga a tener relaciones sexuales; a pesar de todo, normalmente duermen juntos, porque él domina y ella piensa: “Tengo que estar disponible”.

Como abogada canónica recibo consultas de personas para evaluar si su caso es eventualmente presentable al Tribunal Eclesiástico o no y de ahí me toca acompañar a la persona en todo el proceso.

En el tribunal se analiza el caso, se estudia, se ve si hay indicios de que el matrimonio pudo haber sido inválido. Si es así, se inicia una causa de estudio donde declararían las partes y se presentan testigos, pericias psicológicas, etc., dependiendo de las distintas causales.

Después son los jueces los que resuelven si efectivamente es inválido o no el matrimonio y, en todo el proceso, a las mujeres les cuesta mucho darse cuenta de que son víctimas, llegan muy pollas. Algunas se van perdonando un poco. Pero, normalmente, es cuando una les entrega la sentencia y termina el proceso que rompen en llanto. Es como una catarsis. De decirse: “Esto era verdad. O sea yo no estaba viviendo una irrealdad, esto no era normal”.

Al año veo alrededor de cincuenta casos; de esos, la mitad de los matrimonios son de nivel socioeconómico alto; de esos veinticinco, la mitad incluye violencia física, además de psicológica. Me han tocado exalumnos de colegios como el Villa María, Verbo Divino, Tabancura, Los Andes, Las Ursulinas, Cumbres, Cordillera, Monjas Inglesas, Maissonnette, Universitario Inglés, San Benito... De los colegios ingleses, en general no tanto, porque no les interesa. O sea, si se casaron por la iglesia, no piden la nulidad religiosa.

El perfil del golpeador que me ha tocado ver en las familias de clase alta es que son personas que cuentan con muy buenos ingresos, familias tradicionales conservadoras, de mucho apellido, en que hay ciertos patrones como de machismo establecido, donde el alcohólico no es alcohólico, el golpeador no es golpeador; donde tapan al hijo drogadicto. Es el hijo pastel, o no sé cómo llamarlo, pero al que lo terminan echando del colegio porque el déficit atencional se lo descubrieron después. En el fondo, la falta de control de impulsos no la toman como falta de control de impulsos. Te dicen que es un poquito más rebelde, un poquito más inquieto. Pero no, es alguien que debió tratarse, que no tenía tolerancia a la frustración, o sea, cuando uno va viendo ciertos patrones, comprueba que cumple con todos los requisitos: es el que le pegaba al compañero en el colegio, al que lo echaron por mala conducta, el que entró a la universidad, pero no terminó la carrera... En eso se casa, todos felices, porque se casa con una niña bien, de buena familia, de buen colegio, nadie dice nada. Y resulta que con el poco andar empieza a mostrarse como es.

Normalmente va unido a ingesta de alcohol, otras veces al consumo de marihuana. Y así comienza la violencia, primero psicológica, donde el marido le dice a su mujer cosas como: “Eres tonta, no sirves para nada, tu trabajo es una mugre”. La idea es bajarle el autoestima, ese es el objetivo: anular a la persona del frente: “Aquí te mantengo yo. Tú vives porque yo te doy lo que tú tienes, vienes de una familia que no tenía muy buena situación económica y aquí estás viviendo como una princesa”.

Y después que la tienen, que logran anularla, empiezan los empujones, las violaciones, los acorralamientos contra la pared imponiendo la presencia, etc. Pero el victimario anda por la vida muy normal: juega golf, polo, van a la playa. Él no tiene conciencia de que está enfermo, de que es un golpeador y de que necesita ayuda. Habla fuerte y no tiene problema en tratar a la señora de: “¡Putá weona culiál!”. Ella llora, pero llora sola. Se contenta con tener hijos, se dedica a la crianza. Y si el golpeador es citado a declarar, solo entre el 15% y 20% acude. Algunos por curiosidad, otros para defenderse: “No, pero si ella te va a contar esta historia. Pero no fue así,

fue así”, “discutimos como todas las parejas, puede haber habido algún empujón, pero nada mayor, digamos”.

Algunos casos comienzan en el pololeo. Él muestra signos de descontrol de impulsos, como dejarla en la mitad de la noche –de vuelta de una discoteque en El Arrayán–, en alguna parte de Las Condes, donde la baja a patadas del auto, a coscachos. La deja ahí sin plata, sin cartera, diciéndole que tiene que saber llegar a su casa. Niñitas de dieciocho, veinte años. Ellas no le cuentan nada a los papás, están unos tres días peleados y el pololo vuelve y le pide perdón.

Estos jóvenes son los típicos que se van de la casa pelando forro. Derrapando, como le dicen. O el que pelea con amigos a la salida de las fiestas, consume más alcohol de lo prudente y presionan a la polola para tener relaciones sexuales y luego le dicen: “Te acostaste conmigo, ¿quién te va a querer?”. Y ella se lo cree y piensa: “Seguir con él es el mal menor”. Suelen amenazarlas diciéndoles que si no acceden a tener relaciones sexuales, entonces él va a tener que tener relaciones por otro lado porque necesita tenerlas... y ahí parte la dominación.

En las clases sociales más bajas ocurren cosas similares, pero no es tapado, se habla, porque, en muchos casos, para la mujer es una manera de decir: “Yo soy de él, le pertenezco”. “Como me pega a mí, yo soy la oficial”. “Me pega porque está celoso de mí”. Es una relación muy enfermiza. La clase alta lo calla, lo esconde por vergüenza, por miedo, porque es su mismo círculo social. Ella piensa: “Mi amiga está casada con el amigo de mi marido, entonces finalmente igual se puede saber”. “Si lo denuncio, ¿qué va a pasar, qué va a pasar con su familia y la mía?”.

Algunas han llegado a conversar con la madre del golpeador, o sea con su suegra: “Por favor, ayúdeme, esto no está bien, está pasando esto”. La suegra suele contestarle: “Ay, linda, si no es para tanto, él es así, un poquito enojón, un poquito rabioso, pero téngale paciencia”. Todo se minimiza. “¡Qué escándalo, cómo voy a tener un hijo que le pega a la señora!, ¡no pues!”.

Y si la mujer tiene que ir a la clínica por los golpes, dice en Urgencias: “Me caí, me tropecé, se me quedó enganchado el brazo en la reja, me llegó un pelotazo en la clase de tenis y se me quebró la nariz...”.

En cuanto al perfil de la víctima, muchas veces, en su casa, el patrón también era un padre de carácter fuerte que anulaba a la madre o que también le pegaba; entonces, ella se dice a sí misma: “Esto es así. Es lo que yo vi, esto es lo que yo aprendí, por lo tanto lo permito”. Muchas veces son personas de estructura de personalidad dependientes. Algunas no fueron a la universidad, o fueron y no ejercieron, entonces dependen económicamente de sus maridos. Suelen ser mujeres con carencias afectivas de sus familias de origen y que no quieren que sus hijos pasen por lo mismo, por lo tanto se dicen: “¿Cómo me voy a separar? Es que está muy chica la Rosarito, está muy chica la Josefina; cuando crezcan me separo”. Y así se les va pasando la vida hasta que terminan con un golpe un poco más fuerte o en una situación más grave que las hace reaccionar.

“Cuando él llegaba me encerraba con los niños en el baño con llave. Ahí me di cuenta de que esto tenía que acabar”. He tenido casos en que uno de los hijos ha terminado sin poder ir al colegio una semana por los golpes que recibió del padre a la vista de la madre y es lo que hace que la mujer diga: “Hasta aquí llegamos. A mí me puedes pegar, pero a mi hijo no”.

Otras logran separarse de manera racional, planeada. Empiezan a ahorrar y a pensar cómo lo voy a hacer; se van preparando para el minuto preciso de echarlo. “Mis hijos van a entrar a la

universidad en cuatro años más, ya van a estar grandes. Me quedan cuatro años”, por ejemplo, piensan.

Ya separadas y luego de años de terapia psicológica han entendido lo que vivieron, han comprendido que fueron víctimas de violencia, tanto psicológica como física. Y ahí recién se atreven a comentarlo. Cuando llegan al tribunal se sienten absolutamente culpables por haber permitido todo eso y que la violencia llegara a los hijos. Ellas no se ven como víctimas, tienen el autoestima en el suelo, están destruidas.

Las mujeres hoy son más independientes: viajan solas, están un poquito más empoderadas, a diferencia de la generación de las mamás nuestras (setenta años), eso por un lado. Por otro, ahora una mujer se separa y sabe que va a poder encontrar pega o hacer algo. Se separan a los cinco años, no a los quince, a los veinte o a los veinticinco con cuatro hijos, como era antes. O sea, separarse hace quince años era muy distinto que ahora.

Es muy importante la enseñanza en los colegios. Dentro de la malla de orientación, tal como les pasan sexualidad, métodos anticonceptivos, el sida, etc., tiene que haber mayor formación sobre lo que es una relación sana y lo que es una relación afectiva no sana.

María Paz Fresno, 47 años,
abogada del Tribunal Eclesiástico.

4

He tratado a golpeadores. El victimario no quiere tomar hora, por eso pido que venga toda la familia. Va a ser una reunión para todos, no solo para él. Ahí vienen. En algunos casos se han producido ciertas violencias, pero verbales, nada más. En las sesiones soy muy cuidadoso de no victimizar a nadie. En general, me ha ido mejor en ese formato que cuando me ha tocado ver golpeadores aislados, es un desastre.

Edmundo Covarrubias,
siquiatra, 85 años.

5

La primera noche fue terrible. Tenía veinte años y me casé virgen. Fuimos al Hotel Crillón, muy elegante. Estábamos en la pieza y me salió sangre, pero él encontró que era muy poca cantidad, por lo que concluyó que yo no era virgen... Que te digan eso en la primera noche y que sea un tema de discusión para mí fue horrible.

Comenzó a retarme con energía, a decirme que le estaba mintiendo y que la mentira era peor que no ser inmaculada.

–Pero si usted no es virgen, ¿por qué no me lo dice de una!

Pensé: “Qué horror. Si yo nunca me metí con nadie”. Esa noche lloré sola, con él al lado, pero sin abrazos; lloré mirando su espalda. Él se dio cuenta, pero no me consoló, estaba muy enojado. Después de esa primera noche, quedé con una sensación de miedo.

Él era ocho años mayor, buenmozo y muy inteligente. Para mis adentros me consolaba: “Yo lo voy a mejorar, yo lo voy a sanar”. Estaba enamorada. Más bien obnubilada. Era un encantador de serpientes: muy chistoso, pero con su lado oscuro violento. Tenía muchas rabias, por ejemplo, contra los homosexuales. Con un grupo de amigos los perseguían en la noche. O sea, un hombre muy homofóbico.

Ya casados y viviendo en Santiago, me decía que yo no hacía nada, que mi cumpleaños era un día cualquiera. ¿Y plata? No tenía para comprarme ropa. Él me compraba géneros del gusto de él, por supuesto. No podía andar de manga corta. No soportaba verme esperando guagua. Le daba rabia. Me decía que era horrible, que me veía guatona, chancha, hedionda.

Y yo de pollera escocesa, de esas de tabla con el gancho, y un suéter arriba. Nada de peluquerías y depilación, me tenía que pasar la maquineta no más.

Él iba por negocios a Brasil y se metía con brasileñas; después llegaba y me pedía que me rasurara entera, y yo le hacía caso. Me hacía la brasilera, pero no por mí, sino porque él me lo pedía.

Varias veces me hizo bajar del auto andando, no para que me cayera, pero sí para violentarme. Lo que más me dolió fue una vez que yo iba en micro, esperando guagua, venía de buscar a los niños del colegio; él pasó en auto, nos vio y no nos llevó.

Un día encontró unos remedios en el departamento y me amenazó: “Estás tomando anticonceptivos y eso no se puede. Te lo he dicho, es pecado. Más encima, estoy seguro de que mi hijo menor no es hijo mío, que te metiste con Juan José, tu hermano”. No sé si habrá influido el colegio donde estudió, pero era una cosa de locos... de verdad estaba muerta en vida, y eso que aún no venía lo peor...

Quedo esperando a mi cuarto y último hijo y me doy cuenta de que él se comienza a meter con la empleada. Una chiquilla joven. Y lo pilló un día, no en una escena íntima, pero sí coqueteando en la cocina. Jorge me dice: “Es mejor que te vayas, para qué vienes a molestar, si la yegua está caliente”... con un lenguaje bajísimo, horrible. Yo eché a la empleada y lo que vino, ¡ay, cómo lo explico!

Vivíamos en una casa de dos pisos que tenía tres dormitorios. En una pieza dormían los dos niños, en el otro la gorda chica y nosotros en el de matrimonio. De repente, Jorge pesca el colchón de mi cama y lo tira afuera de la pieza. Hice dormir a los tres niños juntos y yo me instalé en una pieza sola. No engordé más de siete, ocho kilos, si la guagua nació con dos kilos. Pero me decía que me veía guatona. Le daba asco. Un día exploté. Estábamos en el segundo piso, frente a la escalera, y le digo: “¡Ya no aguanto más esta cuestión, es de última vivir así!”. Me pega un combo en el ojo y me empuja con el brazo. Caigo por la escalera y quedo botada en el suelo del primer piso. Me miraba y no me ayudó a levantarme. Estaba de seis meses. Era como de película...

Me levanto, entro a la cocina y me pongo a llorar. A la guagua no le pasó nada, pero yo quedé machucada y con el ojo en tinta. Tenía que salir de ahí, tenía que arrancar. Pesqué mi cartera y

preferí ir a la casa de mi suegra, porque mi papá estaba muy enfermo y no quería dar problemas. Obvio que esperaba que mi suegra me apoyara.

Cuando llegué a su casa me dijo: “Qué horror, Elena, ponte algo, porque te van a ver todos y qué van a decir”. Yo me quedé ¡plop! y le dije: “Pero esto me pasó, esta es la verdad, su hijo me ha hecho esto y yo lo único que quiero es separarme”. Ella me contestó: “Pero es que no puedes hacerlo, conversémoslo mañana, porque él me dice que sexualmente tú no tienes facilidad” y me comienza a tararear un discurso que yo no podía creer.

Tuve a mi guagua y a los tres meses lo eché de la casa. Me gritoneó y se fue furioso donde sus padres. Encontré pega. Ahí comenzamos a salir de nuevo para ver si se podían mejorar las cosas. Empezamos a pololear, tuvimos relaciones sexuales en el auto, éramos como cabros chicos... hasta que terminó volviendo a la casa, porque yo igual lo quería.

Luego de un tiempo, comienza a andar con una universitaria. Viene el Año Nuevo y me voy con mis niños a la casa de mis hermanos en Algarrobo. No me llamó y, como siempre lo hacía, me preocupé y decidí volver a Santiago. Llego a mi casa, estaba el auto, y la empleada, que regaba el antejardín, me dice: “Señora Elenita, no entre, porque está don Jorge con una niña que ha estado toda la semana aquí”. Me entró la fuerza. Le pedí a la nana que se llevara a los niños a caminar y entré a la casa. Me encuentro con una niña sentada en una mesa en la terraza, haciéndose las uñas con un bolso tipo hippie, y él en la hamaca. Los veo a los dos y digo seca: “¿Qué hacen ustedes dos aquí en esta casa?, ¿se van ahora mismo!”.

Y él tuvo la desfachatez de responderme que no tenía derecho a echarlo, porque la casa era de él. A esas alturas, la chiquilla ya se limaba cualquier cosa, estaba aterrada, y yo muy firme. Finalmente se fueron.

Me acuerdo que lloré mucho esa noche. No sé si los niños se dieron cuenta de algo. Antes, con las empleadas, no había tenido celos, pero con esta niña sí, porque era *bien*, estudiaba ingeniería; sentí que me podía reemplazar.

Pasaron unos meses y Jorge se aburrió de la niña esta y quiso volver a la casa. El no fue rotundo. Comencé una nueva vida. Entré a trabajar a una agencia de publicidad y, a los cuatro, cinco meses, mi jefe me invitó a comer. Él me encantaba y fue un hombre maravilloso con quien salí un año y medio.

Jorge se volvió loco. Me gritaba puta en la calle, donde fuera. Me perseguía en auto, me dejó de dar plata. Yo tenía que estirar mi sueldo lo más que podía. Cosía en la noche la ropa de los niños, comíamos mucho tallarín, mis hermanos me ayudaban. Lo pasé muy mal, pero la cercanía con mis hermanos es lo que recuerdo con más cariño. Finalmente, mi matrimonio duró diez años y estuve veintitrés años sola.

De afuera uno puede parecer tonta, pero hay que estar en los zapatos. Te van aniquilando hasta que llegas a ser una planta vegetativa silvestre. Y para salir de eso necesitas un *coach* que te diga: “A ver, dejemos el llantito de lado, pongámonos las pilas”. Hay que pedir ayuda profesional, y con humildad. Una se tiene que decir: “La he cagado, no tengo fuerzas y he tratado de excusar al otro”.

Hoy a Jorge le diría que, aunque lo tengo perdonado, no me hubiera casado jamás con él y que es un *conchesumadre*.

6

Se podía sentir la angustia y la soledad en su casa. Estaban las cortinas cerradas, no había nadie más, ni la nana.

Soy superperceptiva y, de hecho, sentí que si a lo mejor nosotros no hubiéramos llegado, ella pudo haber tomado cualquier decisión, porque estaba colapsada.

Llamó porque quería hacer una denuncia. Dijo que por favor vinieran los carabineros, pero que no fuéramos con balizas ni con carro. Yo supe enseguida que era violencia intrafamiliar, porque a ellas no les gusta que la vecina diga: “¡Ay!, ¿por qué viene carabineros?”. Prefieren cualquier cosa, pero menos que se enteren de que las están violentando.

Eran las tres de la tarde. Vivía en Camino las Flores, aquí en San Carlos de Apoquindo. Me recibió en pijama, estaba desgredada. La convencí de abrir las cortinas y de sentarnos en la terraza, al sol.

El tipo la había violado anal y vaginalmente. Era agresivo. Si ella no quería, él igual la violentaba. Lo peor es que la mujer no se daba cuenta de que era violación, solo hasta que lo conversamos. Y ahí se puso a llorar, porque me dijo que no sabía. Yo pensaba: “¿Cómo una mujer no sabe eso?”.

Cuando estaban los niños en la casa, ella se podía ir a acostar a las doce de la noche. Primero dejaba a sus hijos listos y, cuando la nana se iba, ella sabía que él la esperaba en la pieza. Cerraba la puerta, le tapaba la boca y tenía relaciones con ella. La forzaba. Le amarraba también las manos en la cama. Ella me decía que lloraba y le pedía que no. Pero él nunca le aceptó la negativa. Siempre había reconciliación. Después era cariñoso, llegaba con regalos. Siempre con joyas, decía ella. Con bombones, le mandaba flores al trabajo, mensajes de amor, cartas. La esperaba un día con una cena romántica. Así la mantenía y después volvía a lo mismo.

La violentaba sexualmente cada dos o tres meses. Pero sobre los maltratos psicológicos decía que no pasaba más de una semana y ya le estaba diciendo alguna pesadez.

Siempre la menoscababa como mujer, en sus capacidades. Le decía que no era buena en la cama, que no le servía para nada... no sé, puras cosas feas. De repente si no le gustaba lo que preparaba la nana, le decía: “Para eso estás y para eso te dejo plata”. Y si ella le respondía, le llegaba un palmetazo.

Tenían dos niños chiquititos que iban al Colegio San Francisco de Asís. Y cuando de repente lloraban, él le decía: “Anda a ver tú a los niños”, acompañado de un tirón de pelo.

—Esto es culpa mía —me decía.

—Pero, ¿por qué culpa suya?

—Porque sí. Porque yo no me arreglo. Él quiere que yo me arregle siempre, pero yo estoy haciendo cosas acá. Es culpa mía, por eso él actúa así. Por eso me reta.

—La tiene convencida de que es la culpable y no lo es. No puede pasar del amor al odio así.

Ella nunca fue al doctor. Tenía una amiga ginecóloga que la fue a ver a la casa. Ahí fue cuando su club de Lulú la aconsejó. Después de un tiempo, sus amigas, que cachaban más o menos el tema, la orientaron, la convencieron de denunciarlo. Le decían: “¡No! Es que esto es violencia intrafamiliar”.

A ella le dio vergüenza denunciar al tiro, porque la hubieran tenido que llevar a constatar lesiones y todas esas cosas. Primero se quiso curar de sus golpes.

Al marido le dieron una medida cautelar. Ella no le había dicho nada hasta que nosotros llegamos a notificarlo.

–Caballero, firme acá. Usted tiene prohibición de acercarse hasta doscientos metros de la víctima, por un periodo que indique, en este caso, el poder judicial –le advertimos.

Ella no involucró nunca a sus hijos, porque estaban bien. Una vez me dijo: “No, no se dan cuenta. Delante de los niños es vivaracho, no me hace nada. Pero cuando salen a un panorama el fin de semana y nos quedamos solos, ahí me hace de todo”.

Ahora ella está bien. Se separó y cambió a los niños de colegio. De hecho, se quedó con la tuición, con visitas vigiladas. Él no se los lleva el fin de semana ni nada, por el grado de violencia.

En cuanto a mí, yo sé que me he involucrado mucho con las víctimas. Les digo que me llamen a la hora que sea. Y a la hora que fuera me han llamado a mi celular privado. De hecho, mi marido me dice: “No te involucres” y yo le respondo: “Es que no puedo, no puedo soportarlo...”.

Débora Jofré, 43 años.

Sargento Primero de la 47° Comisaría de Los Dominicos, Las Condes.

7

La “desesperanza aprendida” es un término que fue acuñado por el psicólogo Martín Seligman en la década del sesenta. Este autor descubrió que si un animal es expuesto a una serie de estímulos desagradables e incontrolables, luego estará desmotivado para iniciar cualquier conducta. Preferirá quedarse inmóvil, quieto y aguantando pasivamente el malestar, incluso, aunque ya no haya estímulos desagradables.

Algo similar ocurre con una persona expuesta a violencia crónica. Por ejemplo, una esposa que, aunque haga de todo por su marido, siempre recibe un golpe finalmente va a aprender que “ya que de esto no puedo escapar, ¿para qué esforzarme?”. “Si hago A me golpea, si no lo hago, también”. Aunque uno aconseje denunciar o alejarse del maltratador, una persona con “desesperanza aprendida” contestará: “Para qué, si igual va a volver y me va a maltratar y va a ser peor”. Se produce un miedo que paraliza. Es así como opta por mantenerse callada y aceptar pasivamente el maltrato; por eso no denuncia o no reacciona cuando es abusada. En este sentido, la terapia consiste en que vuelva a aprender que hay situaciones que sí puede controlar, y conectar acciones concretas con resultados esperados.

Carolina Marty, 38 años, siquiatria.

En mi libro *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890*, trabajé con todos los casos de divorcio que vio el Tribunal Eclesiástico en esos cuarenta años. Son quinientos setenta y cinco expedientes, casi exclusivamente llevados por mujeres ante la justicia para enfrentar la violencia que sufrían por parte de sus maridos.

¿Quiénes eran ellas? Fueron mujeres de clase media y alta. La decisión de nombrarlas fue difícil, pero opté por publicar los casos de divorcio con los nombres verdaderos de quienes demandaron o fueron demandados, porque la gran distancia de tiempo resolvió lo sensible de la información.

Cuando comencé a investigar el tema me sorprendí por los tipos de maltratos: golpes, latigazos, palos, amenazas de muerte con pistolas, cuchillos, incluso dejarla morir de hambre encerrada en una pieza oscura. Yo quería entender cómo en el siglo XIX se interpretaban esas experiencias de sufrimiento conyugal.

¿Cuál era el significado de la violencia? Lo sorprendente fue el amplio margen de prácticas de maltrato aceptadas en nuestra sociedad decimonónica. Por ejemplo, en el caso de que la mujer debiera ser corregida para que mejorara su conducta, el marido podía castigarla. Y en ese tiempo un par de latigazos era permitido. Y no solo socialmente aceptado, sino que también podía ser jurídicamente defendido.

Como investigadora, antes que el repudio frente a estas prácticas, quise entender cuáles eran los significados de estos casos de maltrato para sus protagonistas, qué argumentaron para defender sus posiciones ante el tribunal, y así poder identificar qué sentido tenía la violencia para ellos. Hoy, la causal de divorcio es un común acuerdo de las partes, “ya no queremos estar juntos”, pero esa no era una causal aceptada en el siglo XIX, ni cultural ni jurídicamente hablando.

Las causales legales para divorciarse eran solamente el maltrato, el adulterio de cualquiera de los esposos, el adulterio espiritual, que consistía en que el cónyuge no permitiese que el otro practicara la fe católica, o una enfermedad contagiosa e incurable. Hoy, el vínculo matrimonial se entiende normativamente como igualitario, pero en ese entonces no, y esa es una gran diferencia.

En ese tiempo, por ejemplo, si la mujer era sorprendida *in fraganti* en adulterio, el marido podía golpearla, incluso matarla, echarla de la casa y dejarla en la calle. Pero en este caso la ley penal era distinta a la eclesiástica. El adulterio era un delito solo en el caso de la mujer, en cambio, para solicitar el divorcio no importaba cuál de los dos esposos cometía el adulterio. Desde ese punto de vista, el Tribunal Eclesiástico era mucho más moderno que lo penal y civil.

Ahora bien, si la mujer desobedecía al marido delante de las demás personas de la casa –los niños y los sirvientes–, era legítimo que él la castigara, por ejemplo, encerrándola durante tres días en la casa sin poder salir. Desde la perspectiva del marido, la desobediencia podía ser salir a una tertulia, visitar a un cura o, simplemente, llegar a horas que no correspondían.

En el caso de castigos con golpes o latigazos, si estos eran desproporcionados a la falta cometida, ella podía acudir al Tribunal Eclesiástico, que aplicaba pruebas procesuales como las lesiones corporales y las declaraciones de testigos. Por ejemplo, si le había provocado un aborto

o dejado en peligro de muerte, el criterio era la conservación de la vida como el límite extremo a la violencia.

Lo anterior tenía fuerza en la justicia civil, porque el matrimonio se reguló en Chile por el derecho canónico hasta la ley de matrimonio civil de 1884. Por tanto, los decretos de divorcio emitidos por el Tribunal Eclesiástico tenían efectos civiles. Esta relación entre ambas jurisdicciones permite entender ciertas estrategias femeninas frente al divorcio.

El vínculo consagrado del matrimonio constituía a la familia y, en consecuencia, quién hereda qué y a quién pertenece qué. Por un lado, los bienes de la mujer eran administrados por el marido y ella solo podía recuperar la disposición de estos si era divorciada por culpa de él. Por otro lado, el adulterio cometido por la mujer significaba un riesgo de que ella tuviera un hijo ilegítimo, siendo desapercibido por el marido. Podía ser el caso, por tanto, que heredara como si fuera legítimo. Ergo, el adulterio femenino ponía en peligro la unidad familiar y la continuidad de la herencia. En cambio el del hombre no. Si tenía un hijo fuera del matrimonio y no lo reconocía, era simplemente un ilegítimo y tampoco podían demandarlo por paternidad. Recién en 1884, la ley de matrimonio civil reconoció entre las causas de separación el adulterio del marido, pero solo en caso reiterado.

Quiero destacar que, en el período que estudié, las mujeres vieron el divorcio como una posibilidad de salida. Prácticamente no hay ningún hombre que haya demandado divorcio.

Durante la investigación, soñé con ellas, más bien tuve pesadillas, porque sus experiencias de terror nos llegan tan nítidas a través de sus demandas por liberarse de un marido maltratador. Ellas expresaron el miedo a la violencia física y psicológica y también la soledad en que estaban. El marido las mantenía aisladas de sus padres, lejos de su único hermano, de sus amistades, incluso de los propios hijos.

Entre las humillaciones más impactantes, una mujer expresó: “Me desvestió, me arrojó al piso, me pisoteó, gritándome palabras que no puedo repetir, delante de toda esta gente, me trató como una bestia, como una esclava, ni siquiera como una sirvienta”.

Hoy, en el siglo XXI, quiero decir a las mujeres, y no solo a las golpeadas, sino que a todas, que así como estás chilenas del siglo XIX vieron que la única posibilidad de vivir con dignidad era vencer el miedo y ponerse firmes, demandar, acusar y persistir en su causa, hoy hay que hacer lo mismo. Ayudarse entre sí, cambiar el cómo educamos a nuestros hijos e hijas, y construir una muralla de mujeres golpeadas que apure los cambios sociales que necesitamos para enfrentar la violencia de género.

Francisca Rengifo, 49 años,
doctora en Historia, investigadora y profesora de la
Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez.

9

Me escribe y me dice que pagará, puras mentiras, porque ahora tuvo la opción de reembolsar una parte de los dieciséis millones que me debe con el 10% del retiro de la AFP, pero no lo ha hecho.

Le dice a los niños que está muy triste porque yo le retuve el 10%, y que con eso les quería comprar un computador maravilloso a cada uno, pero que ahora no puede por lo que la mamá le hizo. Este es uno de los ejemplos de cómo son las cosas ahora.

En el pasado puedo decir que lo di todo. Aguanté insultos constantes, golpes, portazos, gritos y que viviera económicamente a costa mía; le pagué hasta sus deudas. Toleré que tuviera su mundo alternativo-esotérico con ayahuasca incluida; amantes varias... Se hacía la víctima y me decía que lo opacaba.

Quiso construir una pirámide en el living y otra vez me retó enojadísimo luego de despertar en la mañana, porque, según él, yo lo había envuelto en una burbuja pegajosa durante toda la noche de la que él no podía salir. También dijo ver dragones detrás mío.

Obvio que estas situaciones me dieron miedo, pero aguanté por salvar el matrimonio y por mis niños.

Una vez estábamos en el living; él, que es grande, agarró un cojín que era duro y muy pesado, y me lo lanzó; caí al suelo. Me pegué muy fuerte en la cabeza, llegué a ver estrellitas. Él no me ayudó, se quedó mirándome fríamente hacia abajo. Me asustó su mirada. Me levanté con mucho dolor y el tramado del género del cojín me quedó marcado en la mejilla. Le dije: “Me pegaste” como en tono de “no puedo creerlo”. Él contestó que no me había pegado. Le insistí y él lo zanjó diciéndome que estaba imaginando cosas, que nunca me había pegado. Ahí comencé a dudar de si yo estaba loca; llegué a pensar que no me había golpeado.

Al otro día me ofreció disculpas, pero solo reconoció que me había lanzado un cojín, que nunca me había tocado.

Pasaron los años y en un momento dije: “Me voy”, porque el abuso económico y en todo sentido era demasiado. Ya separados, fue diagnosticado como de *borderline*.

Amalia, 44 años, víctima,
egresó del Colegio Alemán.

10

Lo tenía todo, pero no era feliz. Grandes autos, joyas, una casa hermosa con una tremenda piscina, pero estaba y se sentía sola. Su vida era horrible. Trabajé diecisiete años en esa casa y me di cuenta cuando las cosas cambiaron bruscamente. Ellos se llevaban superbien al comienzo, hasta que un día él la empezó a tratar muy mal. “Floja, hedionda, no *serví* para nada, pasas durmiendo”, eran algunas de las cosas que le solía decir.

Todo empeoró cuando mi patrón comenzó a serle infiel a mi jefa con su propia hermana. Yo sospechaba, porque de repente hacían fiestas y salían juntos del mismo baño. Pensaba “qué raro”. Justo en esa época había una alumna de intercambio que se estaba quedando con la familia, y ella en una ocasión me dijo: “Vi al papá con María en el segundo piso dándose un beso”. Yo le respondí: “Ah sí, eso se viene dando hace dos años”, a lo que me contestó: “Ah, por eso ha cambiado tanto con mamá”. Ahí comprendí que no era la única que se había dado cuenta del cambio de actitud de mi jefe con su señora.

Él llegaba tarde, por lo que yo era la principal compañía de mi patrona. Un día domingo – cuando volví de mi día libre–, la chiquilla extranjera de intercambio me comentó: “No sé qué le pasa a papá, ahora está tan violento con mamá. Ayer la empujó y le iba a pegar”.

Yo seguí trabajando. Pero un día, la muchacha que estaba alojando en la casa le contó a su “mamá postiza” todo lo que había visto en relación a su marido. También le dijo que yo lo sabía desde hacía dos años, por lo que me metió en un tremendo lío. “Julia, descubrí todo esto. ¿Cómo no me dijiste antes?, se suponía que eras mi nana, que me quieres mucho. ¿Por qué no me dijiste?”, me regañó la señora. Claramente, yo no me quería meter, porque a una le da miedo hablar.

Después, mi jefe, en un momento en que estábamos solos, me dijo: “Vieja chismosa, yo nunca pensé que me ibas a dejar mal, estás acostumbrada a vivir en poblaciones callampas”. Le dije que yo no había sido y agregué que le había cuidado dos años la espalda, que no entendía por qué me trataba así. Desde ese momento empecé a trabajar tensa. Nunca me pegó, pero las palabras que me dijo me hirieron muchísimo. En un momento anuncié que me iba, a lo que él respondió: “No, me vas a dejar más la cagada”. Pensaba que si me iba, el resto pensaría que me había ofrecido plata o me había echado. En todo caso me preguntó cuánto quería.

–Yo no me vendo a usted ni a nadie– le contesté.

Él era empresario y ella dueña de casa, lo que le jugaba en contra, porque era muy dependiente. Para mí fue una situación muy complicada, porque llevaba muchos años trabajando ahí y no sabía para qué banda tirarme. Al final terminé yéndome, porque por todo este estrés terminé enferma. Es muy complicado estar trabajando en un ambiente así, donde todo te lo encontraban bien y, de un momento a otro, todo está mal. Me dio una parálisis cocleovestibular, la cual –según me explicó el médico– se produce después de un trauma. Fue una carga emocional muy grande. Mi jefa se me acercaba, lloraba conmigo y me decía: “No sé qué le pasa, ahora nunca podemos salir solos”.

Creo que en la clase alta es donde más se dan estos abusos, sobre todo sicológicos, porque las mujeres se casan con hombres muy adinerados y prefieren aguantar el maltrato a perder su calidad de vida. He aprendido que en estos casos no hay que meterse, porque una sale perjudicada. Lo que hay que hacer cuando hay niños, por ejemplo, es llevarlos a la plaza o encerrarse con ellos en una pieza para que no se den cuenta de lo que está sucediendo.

No creo en los hombres, en eso también esta experiencia me perjudicó. Me pueden decir “te amo”, me pueden llamar todos los días, pero la vez que no me contesten el WhatsApp o las llamadas me va a poner intranquila. “¿No estará con otra mujer?”, pienso... uno ve tantas cosas. Quedé muy insegura.

Ahora estoy trabajando en un hogar de clase media, donde vive un matrimonio joven. Los veo mucho más felices, más cómplices. Los dos aportan económicamente, entonces no hay esa dependencia que me tocó vivir en el caso que conté.

No es fácil hablar de este tema, porque estas personas tienen muchos recursos y acceso a comprar libros, leen mucho, y da miedo... porque pueden averiguar quién contó la historia.

Julia, trabajadora de casa particular, 52 años.

Combos, empujones, cachetadas, ¡me sacó la mugre! Por eso ese día pesqué mis cosas y me fui...

Era un domingo, estábamos en la casa de Pirque, con las niñas. Dos partieron a Santiago y se quedó la Tere. Venía el 18 de septiembre e íbamos a celebrar con todos mis hermanos en la casa. Empezamos a discutir y me dijo que no quería hacer nada para esa fecha. Le repliqué que cómo podía ser, si ya estaban todos convidados. Además le dije: “Si tú no quieres, te vas”.

Agarró el control remoto y lo tiró al suelo. Me huevonió y me dijo “puta de mierda”. Nuestra hija trató de calmarlo y luego se paró y se fue corriendo a su pieza. Él se levantó, me tomó con las dos manos y comenzó a ahorcarme diciéndolo “¡Me tienes tan aburrido, ándate, hasta cuándo!”. Todo esto gritando y yo tratando de arrancar.

Me tiró de las mechas, me caí al suelo y me volvió a pescar. Era como un tira y afloja; después de ahorcarme, logré irme hacia el pasillo, mientras él seguía gritando como loco. En el minuto pensaba que estaba en una película. “Esto no puede estar pasando” me decía a mí misma. Logré escapar, me fui donde la Tere que lloraba y le dije: “Vamos a estar bien, yo me voy a ir, sal altiro tú, ándate, yo te sigo en el auto”, porque cada una tenía su auto.

Él se volvió a sentar como si nada. Se fue primero mi hija y luego yo con una mochila. Dejaba veintiséis años de matrimonio atrás. En el departamento de Santiago, le bajé el perfil al asunto, pero les dije a mis niñas que no volvía más a Pirque.

Al día siguiente fui a Carabineros, porque sentía que tenía que hacer algo. Me dirigí a Las Tranqueras, con susto, tiritona y todo, y cuando me senté frente a la persona le digo: “Quiero dar aviso de que dejé mi casa, de que fui golpeada”; la niña me miró y yo empecé a llorar. Me llevaron a otro lugar para que yo contara, fue muy duro abrir el corazón. Dejé constancia, porque denunciar era un lío, se podía saber, y además, si esto escalaba, le podía influir en su trabajo y yo necesitaba que él tuviera plata, que estuviéramos bien. O sea, sabía que necesitaba hacer un cambio, pero no dejar la caída.

Luego de eso me di permiso para llorar y aceptar que era verdad. Asumirlo cuesta mucho, más cuando hay gente que te dice “pero si ustedes se veían tan bien, cómo se separaron”; o sea, estar mostrando que está todo perfecto cuando no lo está es muy desgastante y ahora destaparlo, además, es fuerte.

Le conté a mis hermanos... fue raro, porque veía caras... mucho silencio, más que contención. Les narré solo lo que pasó ese día en Pirque. Nosotros somos una familia que estamos cuando nos necesitamos, pero somos de poco hablar las cosas. Entonces, creo que se sorprendieron un poco de que yo contara. En el fondo, estaban tristes por cómo me veían. Esa vez me acogieron, pero nunca más fue tema. Eso me dolió mucho, cómo será que lloro al recordarlo. Los fines de semana eran tristes. Me podrían haber llamado más, convidado a almorzar...

También me pasó con amigas... unas del movimiento me decían: “Pucha, Verónica, y tanto que hemos rezado por ti”. Y yo les contestaba: “A ver, perdón, ¿cuándo me llamaron un sábado o un domingo para invitarme?”. O sea, una cosa es rezar por una persona, pero la otra es la vida dura. Uno no pide que estén pendientes de una, porque la gente está en sus cosas, pero creo que quien no lo vive no sabe de esta soledad.

A los meses me dicen que él se enamoró de otra. Tomé una abogada que es del terror, más vale tenerla de amiga que de enemiga, porque es aguerrida, tremenda. En la primera reunión me dijo: “Ya, pesca el teléfono, llámalo y dile que tienes abogada”. Yo le decía: “No puedo”, pero ella insistía.

Lo llamé y quedó la pata de pollo. Se indignó, saqué unas platas que él tenía en mi cuenta, varios millones. Ese día fue de película, llegó a botar la puerta del departamento, mientras yo me escondía en el baño. Mi hija mayor le abrió, pero no lo dejó entrar. Igual me reí de pensar en su cara al saber que faltaba esa plata. Posteriormente, hicimos una mediación que fue positiva.

Hace dos años ya no me da ningún peso. Pero estoy feliz, porque pude sacar mi carrera. Soy psicóloga y puedo decir que mi exmarido es absolutamente narcisista. Tiene un ego inflado tremendo. Sus hermanos le decían cabeza de músculo. Yo creo que intentó salir de eso, pero su ego pudo más, y las lucas lo empoderaron mucho.

Creo que fue positivo separarme. Y esperé a que las niñas estuvieran grandes, porque tenía muy claro que eran mi responsabilidad, porque yo las traje al mundo.

Hoy trabajo en mi consulta privada y, además, tengo un programa especial para mujeres separadas que me tiene muy orgullosa.

Mirando para atrás, lo hice muy mal en el pololeo. Me anulé absolutamente. Así como él era narciso, yo fui dependiente, acepté una relación superasimétrica, nunca validé lo que yo pensaba, siempre lo sometía todo al juicio de él. Y me daba cuenta, pero lo ahogué, ahogué al Pepe Grillo. A mi papá no le gustaba, me decía que era un “hijito de su papá”, que “manejaba antes de tener carné”. No hice caso.

Sabía que me era infiel y que era putero, pero yo lo justificaba; para que no siguiera en eso, decidí acostarme con él antes de casarme, para que fuera solo para mí. Fue bien dramático al comienzo, lo hablé hasta con curas, pero lo hice. Cuando me regaló anillo, yo estaba feliz. Muchos años después supe que se lo había comprado a su hermana que se había separado. Cuando supe, lo guardé y no lo ocupé nunca más.

Casada pagué las consecuencias de las señales. Estos narcisos son alimentados, en gran medida, por la misma mujer: me pegaron un coscorrón delante de un amigo de él solo por decirle que no quería que sus papás fueran a alojar el primer mes de casados a la casa. Me quedé callada y me sentí avergonzada.

Otra vez me pegó una cachetada, porque no quería alojar a unos amigos suyos. Tuvimos que dormir los cinco en la pieza. Esa cachetada casi me da vuelta la cara. Y silencio, como si no hubiera pasado nada. Pasaban tres días y me prometía el oro y el moro.

En otra ocasión nos pusimos a discutir en el pasillo, estaban las niñas dando vueltas por ahí y él me empujó, me botó y me raspé la espalda, me salió hasta sangre. Quedé tirada, y ahí me acuerdo de haberlo mirado: él ni una pizca de arrepentimiento en su cara, nada, de hecho estaba con ojos de rabia y odio. Obviamente, no me ayudó a levantarme, lo hice yo y les dije a mis hijas: “No ha pasado nada, niñas”. Y si aguantaba es porque yo me casé para toda la vida. No me planteaba separarme, pero ya sentía que lo quería menos, estaba desilusionada.

Yo quería tener más hijos, él no. Cuando fui a tener a mi tercera guagua, le dije al doctor que me sacara todo solo si estaba mal. Eugenio opinó. Después supe que me habían ligado las trompas.

Sé que me fue infiel muchas veces. Llegaba tarde por motivos del trabajo, según él, y siempre se sacaba con evasivas su tardanza. Me pegó hasta ladillas y se excusaba diciendo que era porque yo me sentaba en baños públicos.

Ahora, pensando para atrás, los golpes se daban cuando yo no trabajaba. Cuando yo lo hacía, esto paraba y lograba tener mi mundo propio. Tanto, que conocí a un compañero de oficina que me encantó; nunca pasó nada, pero él fue muy romántico conmigo, de mensajitos, abrazos y me sentí tan valorada que le conté a Eugenio: “No he hecho nada, pero hay alguien que me valora, que me ilusiona. Entonces, no sé si quiero seguir contigo”.

Es como para no creerlo, pero él me dijo que me entendía. Me contó infidelidades suyas, hasta con una vecina. Agregó que lo mío era algo pasajero: “A mí también me pasó, pero no tuvo ninguna importancia, entonces te va a pasar a ti, sigamos”. Igual se fue enojado pero volvió al tercer día; yo me la jugué por el matrimonio, pero... fue horroroso. Me castigó tres, cuatro años por esta cuestión. Cada vez que se enojaba me decía: “Eres una puta de mierda, le voy a contar a las niñitas”.

Todo era castigo. Si no hacía lo que él quería, si las cosas no salían como esperaba, él sacaba altiro este evento. Nunca me lo perdonó. Y yo no sacaba nada con enrostrarle sus infidelidades, porque para él el hombre podía, pero la mujer no. Muy machista.

Nunca le conté nada a nadie, me la comí solita y mi dolor yo creo que lo anestesiaba con la comida: engordaba, tenía peaks de ocho kilos de más y luego volvía a adelgazar.

De ahí nos fuimos a vivir a Pirque a una casa muy rica, a él le estaba yendo muy bien. Mucho polo, clases de golf. Pero las cosas no cambiaron. Por ejemplo, íbamos en el auto y yo decía algo que no le parecía y me pegaba un combo en el brazo, ¡pero fuerte!, al otro día amanecía con moretones. Él no decía nada. Yo no recuerdo si me quejaba o no. Creo que prefería quedarme callada para que la cosa no siguiera.

Otra vez íbamos de noche por un camino rural de tierra, se enojó, me hizo bajar del auto y me dejó sola, en medio de la nada. Llamé a una de mis hijas para que me fuera a buscar. Yo estaba indignada, pero no me quedó otra que bajarle el perfil, por mi hija.

En la casa también me pegaba empujones... pero en paralelo, y mira cómo son las cosas, compramos un departamento en Santiago, que es el que usaban las niñitas para la universidad, y yo hice un diplomado en familia. De a poco me fui preparando, sin saberlo, hasta que llegó ese domingo que me sacó la cresta y me fui.

Voy a ser abuela esta semana y siempre soñé con Pirque, con árboles grandes, soñaba con nietos corriendo y animales... ese sueño ya no fue. Me da pena, sobre todo por lo que pasó, por esa niñita chica que fui, pero la abrazo y le digo: “Te entiendo, porque no supiste qué hacer”. Pero mi primer año separada me reprimí de cómo mierda no le dije, no le puse freno, cómo aguanté tanto, cómo me quise tan poco, cómo fui tan ciega... Ya pasé eso. Y me perdoné. Pero después de la entrevista me motivé a seguir analizando más cosas. Creía que la violencia era solo conmigo, pero después me quedé pensando y me di cuenta de que nosotros criamos a nuestras niñitas con el coscorrón, el palmazo en el poto, y la entrevista me hizo verlo más allá: me dolió reconocer un palmazo fuerte en el que ahora pienso y me duele el alma.

Verónica, 54 años, víctima,
egresó del colegio Mariano.

Algo superfuerte y común en la clase alta es la violencia patrimonial y las sociedades falsas, las que, lamentablemente, la ley no contempla. Hay mujeres que dejan de trabajar, o que trabajan parcialmente, para apoyar la carrera profesional de la pareja, y al momento de divorciarse o liquidar la sociedad conyugal, tratan de pedir compensación, pero ellos se despojan de los bienes para no entregarles nada.

También son utilizadas para fines tributarios. Los maridos las hacen firmar sociedades para rebajar la carga de impuestos, pero ellas no lo saben, porque no desconfían de ellos, y los hombres son los que tienen la administración de estas en su totalidad. Ahora estoy con dos o tres causas de personas que tienen deudas millonarias producto de estas sociedades de las que ellas nunca participaron.

Como en la ley no se habla de este tipo de violencia, tú le explicas al juez: “La señora X no sabía que ella tenía esta sociedad, aquí está el mandato donde el administrador es el cónyuge, o sea de verdad no tenía cómo saber qué pasaba con esas platas”, pero como no está conceptualizado, hay un vacío del que nadie se hace cargo. Pienso que el sistema judicial tiene que dar una respuesta mucho más clara y entender que la violencia puede ser de distintas formas.

También me llama la atención que los hombres asumen un rol de víctimas como de “yo fui el que me saqué la madre por esta familia, le di todo lo que quiso. Ella abusaba de mi situación económica”, y tú revisas, por ejemplo, las cartolas bancarias mensuales, y ella tiene quinientos mil pesos y él, quince millones. Entonces uno piensa: “Aquí hay algo que no me cuadra, esta mujer, que supuestamente lo utilizó a él económicamente, tiene deudas por doscientos millones y un patrimonio de dos mil millones”. También hay otros que me dicen que no tienen bienes a su nombre, pero que tienen cinco sociedades y tres propiedades a través de esas sociedades. Claro, a lo mejor a su nombre no tiene bienes, pero... Yo soy bastante insistente en pedir los documentos, por lo tanto me entero igual.

Al trabajar como perito económico te enteras de la intimidad de la gente de una manera... o sea, me ha tocado escuchar violaciones entre cónyuges, obligaciones de realizar abortos, malos tratos hacia los hijos en los que, cuando ellas tratan de intervenir, son maltratadas. Me ha tocado también el caso de mujeres que han intentado dejar al marido producto de estos malos tratos y que son presionadas por su entorno familiar para que no lo hagan; o sea, de verdad, hay muy poca empatía y una invisibilización de esta situación.

En la clase alta hay otro tema que me preocupa bastante que es la visión estandarizada que tienen los jueces de familia y los consejeros técnicos a la hora de decretar una pensión de alimentos. Generalmente, se tiende a dar una pensión provisoria del monto de dos o tres ingresos mínimos, sin tener en cuenta la realidad de esa familia. Si, por ejemplo, en una casa gastaban ocho millones mensuales, darle a la madre un 10% de ese monto es dejarla con una carga que no tiene de dónde sacar. Y ahí está el error del tribunal: “Okey, le daremos a todas las mujeres ochocientos mil pesos”, pero hay familias a las que, por su estilo de vida, eso no les alcanza para nada, ni siquiera para pagar el supermercado. Falta observancia del sistema judicial para decir: “Bueno, revisaré los antecedentes”. No podemos dar respuestas iguales para situaciones distintas.

El tribunal tampoco entiende que el no pago de la pensión alimentaria es una forma de intimidación y es necesario que lo empiece a entender como un hecho de violencia.

Esto tiene que cambiar desde el minuto en que se hace la denuncia, porque, al momento de denunciar, la única pregunta del ámbito económico que se realiza en Carabineros es: “¿Usted depende o no del agresor?”. A lo mejor ella trabaja, pero con su ingreso no le alcanza para cubrir ni un cuarto de las necesidades de su hogar.

Estas mujeres son discriminadas, porque, primero, si no tienen los recursos o no se los pueden conseguir, no tienen cómo financiar la iniciación de un proceso judicial contra su pareja. El Estado no las contempla como sujetos de atención y, por otro lado, si logran contratar abogados y peritos, el tribunal no las entiende como víctimas de violencia económica.

Bajo mi punto de vista, los organismos que hoy están bajo este alero realizan un trabajo sumamente pobre. Entrevistas de quince minutos, casi no revisan antecedentes y a veces llegan a unas conclusiones que tú dices: “Aquí entrevistaron a otra familia”. Generalmente, es gente muy joven, sin experiencia, la que hace estos informes, y con mucho volumen de casos. Esa es la gravedad del asunto. No podemos caer en tan bajos estándares, porque hay temas muy importantes de por medio.

Son muy pocas las instituciones del mundo público que tienen un buen servicio y que realmente aportan a la causa. Me parece gravísimo que el Estado siga subvencionando eso; ya sabemos que no es el camino. Para mí, el Servicio Médico Legal tampoco es una gran ayuda, porque la pauta que entrega es sumamente amplia y no guía de manera adecuada. Si me preguntas a mí, creo que la mejora debiera venir desde el propio poder judicial o desde el legislativo. La ley debiera ser más amplia e incluir cuáles son las labores de un perito, cuáles son las sanciones por mentir u omitir información, pero que estas sean reales y se ejecuten. Dejar en claro que las personas que no saben hacer pericias se inhabiliten y que, al igual que existe un registro de personas pedófilas, exista uno de las que evalúan mal. Insisto, en nuestras manos está la vida de personas y eso no se puede olvidar ni transar.

Hace poco me tocó ver el caso de Canadá de manera muy cercana. Estuve con un trabajador social y me contó que solamente para ejercer –y ni siquiera estamos hablando del ámbito de familia– tienen que estar inscritos en la orden, lo que equivale al colegio profesional. Es una obligación para poder trabajar. Aquí, este órgano no tiene ningún peso y tampoco da directrices. En Chile estamos en deuda con las familias, porque no las estamos ayudando de manera eficiente.

Cinthia Muñoz, 34 años,
perito privada social y económica.

13

Cuando me separé no tenía qué mascar, solamente podía darles comida a mis niñas. Estaba sumamente desamparada al abandonar, luego de tres años, a Juanjo. Llegué a tocar las puertas de la Junji para que por favor me las tuvieran gratis.

–Perdón señora, pero esto es para gente pobre –me dijeron.

–Yo no tengo ni uno –repliqué.

–Cómo no va a tener.

–¿Quiere que se lo demuestre? –insistí.

–Por favor –me contestaron. Les llevé mi liquidación de sueldo de recepcionista y recién ahí me creyeron. Vivía de allegada donde mi hermana, porque mi papá ya había vendido la casa grande. Dormíamos en una pieza, en una cama, y la mayor se hacía pipí.

Es que el Estado se olvida de la mujer vulnerable de la clase alta, creen que todas tienen plata y no es así. Es una pobreza disfrazada terrible y una no tiene a quién acudir. Yo me levantaba muy temprano, porque llevaba a las niñitas al jardín infantil que me había asignado la Junji, y en las noches hacía ropa de guagua y la vendía ahí mismo.

Yo agradecía mucho que en la Junji les dieran leche y almuerzo. A mí también me daban comida en la empresa donde trabajaba... Ahora lloro, porque saco la cuenta que esa era mi única comida del día, estaba flaquísima, si con lo que ganaba lograba solo alimentar a mis hijas, para mí no alcanzaba. Pero no pasaba hambre, no tenía tiempo para eso. Así vivimos al menos un año.

Por eso les pido a las autoridades que la ayuda a las golpeadas y maltratadas debe ser rápida, altiro. Porque si te están pegando o te van a golpear y llamas a organismos estatales, no me sirve que me digan que primero tengo que ir a denunciar o me salga una grabadora. ¡Yo lo viví!, los organismos públicos deben ser visibles, rápidos y coordinados entre sí. Por ahora, creo que es sumamente necesario que en las comisarías –porque todo el mundo sabe dónde están–, además de poder denunciar, tengan la ayuda psicológica *in situ*, y si la persona necesita ayuda económica lo resuelvan ahí, o lo deriven, pero de manera bien gestionada y rápida... ¡uno tiene que comer hoy, no mañana!, y más si tienes hijos... he tenido que pasar por muchos organismos públicos y no es fácil.

Ojalá eso lo hubiese sabido a los trece años, cuando conocí Juanjo. Él tenía veintiuno. Yo venía de un ambiente familiar de muchos hermanos, donde mi madre era bipolar, muy grave, donde cada uno se criaba como podía... entonces, aparece este hombre de veintiún años, con buena situación, entra a la casa como dueño y señor, y mi papá lo encontró estupendo para mí, que era una niñita. Ahora lo pienso y es patético. Pero en ese tiempo igual lo encontré atractivo. Me llevaba a la casa de sus papás, me convidaba a comer a restaurantes, mi papá me daba permiso para ir a bailar, íbamos a Las Brujas.

Pero el pololeo fue brutal. Juanjo era muy posesivo y celoso. No me dejaba ir a ninguna parte. Cuando se enojaba le pegaba combos a la pared. Me sentía atrapada, porque a la vez era halagador, encantador, pero no me atrevía a decir que no. Sentía una mezcla de amor y miedo. Cuando cumplí los dieciocho años me dijo: “Sabes qué, tú te vas a recibir ahora de cuarto medio, lo que he estado esperando, así que nos vamos a casar”. Le dije que no quería y se casó con otra. Me sentí bastante aliviada, pero a los dos años volvió con la siguiente propuesta: “Me separé, porque tú eres el amor de mi vida, así que quiero que nosotros sigamos”.

Comenzamos a salir de nuevo, yo ya más grande, de veinte años. Los problemas volvieron. Si le decía que iba a salir con una de mis hermanas, no me dejaba. Si quería ir a una tienda me ordenaba: “Yo te voy a ir a buscar y te voy a ir a dejar; te voy a esperar afuera y tú sales después”. Le aceptaba todo, creo que por miedo y porque no sabía cómo reaccionar. Tengo claro

que lo quería mucho también, ¡uf! Estaba confundida, él lograba manipularme y eso me hacía vulnerable... una se empieza a enfermar.

Yo venía de una familia vulnerable, donde lo distinto era permitido. Entonces, uno se cría en un ambiente donde lo anormal cree que es normal. Una madre que se va a la clínica cada cierto tiempo y que cuando estaba en la casa maltrataba a mis hermanas, pero igual mi papá la cuidaba. Yo me decía: “Si tú quieres a alguien que está enfermo, tienes el deber de cuidarlo. Ese raciocinio me formé”.

Un día fuimos a la casa de sus papás, que vivían en El Golf, pero ellos no estaban. Tuvimos una discusión y le dije que esto se acababa, porque lo encontraba una persona demasiado furiosa. Entonces, me miró con una cara de loco y me dijo: “Sabes qué, te voy a matar. Mi papá tiene una pistola en el clóset”. Yo miraba las ventanas y estaban enteras enrejadas. Él tomó las llaves y cerró todas las puertas, me pegó fuerte y lo único que hice fue ponerme a rezar, me quedé paralizada y no me atrevía a contestarle. Como no encontró la pistola se puso a gritar como condenado, decía muchas groserías y en eso agrega que me tiene que ir a dejar a la tienda donde yo trabajaba. Abrió la puerta, salimos, y él se puso así como muy pegadito a mí y me dijo: “Ni te atrevas a hablar”. Yo sé que suena increíble para alguien normal, pero esta gente te posesiona y lo entiendo, porque lo viví.

En la casa le conté a mi papá lo que había pasado, me dijo: “Ah no, sabes qué, esto no puede ser, espérate un poco”. Llamó a un amigo suyo del año del mono, al que yo no había visto nunca y que se había casado con una mujer muchísimo más joven. Tenían un campo maravilloso en Rancagua y el papá me dijo: “Te voy a llevar al tiro”. Me pescó y me fue a dejar. Nunca más supe de mi familia, de nadie. Allá la señora fue muy amorosa, me cuidaba mucho. Yo estaba muy triste, lloraba todo el día mirando los sauces. Quería estar aislada, no quería saber más nada.

A los tres meses volví a Santiago como recepcionista de una empresa. Ya había dejado todo atrás cuando me di cuenta de que estaba esperando guagua. Pensé: “Lo que yo tengo no me lo quita nadie. Esto me lo mandó la Virgen María”. Y mi papá fue muy comprensivo, recuerdo que me dijo: “¿Sabes qué, linda?, esta guagua va a ser a la que más voy a querer de todos mis nietos. Eres valiente, así que yo te voy a ayudar, no te preocupes”. Yo feliz, pero al quinto mes el papá me cita en su escritorio para decirme que ninguna persona en el mundo le puede quitar la paternidad a un hijo. Casi me morí, pero bueno, llamé a Juanjo por teléfono y nos juntamos a la salida de mi oficina. No sé qué sentí yo, pero él se daba vueltas de carnero en la calle de felicidad. Comenzamos a vernos de nuevo, pero yo viviendo con mi papá. Llegó el día del parto y me ordenó que nos fuéramos a ir a vivir a la casa de sus padres como allegados.

Ya instalados, un día le digo que voy a ir a ver a mi hermana, me encerró en la pieza y me dijo de manera muy agresiva: “Espérate, te quiero explicar algo para que tú lo sepas ahora y siempre: tú no puedes salir si no tienes autorización mía, no tienes permiso para llamar por teléfono si no me lo preguntas. Me tienes que decir 'Juanjo, ¿puedo salir? Repite’”, y yo lo repetí. “Así van a funcionar las cosas aquí”.

Para el Año Nuevo recuerdo que estábamos en la logia y él se dio la vuelta por atrás, me pescó de sorpresa y me violentó. Fue horrible, duro, brutal. Y aunque sea como para no creer, me quedé esperando mi segunda guagua. La otra tenía cuarenta días. Cuando me violó no grité, no lloré... estaba mal.

Juanjo me decía que nos íbamos a casar, pero yo no quería, ni siquiera por mis hijas. Obvio que no le decía. Ya esperando a la segunda nos fuimos a vivir a un departamento. Yo no sabía cocinar y su mamá lo hacía como los dioses. Cuando le servía en el comedor, si la comida no le gustaba, decía: “Esto es una mugre”. Yo empezaba a tiritar, él tiraba el mantel y todo se caía y chorreaba. Me pasaba limpiando las paredes...

En lo sexual andábamos bien, pero no era feliz, siempre estaba asustada. Era del tipo que me esperaba a que llegara de la oficina y si me atrasaba cinco minutos, tenía que justificarlo.

En ese tiempo se puso a tomar mucho. Una noche comenzó a gritar, a tirar cosas y de nuevo me dijo que me iba a matar. Estábamos sobre la cama y me empezó a pegar patadas para botarme al suelo... Yo me levantaba, volvía a subirme a la cama y no le decía nada, ni una palabra, nunca respondí. Y me botaba de nuevo. Llegué a rezar para que le hiciera efecto rápido el trago y se durmiera.

Una noche le digo: “Shhh, calladito porque la guagua se va a despertar” y contesta: “Qué me importa a mí, si la tiro por el balcón”. Al día siguiente esperé a que se fuera, tomé mis cosas y partí donde mi papá. Me quedé a vivir ahí, pero terminé haciendo las paces con Juanjo y nos fuimos a vivir juntos de nuevo con las dos niñas a una casa en Lo Barnechea.

Ahí nunca más dejó de tomar y convidar amigos. Le daba rabia que yo me pusiera la almohada arriba de la cabeza, porque no soportaba el olor a trago. A esas alturas, no sé si lo quería, pero tengo claro que era una sumisión total. Ahora, cuando me violentaba, después me pedía perdón de rodillas y también era de decirme cosas lindas. A su manera, creo que él me quería.

Pero el tema del trago estaba horrible. Comenzaron a desaparecer cosas de la casa. Ya me pegaba por sí o por no. Nunca fui a una clínica porque ¡me daba pavor!, no quería que nadie me viera, me daba una vergüenza enorme, ¡si es muy indigno que te peguen, pues!

Cuando iban mis hermanas a verme, él era un amor con ellas, pero yo aterrada cuando se iban, porque sabía que después me iba a pegar. También me decía: “Con las dos niñas no te va a querer nadie, así que no se te ocurra moverte de aquí, nadie te va a querer como yo, no te pintes, no andes con la pollera corta, no andes nunca con escote, tienes que andar en la micro bien tapada, yo te voy a esperar abajo de la micro, no tiene que verte nadie”. Y lo tragicómico es que él tenía auto. Recién vengo a caer. Y tampoco se me ocurrió decirle que por qué él andaba en auto y yo con las guaguas en micro.

No me atrevía a alegar por nada. Cuando él compraba carne, porque todo el tiempo venían sus amigos, yo tenía que sacar escondida un pedazo para tener en la semana, porque después no había plata. No pagaba las cosas, venía la dueña de la casa a reclamarme el pago del arriendo. Le decía a Juanjo, y él me contestaba: “Pero por favor, cómo se te ocurre, está todo pagado”, y era mentira. Todo era mentira, todo.

Un día le digo a mi jefe que no puedo seguir andando con dos guaguas colgando, que si me prestaba plata para comprarme un auto y que me la fuera descontando del sueldo. Él fue muy generoso. Yo andaba feliz con mi autito, pero llegó Juanjo un día a mi oficina y me dice: “Firma o grito. Voy a vender la Citroneta ahora, firma el traspaso o grito”. Y firmé, le tenía pavor a ese hombre. Y vendió mi Citroneta y nunca vi mi plata. Endeudada, además.

Todas las noches le rezaba a Dios para que, por favor, Juanjo se pusiera viejo para que yo lo pudiera cuidar, que no tuviera buena salud. Me acordaba de mi papá con mi mamá, y de que no

puedes abandonar a los enfermos. Me golpeaba todas las semanas con energía, por anga o por manga, y yo callada, tratando de ser invisible.

Nuestro vecino era médico y un día nos topamos en la calle; me dijo: “Creo que tu marido es un poco raro, si tienes algún problema tú te vienes para acá no más”. Y bueno, cuando Juanjo estaba curado y yo sabía que me iba a pegar, me arrancaba para la casa del lado. Él me salía persiguiendo. Entrábamos a la cocina del vecino, el doctor me cerraba el ojo y le echaba pastillitas al café. Luego le ofrecía el café a Juanjo y le bajaba el sueño. Nunca supe qué era lo que le daba, pero para mí arrancar donde el vecino significaba una noche sin golpes.

En la oficina nadie sabía, por eso lloraba hasta antes de llegar allá. Me metía al baño y me pintaba para salir como si nada...

Y de nuevo cambio de casa a Vitacura, porque nos echaron por no pagar.... Y ahí vendría el hecho que me iba a abrir los ojos. Un día, mi nana, me dice: “Señora, sus hijas estaban conversando afuera y decían: mamá *shuelo*, mamá *shuelo*, el papá pegó”. Y ahí me dije no, esto no da para más, se acabó. Empecé a pensar cómo lo hacía, cómo me sacaba a este monstruo de encima, porque tenía que salir yo, nadie podía salir por mí, nadie.

Entonces, lo empecé a planear. Me dije: tiene que ser bien hecho, le tengo que avisar a su papá, esta gente tiene que quedar al descubierto, porque afuera son un encanto y puertas adentro, golpeadores.

Fue para Nochebuena. La pasamos con mi familia y de adrede no le tenía regalo a Juanjo. Por supuesto que se acercó y me dijo al oído: “No me hiciste ningún regalo y quedé en ridículo”. Sabía que eso iba a traer consecuencias así que le pedí a mi hermana que se fuera a mi casa a alojar. Llegamos, acosté a las niñas y me fui al tiro a la cocina a esconder los cuchillos, porque pensé que él iba a aparecer, me iba a acuchillar y yo no quería morir así. Sabía que de ese día no pasaba y que nunca más iba a estar con él, en esa casa o fuera de ella. No me importaba lo que él me hiciera, porque yo igual lo iba a dejar, pero acuchillada no quería morir.

Prendió la luz del pasillo, estaba muy tomado, y le pedí que se callara, porque iba a despertar a las niñas. “Qué me importa a mí, esta casa es mía y hago lo que se me da la gana”. Mi hermana me miraba fijamente a los ojos y se fue a acostar con las guaguas.

Entró a mi pieza, abrió el clóset y empezó a botar toda la ropa, no sé por qué. Empezó a botar, a botar. “¡Y qué me importa a mí esta casa, no te pones nunca más esta ropa!”. Nunca había hecho eso... y en ese momento comienza a golpearme con combos, puñetes. Entró mi hermana y trató de calmarlo, pero no sirvió. Él me tiró sobre la cama y me empujaba, todo adornado de garabatos. Finalmente se durmió. Mi hermana me decía que llamáramos a Carabineros, a algún hermano, a nuestro papá, y yo le dije que no. No quería dar explicaciones ni que se despertara este monstruo que tenía al lado.

Decidí que no le iba a tener más miedo y que del día siguiente no pasaba. Tenía que actuar de forma inteligente, es que lo que me dijo la nana no se me podía salir de la cabeza. Entonces a la mañana siguiente me levanté y me duché como si nada. Mi hermana estaba petrificada. Preparé el desayuno como siempre, se lo llevé a su velador... él despertó como cualquier día, mientras yo urdía mi plan: él tenía que ser denunciado, pero no a las autoridades, sino que su grupo más cercano.

Era 25 de diciembre y fuimos a la casa de sus papás. Justo antes de partir le pasé mis cuatro joyas a mi hermana, porque sabía que me iban a servir para comprarles leche a mis hijas.

Llegamos a la casa de sus papás, había varios hermanos... llego a tiritar de acordarme, pero debo relatarlo para ayudar a otras mujeres. Lo primero que él me dice es: “No se te ocurra contar”. Salimos a la terraza y lo solté: “Señora Pepa, tengo que decirle algo muy importante a usted y a su marido”. Ni miré la cara que pudo haber puesto Juanjo.

Yo busqué un tronco de leña, porque quería que me sirviera de tarima. Quería ponerme más alto que el resto, porque eso me iba a dar fuerza, no quería sentirme disminuida... qué curioso todo. Y bueno, me largué: “Mire, señora Pepa, mire don Juan José, ustedes saben perfectamente bien el hijo que tuvieron. Sin embargo, nunca me lo dijeron. ¡Es un enfermo mental, me golpea, me quita la comida, es un maltratador!”, grité. Y seguí: “No les había dicho absolutamente nada en todo este tiempo, porque pensé que tenía que hacerme cargo de él, pero hoy día me doy cuenta de que no. Yo tengo que preocuparme de mis hijas, no de él. Este es su hijo, señor, se lo entrego enterito, para que se haga cargo. A mí no me molesten nunca más en la vida, ¡no quiero saber de ustedes nunca más!”.

Todos mudos, como de película. Juanjo se acercó y me dijo: “Yo te puedo pagar un departamento, no te vas a poder mantener sola”. Me indigné: “No me hables, no me hables nunca más, no necesito nada, que no te importe nada. Señora, aquí se lo entrego enterito, aquí lo tiene. No quiero saber nunca más de ninguno de ustedes”. Me bajé del tronco y me acerqué a la señora Pepa que me dijo: “¿Me puedo despedir?”, “sí señora”, le contesté. Mi hermana que había ido con nosotros estaba blanca. Pescamos a las niñas y salimos por la puerta ancha. ¡Me liberé! Pero no fue fácil, ahí comenzaron mis penurias económicas que relaté al comienzo. Esto fue hace treinta y cinco años y aún tengo pesadillas cuando veo películas en que maltratan a una mujer.

Varios años después me casé con un gran hombre con el cual duramos veinte años. Tuvimos dos hijos. Ahí me di cuenta de que se puede salir adelante, que existe la normalidad, que se puede reparar, que se puede volver a creer, que uno puede enamorarse de nuevo, que uno puede volver a formar familia. Estaba segura de que mi vida iba a cambiar, de que la mala racha iba a terminar... pero no. Nunca pensé que iba a ser golpeada por un hijo.

Hace nueve años tuve que dejar de trabajar por este niño, que es bipolar extremo. Los únicos que me salvaban eran los carabineros, que llegaban a la casa y se lo llevaban a la clínica psiquiátrica. Lo echaron de once colegios, a los nueve años fue la primera hospitalización. Era muy violento. Pasábamos, con las demás niñas, encerradas en la pieza. Mi marido no soportó y nos dejó.

Sola de nuevo y sin plata. Le escribí hasta al ministro de Hacienda para que me ayudara. Cero respuesta. Entonces, toda esta gente enferma mental que anda golpeando a las mujeres tampoco tiene ayuda.

Es misteriosa la vida, me tocaron un marido y un hijo golpeadores. Entonces, ahora veo que estos niños no tienen ayuda en lo psiquiátrico. Están en las cárceles o en el Sename. A mi hijo lo tuvimos que internar en el Sename... hoy tiene veinte años, tiene incapacidad laboral y unas crisis de pánico horribles, pero está bastante estable.

Yo viví los cuatro tipos de abusos: psicológico, físico, sexual y económico. Luego de treinta y cuatro años recién puedo hablarlo, y lo hago para ayudar a otros. Puedo decir que lo más terrible es que te golpeen. Cuando el maltrato es psicológico una puede hacerse la sorda, tengo buena capacidad para bloquear, pero cuando a uno le pegan, no puedes sacar la cara, tiene sonido. Es aplastante, es seco, arruina la vida... no puedo dejar de escuchar el sonido del golpe. Una tiene

que aprender a vivir con la desconfianza, hasta el día de hoy. Lo noto, por ejemplo, en que no quiero depender de nadie, me da terror, porque no sé cuándo me van a dejar botada. Dios quiera y la Virgen Santa que no me case nunca más, porque no sé cuándo la gente va a cambiar de carácter, no sé cómo van a amanecer o cómo van a dormir, y si se duermen no sé si se van a despertar, no sé qué cantidad de trago van a tomar. Nunca descanso, eso es lo que puedo decir. No descanso ni me fío mucho.

María del Rosario, víctima,
59 años, egresó del colegio La Salle.

14

Llamaron a la Comisaría. Era una mujer que estaba siendo agredida por su pareja en un sector de Las Condes. Ella dependía del hombre, que era empresario. Lo detuvimos y cuando lo íbamos llevando, la mujer nos golpeó con un escobillón:

–¡Déjelo, es mi marido!

–Pero, señora, si recién le estaba pegando.

–Sí, pero ya no quiero hacer ninguna denuncia.

A la señora, a pesar de que nos golpeó, no la llevamos detenida. Entendimos su condición de víctima. Es parte del trabajo, a veces, recibir un *escobillazo*, un empujón y un par de garabatos. Eso llama la atención en este tipo de público.

Todo esto fue cuando yo trabajaba como subteniente en el sector Oriente de la capital. Me impactaba, era hasta trágico. Tú te llevabas a la persona detenida, y al rato venía la mujer que lo denunció, con comida para su marido... Y lo quiere ir a ver al calabozo. De repente se reconciliaban ahí: “Sí, mi amor. Discúlpame, nunca más...”. Me impactó esto de que tuvieran una vida que fuera como normal. Entre golpes y besos, como parte de la relación.

Cuando nos dan la orden de que la expareja no se acerque a la víctima, ahí nos pasa lo mismo. Ella hace la denuncia, condenan al hombre, porque le pegó, pero después los ves en la calle de la mano...

–Pero si usted tiene prohibición de acercarse.

–Sí, es que nos estamos *abuenando* –y ahí pasamos a ser los malos de la película.

–Yo me lo voy a llevar detenido por estar al lado de ella.

–No, si yo le dije que viniera –intervenía la mujer. Entonces ¿quién entiende?

Otras veces el agresor estaba en la comisaría y uno le decía:

–La señora Inés dice que usted la golpeó, así que tiene derecho a guardar silencio, está detenido por violencia intrafamiliar.

–¡No! ¡Yo no le he pegado! ¡Está loca, lo inventó, porque es celosa. Si esta mina es loca, inventa weás!

De ahí se lleva al calabozo. Hay de todo tipo. Algunos pueden estar pegando patadas a la puerta toda la noche; otros se sientan tranquilos; algunos se ponen a llorar. Ahora, había hombres

que eran tan violentos, que estaban tan histéricos, que se tenían que tomar otras acciones: esposarlos.

La medida más extrema que me tocó fue esposar de manos y pies. Hubo otros que se desmayaban o que te empezaba a tirar el cartón encima: “Soy ingeniero, soy gerente de tal empresa”. Es un público difícil, porque son muy cerrados. Y no hay que invisibilizar el problema, hay que conversarlo, ponerlo arriba de la mesa, ver lo que pasa. O sea, por ejemplo, hay violación dentro del matrimonio... y es increíble que todavía gente piense que eso no existe.

Mayor Diego Rojas, tenía 21 años cuando
trabajó en una Comisaría Sector Oriente de la capital.
Es Director de Comunicaciones de Carabineros de Chile.

15

Con un combo le dejó la pechuga morada. Estaban en el living y yo en la cocina, escuchando todo, pero sin imaginarme que iba a pasar a mayores. Hasta que de repente escuché al hijo mayor –de ocho años– pegar un grito así es que me acerqué a ver lo que estaba pasando. “¡Mátame, mátame para que tu hijo te vea!”, le gritaba la señora al caballero.

Él estaba rojo, enfurecido, mientras ella solo lloraba. Mi patrón me dijo: “Llévese al niño” y no vi más. Lo saqué y lo llevé a una pieza para contenerlo. Yo también estaba impactada, era una cabra chica en aquel entonces.

Me acuerdo que la señora se acercó a mí luego de que todo había pasado y me dijo: “Mira cómo me dejó”. Tenía la pechuga morada, entonces le puse una compresa de agüita de paños mojados. Ella solo lloraba. Esa escena a mí me impactó, porque mi madre siempre me decía que las mujeres tienen que cuidarse esa zona, porque es muy delicada. Creo que, a veces, las mujeres nos buscamos estas situaciones, pero nada justifica llegar al golpe. Nadie merece que le den una golpiza, y menos por parte de un hombre, porque la fuerza no es comparable.

En este caso él era mucho mayor que ella. En alguna de nuestras conversaciones, la señora me contaba que desde que se conocieron tenían problemas, pero como ella dependía económicamente de él, entonces trataba de buscarle por la buena para conseguir llevarse a los niños...

Para mí es denigrante que un hombre trate así a su mujer, y por cosas tan minúsculas como que el auto quedó mal estacionado o porque no le echó bencina. Yo me pongo en el lugar de mi expatrona y me muero, no aguantaría que alguien, todos los días, me dijera “hija de puta”. Sus palabras eran peor que un latigazo. Una trata de olvidar esos episodios, he trabajado en tantas casas, y siempre hay discusiones, está claro que el golpe duele un rato, pero las palabras duelen para siempre, porque te van menoscabando.

Las diferentes situaciones que me tocaron vivir me dejaron con mucho temor, por lo que decidí no emparejarme. Siempre tuve miedo de maridos curados, mujeriegos y, sobre todo, golpeadores.

Cuando nos juntamos con las otras compañeras no hablamos de los empleadores. Lo que pasa en las casas se queda ahí. El trabajo es una cosa y salir con las amigas es para conversar, tener otra relación, no vivir con los platos y las ollas al hombro.

Myriam, 58 años, trabajó como empleada de casa particular en el sector oriente de Santiago.

16

Fue en el living de su casa, era de noche y sus papás dormían. Nos empezamos a besar, a besar cada vez más intensamente tendidos en la alfombra. Luego de un rato le dije que ya era suficiente. Me contestó que esperara. Le dije que no quería y me levanté. Acto seguido él me tomó las piernas haciendo que cayera sobre él. Le pedía que me soltara. Contestó que no aguantaba más. No me miraba a los ojos, solo observaba mi cuerpo. Me asusté y me quise mover para volver a pararme, pero él no me soltaba. Luego me puso contra el suelo, me tomó los brazos hacia atrás. Yo trataba de moverme con las piernas y gritar, pero no me salía la voz, como que te bloqueas. Con sus piernas sostuvo las mías y me penetró.

Le dije que parara, que no quería, me resistía, pero él no decía nada, simplemente seguía en lo suyo. Yo lloraba. Después de un rato simplemente me quedé quieta y esperé a que terminara... yo era virgen.

Al final me dijo: “Perdón, pero tenía que hacerlo”. Yo me vestí sin decir una palabra. Me dolió mucho y estaba impactada. Me fue a dejar a mi casa y yo no hablé más.

Al día siguiente me pidió perdón de nuevo. Yo, por lo enamorada que estaba, y porque en ese tiempo perdonaba todo, le dije que no pasaba nada y que todo estaba bien. Simplemente lo bloqueé.

No le conté a nadie. Sentía miedo de perder el único apoyo que tenía en esa época de mi vida. En esos momentos, a los dieciocho años, no me veía funcionando sin él. Tanto que, pasado un tiempo, comenzamos a tener sexo con consentimiento. Al principio no lo disfrutaba, no por dolor, sino que por una angustia tremenda que sentía. Más adelante empecé a pasarlo mejor, pero nunca del todo... meses después él terminó conmigo y me costó mucho superarlo.

Después de un tiempo, algo bueno salió de esto. Decidí hacer charlas para contar mi experiencia y demostrar que no importa cuánto uno tiene, que todos, ricos o pobres, pasamos por lo mismo. Durante casi un año ayudé a muchas personas. Todos los días me llegaban mails de jóvenes contándome un poco por lo que estaban pasando y preguntándome qué podían hacer, a lo que yo les contestaba inmediatamente que lo hablaran con un profesional y que son desafíos que la vida nos pone en el camino, y que sí se pueden superar.

Creo que los colegios podrían ayudar a evitar estas situaciones: enseñar cómo “trabaja” un abusador, cómo distinguirlo y cómo enfrentar este drama. Además, podrían crear algún programa para que los alumnos que quieran hablar sobre lo que les está pasando puedan hacerlo –con un psicólogo profesional– y que se mantenga en secreto.

Macarena, 21 años, víctima,
egresó del colegio San Benito.

17

El maltrato intrafamiliar es como el bullying. Existe una cifra negra, sobre todo en el sector oriente de la capital, donde hay hechos, pero nadie los denuncia, nadie dice nada. Es todo lo contrario a lo que ocurre en los otros sectores socioeconómicos.

Coronel Gonzalo Huenumil,
Exsecretario General de Carabineros.

18

Sé que parece película de Hollywood. Solo que la protagonista fui yo.

Fueron veinticinco años en que me insultó –“Cállate mierda”, “Gorda”, “¿Eres weona o te haces?”–, me pegó combos en el ojo (pasaba con moretones que escondía con pañuelos, maquillaje y anteojos de sol), cachetadas, zamarreos, golpes en el cuello, pateaduras en el suelo, incluso esperando guagua. Me encerraba en la casa con llave y yo me escapaba por una ventana.

Violarme y denostarme; me desautorizaba delante de los demás; tuve que ir al psiquiatra y psicólogo y tomar tranquilizantes; él tenía amantes; era muy bueno para el alcohol; me tiraba el pelo; me pegaba en las pechugas; me arrastró por el suelo, tengo hasta una cicatriz. Fueron golpes crónicos y si llegaba a llorar, el reto o golpe podía ser aún más fuerte. Me trató de asfixiar con un pañuelo y creí que iba a morir; sufrí años de crisis de pánico...

Todo lo aguantaba porque creía que lo amaba, y por mis dos hijas que, cuando nacieron, fue la felicidad máxima.

Pero el dolor más grande, más fuerte que todo lo que había vivido, fue cuando nos separamos y él logró que las niñas se fueran con él por un tema económico. Para eso no hay palabras, es algo que desgarrar el alma. Fue otra estocada y no dejó de llorar, porque yo me quería liberar de él, pero no de mis hijas, y me ha costado mucho recuperarlas.

Ahora ellas ya entienden que fui la víctima del cuento y me han propuesto vivir las tres juntas, ya son mayores de edad, pero me da miedo mi exmarido, ya me ha amenazado con que si hago algo me va a hacer la vida imposible y no tengo la separación ni la nulidad todavía... Ahora voy a empezar todo lo judicial.

Lo que más rabia e impotencia me da es que, por la manera de ser de mi ex, nos separó a todos...

María José, 50 años, víctima,
egresó del colegio Windsor School de Valdivia.

Es muy difícil que en una consulta privada puedas contrarrestar el poder que ejerce la pareja todos los días. Mis grandes fracasos han sido cuatro o cinco; estábamos avanzando y la mujer dispuesta a separarse o realizar una denuncia, y cuando la cosa está a punto, tú ves que el agresor se pone muy seductor, comienza a decirle “Tú has cambiado porque estás yendo al sicólogo”, y hace un cierto chantaje emocional para que la mujer deje de ir a terapia. Ha sido muy frustrante.

Me considero una persona que me va relativamente bien en la sicoterapia, tengo un índice de efectividad muy alto, pero estos casos han sido mis más estrepitosos fracasos, porque son situaciones muy graves. Y es muy difícil, en términos de que tú tienes un contrato de confidencialidad con la persona. Por ejemplo, en un caso pensé que la paciente corría peligro de muerte: su pareja manejaba una pistola y jugaba con ella mientras le decía: “Cuidado con lo que estás diciendo que te vas a arrepentir”. Además, la llevaba a la casa del campo y apagaba todas las luces para amedrentarla. Esto en forma reiterativa.

Las agredidas –generalmente– se van sintiendo muy vulnerables, avergonzadas y dependientes. La pareja, en la mayoría de los casos, es una persona muy controladora, autoritaria y descalificadora, que las aísla. Por lo tanto, no tienen una retroalimentación del mundo. Se van quedando solas. La mujer se va volviendo extremadamente dependiente, adicta a él, lo que se llamaría el síndrome de Estocolmo, que es una conducta donde la víctima de algún abuso llega a experimentar apego por su agresor.

En personas maltratadas, este síndrome se presenta cuando las víctimas son sometidas a una gran presión psicológica y se sienten imposibilitadas de escapar. Por lo tanto, buscan seguridad y protección en cualquier signo de calidez o bondad del agresor. Desarrollan un vínculo de dependencia afectiva con este, al punto de justificar sus motivaciones. Ven el mundo y a sí mismas desde los ojos de su captor. Es más impresionante aún cuando la persona se vuelve completamente dependiente, siendo profesional, autónoma y con respaldo económico.

En cuanto a los golpeadores, generalmente son muy seductores y atractivos. Tienen una doble personalidad. Es como si tuvieran un gemelo. Después te dicen que nunca más, que esto no va a volver a pasar. Son encantadores, te llevan de viaje, te sacan, te pasean, te seducen, y tú, en ese momento, cuando ya estabas decidida a poner una distancia, te encuentras con el hombre encantador con el que te casaste.

Muchas veces son personajes poderosos, tienen dinero o son profesionales de prestigio. Por lo tanto, tienen una gran admiración del medio. Es por esto que la credibilidad que va a tener la víctima es poca, ya que obviamente el señor va a decir que ella está loca. Y como probablemente algún síntoma tiene, o algún problema de personalidad aparenta, ya que a la hora de los peritajes, todos salen con problemas, también hay problemas de credibilidad. “Está loca, se lo imagina, ella me ataca a mí”, dice él.

Y, por otro lado, supongamos que él es un abogado prestigioso. Si tú denuncias va a perder la pega o no va a tener más clientes, es decir, finalmente las consecuencias van a ser para ti y para tus hijos.

Eugenia Weinstein,
68 años, sicóloga.

20

Logró mutilar mi cuerpo y eso queda para siempre. Llevo siete años separada y sigo sintiéndome cercenada. La rabia la pasé, pero me digo: “Qué tonta fui. Yo jugaba a la familia feliz que no era feliz”.

En los veinticinco años de casados hubo mucho maltrato psicológico, él era muy violento, le pegaba a las puertas, a la mesa, me lanzaba unos gritos guturales con los que se deformaba y yo no lo reconocía. Sin duda, en lo físico, me hizo sentir como esos animalitos que atropellan en la calle y quedan aullando en el suelo.

Para mí la gordura ha sido un tema toda la vida. Siempre le he peleado a los kilos, y lograba mantenerme. A pesar de eso, él me lo sacaba en cara siempre, porque sabía que me dolía. Además, me criticaba que las pechugas, que el tajo del apéndice, la cesárea, el pelo crespo, que cuando te ríes se te ve la encía... Me decía también: “Es que no me atraes, no me calientas, porque esa guata me molesta”. Otra vez me dijo: “¿No seré gay?, ¿cómo es posible que no me pase nada contigo?”. Yo callaba. Tragué mucha mierda...

Cuando estaba sola me miraba al espejo, uno de cuerpo entero, y recordaba todo lo que me sacaba en cara y le encontraba razón. “Tengo el pelo con frizz, la encía parece que la tengo grande, estoy guatona, pechugona”, me decía a mí misma.

La falta de amor y cariño sexual te mutila a tal punto que no sabes si al final eres un robot... llegué a pensar que era asexual.

Amparo, 58 años, víctima,
egresó del colegio Universitario Inglés.

21

Es la niña más golpeada que me ha tocado. Tenía diecinueve años y estudiaba en la universidad. Era de Vitacura y vino a denunciar acá en Los Dominicos. Era superlinda. Blanquita, rubiecita... y tenía muy buen físico.

Cuando llegó estaba golpeada de la cabeza hasta las piernas. Tenía hematomas, sangramiento de nariz, de labio. La cara la tenía inflamada. Tuve que sacarle fotos a su cuerpo, porque eso era prueba para la fiscalía. Recuerdo que vivía una relación tormentosa con el pololo. Terminaban y volvían. Él la golpeaba mucho y ella no se atrevía a denunciar, por miedo. Este niño era muy celoso y con alcohol –obviamente– se ponía más violento.

Fue brutal la agresión. La tiró al suelo y la arrastró del pelo. La agredió con la hebilla de un cinturón y también con golpes de pies y puños. Él le decía que la amaba, pero la golpeaba.

Fue tanto que a esa niña no le dio vergüenza llegar llorando. Apenas caminaba del dolor. El día que denunció llegó acompañada de una amiga, chascona, obviamente no bien presentada. Se notaba que se puso lo primero que pilló de ropa.

La hice pasar a mi oficina. La amiga la consolaba y le hacía cariño en el pelo. Ella estaba adolorida, se tocaba. Me hablaba llorando, con la voz temblorosa. Hicimos la denuncia y llamamos a la mamá, aunque ella no quería. La mamá se mostró sorprendida, es que ella no sabía mucho con quién salía su hija. No estaba encima. Hasta dijo que, cuando la veía con algún golpe, la niña le decía que se había caído. Nunca pensó más allá.

Las mujeres llegan aquí muy afectadas. La mayoría llorando con muchas ganas de desahogarse, de conversar, de contar su historia, y a veces con el nerviosismo no pueden ni hablar. Omiten información, pero yo estoy aquí hasta que ellas puedan contar y echar afuera todo lo que les pasa; y obtener –obviamente– lo importante para hacer un buen parte policial y enviarlo al Juzgado de Familia. Ahora, ocurre mucho que denuncian y luego, al momento de la audiencia, cuando las llaman a citación, desisten, se arrepienten.

Los fines de semana llega más gente, porque se da harto el tema de la discusión entre matrimonios separados y con hijos en común. Por el régimen de visita muchas veces se produce violencia y delante del niño. Una al principio se asombra, es decir... aquí tienen todo, lo que cualquier persona quisiera. La educación, las lucas, ¿cierto?, viajan mucho. Uno va a sus casas y son tremendas. Uno dice: “Soñado todo”. Son de familias grandes, de muchos hijos, de dos o tres nanas, pero sus vidas son muy tristes cuando empiezan a contar que el marido es infiel, que las maltrata o que sus hijos no ven nunca a sus papás, porque se pasan trabajando fuera del país. Ahí es cuando uno dice: “Chuta... la plata no es todo”.

Camila Figueroa, 26 años,
cabo primero 47° Comisaría de Los Dominicos, Las Condes.

22

Nunca más volví a buscar mis cosas al departamento. Comencé con terapia psicológica porque estaba con pánico. Le tenía terror a él, no me atrevía a ir a ninguna parte sola. No salí a carretear durante ocho meses. Trabajaba en la semana y no paraba de llorar los sábados y domingos...

Mirando para atrás, me pasan varias cosas. Uno, me da rabia mi exmarido, lo *conchesumadre* que fue, porque de verdad que fue un desgraciado. En ese momento sentí que me cagó la vida. Mi matrimonio fue un fracaso, mucho dolor, pero finalmente me hizo crecer. Creo también que los colegios debieran tener un rol mucho más activo en lo que es relaciones de pareja y pololeo sano. De hecho, a mis alumnas les hablo de este tema, pero creo que debiera ser un ítem de currículum del Ministerio de Educación: al igual que el alcohol y las drogas, que se enseñe del respeto y relaciones humanas sanas, porque esto puede ocurrir en el trabajo, el pololeo, el matrimonio, etc. ¡De esto no se habla! Y por eso decidí participar en este libro.

Elena, 32 años, víctima,
egresó del colegio San Benito.

23

La violencia se puede transformar en una adicción. Hay mujeres a las que les gusta que les peguen, ya que es una manera de sentirse importantes. Llega a ser un hábito, algo que necesitan, porque lo conocen, por lo que les genera cierto placer. La única forma de cortar cualquier adicción es darte cuenta de que te hace mal, porque nunca te va a dejar de gustar. Entonces, ¿qué ocurre?, se da esta dinámica codependiente, en que generalmente el hombre violento puede ser muy narciso, despótico, etc. Narciso en el sentido de que yo tengo todo el poder, yo soy esto y tú me tienes que reconocer, me tienes que ser absolutamente fiel. Se genera una dinámica que se llama del narcisista y la admiratriz, en la cual los hombres se relacionan con mujeres débiles, frágiles y dependientes, para ser admirados. Y, a la vez, esa mujer que no tiene una identidad propia se viste con este hombre. Ella pasa a ser importante no a través de sí misma, sino que vive el poder mediante este hombre poderoso.

Como terapeuta, lo más frustrante es cuando la mujer no está tan involucrada en querer avanzar. Hay algunas que vienen para que uno les dé una pildorita, pero realmente no tienen la voluntad para salir de la situación en la que se encuentran. La mujer que realmente quiere sanarse va a sanarse, va a buscar y persistir en el tratamiento.

Carmen Pinto, 72 años, psicóloga.

24

Soy penalista. Trabajé en la Fiscalía Centro Norte, pero desde 2010 soy independiente. En el 90% de casos que he visto en esta materia, la víctima ha sido la mujer, mientras que el 10% restante son hombres. Pero, de todas formas, es impresionante la cantidad de personas que se retractan durante el proceso judicial, yo diría que el 50%. Esto ocurre en distintos momentos: algunas se retractan al tiro, otras cuando van a formalizar al individuo y el porcentaje restante lo hace de manera sutil.

Mirando desde dentro a la fiscalía, creo que uno de los problemas respecto de la violencia intrafamiliar tiene que ver con que el sistema no es especialmente simpático con la víctima, porque todavía está esa idea de: “Pero, bueno, ¿por qué no hace algo?, ¿por qué no reacciona?, ¿por qué no denunció antes?”. Soy testigo de que a los actores del sistema les cuesta entender las aprensiones y miedos de la víctima. Lamentablemente, no tienen esa fineza, les choca mucho. Nunca he entendido por qué a la fiscalía no le gusta hablar y el porqué de ese secretismo.

Marta Poblete, 57 años,
abogado penalista y enfermera matrona,
trabajó en la Fiscalía Centro Norte.

Duré veinticinco años casada y lo vine a saber en el último tiempo de matrimonio. Tenía mis dudas y fui al sicólogo clínico que lo estaba tratando a él para preguntarle si a mi marido le gustaban los hombres. Me respondió: “Mira, Inés, no te puedo decir nada por el secreto profesional, pero une todos los puntos que me has dicho y tienes la respuesta”.

Fue la bomba atómica, no me quedó nada. Me descompuse completamente, me puse a llorar ahí mismo, pero con una angustia, un dolor, un desgarró tan tremendo que el sicólogo se asustó y tuvo que ir a buscarme agua. Como será que me llamó en la noche para preguntarme cómo estaba y decirme que me quería volver a ver.

Fue mi destrucción total. Ese día la mitad de mi vida murió, se fue junto con mi matrimonio. Quedas colgada en un alambre en el aire, con la cabeza ida.... después viene –a medida de que vas descubriendo otras cosas– una sensación de rabia tremenda por ti misma. De rabia por haber sido tan imbécil, por haberle creído tantas mentiras.

Cuando lo conocí, Andrés se mostraba como un hombre seguro, con una formación sólida, con valores... que sabía perfectamente lo que quería, que tenía muy claro el concepto de familia, prácticamente me dictaba cátedra. Me enamoré, él me daba una confianza tremenda y el pololeo fue una etapa maravillosa. Jamás me habría imaginado lo que vendría, porque nunca hubo un indicio de algo.

Nos casamos. El primer año muy bien, pero ya al segundo empezó a mostrar su verdadera personalidad. Si yo lo interpelaba en algo, me hacía la ley del hielo y no me hablaba en tres días, como si yo no existiera. Me casé muy ingenua, virgen, entonces no entendía qué le pasaba a este ser. La generación de hoy me creería estúpida por lo confiada. Hoy en día las mujeres están mucho más preparadas, más empoderadas, tienen mucha más personalidad...

Él lograba seducirme igual, como que manejaba mucho los sentimientos, era muy manipulador. Incluso se victimizaba de que no le alcanzaba la plata y hacía que yo le pidiera a mis papás.

En una ocasión, estaba como de tres meses esperando guagua y tuve una discusión muy fuerte con su hermana. Él estaba ahí presente y como que gozaba, sentado, tomando palco y cero apoyo. Me sentí tan mal, tan sola, que salí y me fui a llorar. Él me siguió y le grité que no era mi marido. Ahí se violentó y me tiró, me empujó contra la pared, me pescó los brazos presionándolos y me dijo que no dijera nunca más eso. Ese fue el primer episodio de violencia declarado. No me salió palabra, me puse a llorar.

Es bien patético. Cuando fui a la clínica a tener la guagua, en vez de estar feliz me iba preguntando, interiormente, si este hombre me quería de verdad, porque era tan poco cariñoso que me creaba inseguridad.

El latigazo de la indiferencia seguía, y era como dormir con una momia. Llevábamos como cuatro años de casados y ya me había surgido la idea de separarme, pero no me atrevía por mis hijos. De esto no hablaba con nadie, me daba vergüenza. De hecho, no me aislé de mis amigas, pero no hablábamos temas tan íntimos.

Decidí ir al siquiatra, lo pagaba en forma particular para que no quedara registro en la isapre y pensarán que era enferma mental. Me hizo bien, aprendí a valorarme y me puse una coraza con la

que decidí que nunca más me iba a afectar ni me iba a cuestionar si él me quería o no.

A los diez años de matrimonio la cosa se puso insoportable, porque ya no le importaban ni siquiera los niños. Teníamos uno con déficit atencional por el que me saqué la mugre para sacarlo adelante y... había minutos en que estaba tan cansada psicológicamente que le pedía a Andrés que me ayudara, y él me decía: “¿Para qué? ¿De qué se preocupa? Si es limítrofe”.

Yo no lo podía creer y, si lo increpaba, se me tiraba encima como un loco, con los ojos totalmente salidos, como queriéndome pegar, para que yo me asustara... y me decía: “¡No voy a aceptar que me lleve la contra, no lo voy a permitir! Tenga mucho cuidado, ¡mucho cuidado!, piense muy bien lo que va a hacer”. Muchas veces tenía que bajar el moño, porque me asustaba su reacción.

Varias veces le pregunté si me estaba engañando y él se victimizaba. Decía: “¡No! ¿Yo? ¡¿Yo?! No tengo tiempo ni plata para eso”.

Me engañó siempre, desde que pololeábamos. Pero, en ese tiempo de casada, aún yo no lo sabía. De hecho, lo mandé al psiquiatra para tratar de arreglar las cosas. Fue a cuatro sesiones y me aseguró que lo habían dado de alta. Claramente él se casó por un tema social, de tener hijos, de mostrar una familia... fue un cobarde.

Insisto, conozco a muchos homosexuales y tengo amigos que lo son. Son personas que han sufrido mucho en su vida por ser consecuentes con lo que sienten y lo que piensan, y se han enfrentado a una sociedad entera, son personas muy sufridas por ser decentes. En cambio, Andrés es un maricón, porque, en el fondo, utilizó a una mujer, se aprovechó de todo lo que le podía dar, vivir una vida estupendamente bien y sin mayor esfuerzo... Casados le pregunté si era gay, me lo negó rotundamente. Es que uno va uniendo pequeños mensajes, pistas...

En otra discusión me pegó una cachetada muy fuerte y yo le pegué de vuelta. Le dije que fuéramos a terapia para tratar de salvar este barco. El psicólogo nos preguntó, así, antes de partir la terapia, si existía una tercera persona. Él respondió que no, con voz de indignación. Fuimos cuatro veces y no quiso ir más, porque dijo que no servía.

Ese verano le encontré un mensaje, porque le empecé a revisar todas sus cosas: mail, WhatsApp, todo, y había un texto extrañísimo de un hombre en el que no había nada comprometedor, pero sí un coqueteo. Quedé plop. No me atreví a pensar que era gay. Como ya me había dicho que no lo era, le dije que tuviera mucho cuidado con la gente con la que se estaba metiendo, porque me podía afectar a mí también... él en silencio.

De ahí ya no tuve más relaciones sexuales, me dio asco. Era tal el desgaste que un día le dije que se fuera. “¡No pretendo irme y la que se tiene que ir es usted!”, me gritó. Entonces le dije: “Perdón, ¿de quién es la casa? La casa es mía y el que se tiene que ir eres tú”. Ahí como que se quedó mutis. No se quería ir, estaba muy cómodo... Me duele porque los niños se daban cuenta de que había algo raro, pero no me decían nada.

En una de esas me anuncia que va ir al psiquiatra para ver su tema del control de impulsos y cambios de ánimo y tuve la suerte de que fue al mismo que había ido hace diez años. A la segunda sesión el doctor me llamó a mí. Yo le relaté todo con lujo de detalles, todo lo que había pasado y el psiquiatra me dijo que cómo podía seguir casada. “¡Pero si tú hace diez años lo diste de alta!”, le contesté. “María Inés, eso es mentira, yo lo mandé a hacerse un psicoanálisis”.

Me había mentido en todo. El doctor me dijo que estaba peor que antes y lo mandó a un psicólogo clínico. Yo aún en ese momento no tenía certeza de si era gay. Lamentablemente los

siquiatras y los psicólogos no mandan a llamar a las mujeres que están casadas con estos hombres por el estúpido secreto profesional, son cómplices de estos hombres o mujeres, porque también pasa al revés. Son cómplices al destruirle la vida a la persona que está al lado de ellos.

Conseguí ir al psicólogo clínico y ahí me confirmaron la verdad. Me destruyeron. Creo que fui imbécil, hubo señales, pero como yo le creía lo que me decía... el psicólogo llamó a Andrés delante mío y le dijo: “Tenemos que hablar, ven a mi oficina, la Inés sabe todo”. Y ¿tú crees que dio la cara conmigo? Nada. Lo tuve que enfrentar yo, me reconoció que era gay, y salvaje, se victimizó. De pedirme perdón... ¡nada!

Ahora que han pasado algunos años, mirando para atrás siento asco, vergüenza, rabia, dolor. Y si lo tuviera al frente le diría que es el vivo reflejo del demonio, que no tiene nada bueno. Todo su ser es una maldad, una cochinidad, una promiscuidad, porque, además, es malo, le encanta que las personas se peleen, como si se retroalimenta de ello... son cosas íntimas que no quiero contar.

Otro temazo son los Tribunales de Familia. Le diría a los magistrados que soy una persona, un ser humano que fui ahí destrozada, que hicieron pebre mi vida, me perforaron el corazón, el alma. Mi familia está destruida, no sé por dónde comenzar, por dónde partir, dónde empezar mi vida, no soy un número, no soy un rol... no soy una vaca, un animal que estén rematando al mejor postor.

A los Juzgados de Familia les falta mucha humanidad. Debieran tener psicólogos al lado de la jueza, porque tratan los casos con una frialdad... ¡no les interesa nada de lo que te pase a ti, lo que tú sientes! Solo quieren saber ya, rápido, dato, dato, para luego fallar. No les interesa ese ser humano que está ahí al frente destrozado; su deber es protegerlo contra el otro que lo está amenazando, que le está diciendo las barbaridades más grandes.

Continúo. Si los hijos menores de catorce años no quieren ir donde su papá, ¡no los obliguen!, les están causando un daño psicológico tremendo, ¡tremendo! He escuchado a mujeres que lloran pidiéndoles a las juezas que los niños no vayan donde el papá, porque sus hijos están mal, dañados emocionalmente. Se piensa en el padre y no en la protección del niño. El sistema es absolutamente machista. Conozco a una niña que tiene seis hijos; la jueza sabe que el exmarido traspasó todos sus bienes a otra persona y que le da una miseria de pensión. Esa mujer se dice: “¿Cómo lo hago si tengo seis niños chicos? ¡¿Cómo?! Cómo lo voy a hacer si no tengo plata, me tengo que preocupar de ellos, ¡tengo que trabajar! Estoy destrozada y, más encima, tengo que sacarlos adelante, tengo que estar con las tareas, con el colegio, con todo, ¡¿cómo lo voy a hacer?!”.

Inés, 53 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

26

Como perito psicóloga he escuchado frases como: “Vuelva a su casa y arréglole en la cama” o “si lo único que quiere es sacarle plata”. El proceso judicial es lento y muy vulnerable. Como en todo ámbito, hay profesionales excelentes y otros con muchos prejuicios. La víctima tiene que

dar cuenta de su versión una y mil veces. En el caso de delitos violentos en que se hacen análisis, no todos los funcionarios del ámbito se encuentran capacitados para comprender el fenómeno. Pero creo que cada día hay más personas especializadas que lo entienden.

Otro tema es la “retractación” que es parte del proceso. Es decir, si la víctima se retracta, la investigación queda hasta ahí. Esto no ocurre en otros países, en los cuales no se acepta esta decisión y la pesquisa continúa a pesar de que la mujer no quiera ser parte del proceso, porque entienden que arrepentirse de seguir es esperable.

¿Y por qué no siguen? Por lo difícil que es mantenerse sin el apoyo económico en una sociedad que te estigmatiza, en un contexto en el que no tienes redes, en el que te estás metiendo en un mundo desconocido donde lo puedes pasar peor. Son mujeres que desconocen el sistema, no se atreven a llegar a un municipio o hablar con la trabajadora social para pedir algún beneficio.

Dentro del proceso judicial juega un rol importante lo subjetivo. En un matrimonio puede existir un acto sexual no consentido, cuando, por ejemplo, la mujer sabe que si se niega al día siguiente no va a tener dinero para comprar comida para sus hijos. Entonces, ella sabe que todas las veces que se ha negado, él, al día siguiente, no le deja dinero. Ya sé que si no accedo, hay consecuencias. También, por ejemplo, mujeres que me han dicho que cuando llegan a la cama y van a tener relaciones, el tipo deja el arma en el velador, cuando normalmente la pistola la mantenía guardada. Aunque indirecta, es una amenaza, entonces ¿cómo tú pruebas eso después en juicio, cuando es algo que tiene que ver más con lo subjetivo, con esta afectación de temor constante respecto de aquello que puede ocurrir?

Igual destaco que existe mucha posibilidad de ayuda, pero claramente falta avanzar en hartos ámbitos, y con eso me refiero a que no hay, por ejemplo, en formato vespertino, terapias; la gente que trabaja ve limitada la posibilidad que le den autorización, permiso, día libre o lo que sea para poder acudir. Hay centros que instalan por iniciativa propia talleres vespertinos, pero no es una necesidad cubierta, sino que tiene que ver más con el compromiso de los profesionales.

Natalia García, 34 años, perito sicóloga,
especializada en víctimas.

27

Llevábamos seis meses en Boston porque él estaba haciendo un posgrado. Ya había hecho otros, y ahora iba por un doctorado en Princeton que lo tenía muy ansioso. En la universidad que estaba postulando le dijeron que, si bien tenía un puntaje impresionante, era difícil que quedara por lo joven y la falta de experiencia profesional que tenía.

Cuando llegó con esta información a la casa, me acerqué y le propuse que nos volviéramos a Chile, que trabajara un tiempo y que luego volviéramos a Estados Unidos cuando le dieran el cupo. No alcancé a terminar la frase, cuando él se levanta, me toma del cuello, me pone contra la muralla que estaba en el borde de mi cama y me empieza a azotar la cabeza. Yo en el aire, con

los pies colgando, sentía cómo mi cabeza golpeaba la muralla. Estas paredes del *housing* son con revestimiento, entonces se empiezan como a abollar y empezó a caer cáscara de pintura al suelo.

Yo aleteaba, pero ahí tú te das cuenta de que no tienes nada que hacer. Le decía: “¡Suéltame, suéltame!”. De repente me saca la mano del cuello y yo caigo. No sé cómo llegué al baño, llorando, y le puse seguro a la puerta. En la casa, silencio absoluto. El cuello me quedó rojo, como si hubiese tenido alergia a algo, y me brotó un cototo tremendo en la cabeza.

Me puse la toalla de mano con agua y me decía: “¡Qué le pasa, está loco, se volvió loco!”. Claramente, tenía cero tolerancia a la frustración, porque antes siempre todo le había salido bien. Por primera vez en mi vida tuve esa sensación de “me pueden matar”. Lo más triste es que estaba recién esperando guagua y no le había contado aún.

Luego de un rato, me atreví a salir del baño. Comencé a caminar y me di cuenta; miré a Francisco y le dije llorando: “No veo por el ojo derecho, llévame al doctor”. Me responde: “Ya vas a ver, es que me sacaste de mis casillas”, y yo seguía con ese susto espantoso. Me acuerdo que pensaba: “Cómo me voy a meter a la cama de nuevo con él”.

Él estaba sentado frente el computador como si nada. “¿Se te pasó?, ¿se te pasó la maña?”, me preguntaba. Nunca lo voy a olvidar. Nos acostamos a dormir y él quería tener relaciones. Obvio que no hubo. No dormí nada y no se habló más del tema. Estuve ciega de ese ojo como dieciocho horas, pero nunca fui a un doctor. Es que él tenía seguro médico por la universidad, pero yo tenía seguro de indigente.

Traté de convencerme de que la golpiza fue por lo nervioso que estaba. Al par de días debíamos partir a Princeton a que él diera varias entrevistas. Ahí yo quería arreglar las cosas y contarle que íbamos ser papás.

Después de sus reuniones lo convidé a comer, pero no quiso. Nos instalamos en la pieza del hotel y él vio cómo yo me escribía con mi amiga Isa contándole que estaba cambiado, estresado. Se acercó, tiró el computador lejos y me botó al suelo, desde la cama. Quedé de guata en el piso mirando esas alfombras rosadas, espantosamente gringas, y él se sentó arriba mío diciéndome: “¿Qué le estás escribiendo?!”. Le contesté: “Francisco, estás superado, llevo cinco días acompañándote a tus entrevistas, esperándote horas afuera de los campus de la universidad, y no quieres ni ir a comer...”. Traté de pescar el computador, me lo quitó y comenzó a zamarrear. Yo pensaba todo el rato que iba a perder la guagua. Comencé a gritar: “¡Llamen al 911!”, y seguía zamarreándome. Me acuerdo que agarré el anillo de compromiso y el de matrimonio y le grité: “¡Suéltame!”, porque hubo un minuto en que ya me tenía agarrada del cuello y me decía: “¡Le contaste a ella!”. En un momento ya no aguanté más y le dije: “¡Suéltame, no ves que estoy esperando guagua!”, y agarré el anillo y lo tiré para que se distrajera. Él salió corriendo detrás de él y se produjo un silencio. Qué terrible decirle a tu marido que estás embarazada en ese contexto.

Esto fue sobrevivencia. Yo pensaba: va a matar a mi guagua. Se quedó callado, fue al baño y se duchó. Yo aproveché de escribirle a mi amiga: “Isa, quedó la cagada. Estoy en Princeton y mañana volvemos a Boston, si no sabes de mí, preocúpate”. “Pero, Gracia, ¿estás bien?”.

Francisco salió del baño y me preguntó: “¿Qué le dijiste?”. No contesté. No tocó el tema embarazo. Se acostó al lado mío y me preguntó: “¿Qué quieres pedir para comer”, y yo temblaba y lo miraba. Me acuerdo que me acosté, me di media vuelta y lo único que pensaba era: “Tengo que llegar a Boston, porque allá están todos mis papeles para poder arrancar”.

Al día siguiente nos volvimos y en el avión comencé a escribir una carta con lo que me había pasado. Él la agarró, la hizo pelotita y la botó al suelo. Yo me fui todo el viaje llena de pelotitas, porque no dejé de escribir: “Te quiero pedir perdón por el papá que te di”, le escribía a mi guagua, porque sentía una culpa horrorosa. Estaba en formato mamá. Lloré todo el viaje y no me llevé las pelotitas... quedaron en el suelo del avión.

Llegamos a la casa y lo primero que me dijo fue: “¿Se te pasó la maña, vas a parar de hacer show?”. No le contesté nada, solo lo miré con cara de odio profundo. De hecho, agregó: “Francisco junior va a nacer en junio, julio, quiero que en agosto estés embarazada de nuevo”.

Me empecé a dar cuenta de que lo que él quería era hijos con papeles, porque le beneficiaba mucho para el doctorado y quedarse a vivir en Estados Unidos, hacer una vida allá.

*

Llevaba una semana con treinta y nueve de fiebre y sangrado; le pedí a Francisco que me llevara al doctor, y como no lo hacía, partí yo sola, esperé ocho horas y no me atendieron. Él me decía que estaba siendo alharaca. Lo único que quería era volver a Chile para ir a una clínica.

Era fin de año y partimos a Chile; lo primero que hice fue pedir una hora con mi ginecólogo de siempre. Francisco quiso acompañarme. Me empiezan a revisar y el doctor le dice a él: “A ver, tú que vas a ser papá, ¿cómo tu mujer pasa tantos días volada en fiebre, cómo la tienes en un seguro de indigentes? Ella tiene un embarazo de alto riesgo, no le han hecho ninguna revisión y a ti te parece normal”; él callado.

Comenzó la ecografía, estaba de quince semanas y fue la emoción máxima. El doctor agarró a mi marido y le pegó un palmetazo en la espalda: “Pero, hombre, ¡diga algo, pues, si este es su hijo! ¿Qué quería, ver un poroto? Mide doce centímetros, es del porte de la palma de la Gracia. Lo podrías tomar”. Francisco callado, no reaccionaba. Creo que ahí asoció todo lo que había pasado, todo lo que él adjudicaba como mañas, porque aquí éramos dos: todo lo que me había pasado a mí, le había pasado también a esa guagua.

Nos fuimos a la casa de mis papás, donde estábamos alojando, y lo único que me dijo fue: “Pon una foto en Facebook para decir que la guagua está bien”. Mi pena era enorme, no entendía nada, además que se sumaba a que me llegaron cartas de mujeres anónimas que decían: “Supe que estás esperando guagua, espero que sepas con quién te casaste, yo creo que tú no sabes bien cómo es él”. Fueron tres mujeres distintas, y se lo comenté a Francisco; siempre su respuesta fue la misma: “Obvio que son despechadas, porque me casé contigo, son unas locas acosadoras *psycho*”.

Un síntoma de su estrés y pérdida de control era que, ya en Estados Unidos, él tomaba mucho, y cuando yo le decía que dejara el whisky me contestaba: “Ah, es que las embarazadas se ponen weonas y sensibles”. Acá en Santiago comenzó a tomar más aún. Habíamos quedado de pasar el Año Nuevo en Cachagua con mi familia, además que podía ser el último que pasáramos con ellos, porque mi papá tenía cáncer. Francisco me dijo que no iba a ir.

—¡Ok, voy yo sola!— le anuncié. Agarré llaves, bolso y bajé del departamento; llegué al auto de mi mamá y vi que él se acercaba con una botella en la mano. Me acuerdo de que me subí al auto, él se acercó y me dijo: “Yo manejo, si vas, les vas a contar lo que ha pasado, así que bájate del auto”.

Agarró el cinturón, insistió en que me bajara y empezó a tratar de tomar las llaves, que yo ya había puesto en el contacto. Estaba con el cinturón puesto, maletas adentro, todo. Seguí ordenándome que me bajara y empezó a tirar del cinturón hasta el punto en que me empezó a apretar, así heavy, ya no solo mi guatita donde estaba mi guagua, sino que también mi cuello con mucha fuerza. “¡Te estoy diciendo que te bajes!”, me decía mientras trataba de meterse a sacar las llaves.

Lo mordí en el brazo cuando me di cuenta de que me estaba ahorcando con el cinturón y no me soltaba. Estaba fuera de sí. Luego logró quitarme las llaves y, si no fuera por el mordisco, me podría haber ahorcado, porque llegué a ese punto de tener la correa tan apretada contra el cuello que no podía ni tragar. Me bajé del auto y le dije: “Me voy en bus”. Me siguió por la calle, me agarró por atrás y comenzó a zamarrear en la vereda: “No me vas a dejar solo”, y me tiró contra la calle; yo caí de guata y en eso frenó un auto. Se bajó un señor que le dice a Francisco: “¡Te vi pegándole, maricón!”. Era un auto blanco, lo sé porque frenó muy cerca de mí mientras estaba en el piso.

Me di vuelta, tomé mi cartera, como que me limpié y sentí mi espalda muy adolorida. Ahora sé que me quedó una vértebra mala de esa vez. Miré de reojo y como en una película vi a este gallo del auto que agarró a Francisco contra el portón del garaje del edificio mientras este se excusaba: “¡Es que se cayó, se cayó sola, se resbaló!”.

Empecé a caminar, estaba en shock. Llevaba varias cuadras cuando sentí que Francisco iba detrás. Me agarró y medio llorando me dice: “Me dejaste solo y ese gallo me quería pegar”. Me acuerdo de haberme dado vuelta y haberle dicho: “¡Cobarde, eres un cobarde”. Yo aún tiritaba, pero necesitaba decirle lo que era.

–Si tú lo cuentas, nadie te va a creer, yo voy a negar todo. Tú no sabes, yo soy un gallo poderoso, te voy a hacer bolsa –yo lo único que le repetía era que era un cobarde, no paraba de decirle eso. Me repetía que nadie me iba a creer, que las embarazadas se ponen sensibles y que él era perfecto, por lo tanto nadie me iba a creer.

En eso sonó mi celular. Era mi papá que tenía que estar desesperado porque no habíamos llegado a la playa. Francisco me advirtió que no le contestara, pero lo hice igual.

–Papá, estoy con un problema, estoy peleando con Francisco y no sé si alcance a llegar

–Devuélvete a la casa, ándate a un lugar donde haya un teléfono y llámame con alguien a tu lado. No estés sola en la calle con Francisco ahí –me recomendó mi papá. Yo estaba como en una nube y Francisco pegado al lado; caminé cerca de dos horas y él atrás mío.

–Nadie te va a creer, además que estás embarazada, ya estás usada, nadie se queda con una mujer usada –me iba repitiendo, y yo lo único que hacía era decirle que era un cobarde–. No vas poder entrar a tu casa, porque yo tengo las llaves.

Llegué al edificio y los conserjes pararon a Francisco.

–¡Ábranme la reja, desgraciados, es que ella está sensible! –gritaba.

–Don Francisco, lo vimos todo. Usted no puede pasar o llamamos a Carabineros. Devuélvale las llaves a la señorita.

Ahí empezó una cosa muy sádica, Francisco les decía que tenía las llaves escondidas, que estaban entre el último piso y el subterráneo, en alguna de las cajas de los ascensores, que a ver cuánto se demoraban en encontrarlas. Yo lo único que quería era entrar al departamento, hacerme huevo y llorar. Se me había ido a la cresta el matrimonio y ya había explotado, había

testigos, esto había escalado en tres meses desde ese primer golpe que me dejó casi un día entero ciega. Francisco era otro, ni rastro del hombre caballero e incluso medio pavo del que me había enamorado. Ahora parecía un sádico al que le daba lo mismo mostrarse. No le importaba nada.

Los conserjes buscaron una hora y media las llaves según las falsas instrucciones que les daba Francisco, mientras él disfrutaba viendo mi angustia y teniendo el control de los conserjes que iban y venían. Entonces les di la orden de que rompieran la chapa. Al ver que ya no tenía el control, Francisco sacó las llaves de su bolsillo y dijo: “Es mentira, las he tenido todo el rato yo, quién manda acá, jajajaja, ¿cuánto rato los tuve como monitos jugando a buscarlas?”.

Finalmente entré al departamento en estado de bulto. Mis papás volvieron el 1 en la mañana, en cuanto pudieron, ya que sabían que algo estaba mal. Detrás de ellos apareció Francisco, porque yo había dejado sus maletas afuera. Él les había dicho a mis papás que yo andaba muy sensible y nerviosa y empezó a poner paños fríos: “La Gracia está mañosita con esto del embarazo”. Mi mamá me miró a la cara y lo echaron elegantemente. Mis papás se habían dado cuenta que algo grave había pasado.

Fuimos a una sicóloga especialista en violencia intrafamiliar (VIF). Atendió primero a Francisco y luego, en la tarde, a mí. Ella me dijo fuerte y claro que era un narciso patológico con rasgos sádicos y que averiguara si había bipolares o problemas siquiátricos en su familia. “Este hombre te puede matar y cortar en cuadraditos, meter en un refrigerador y tú estás jodida. La parte buena es que llevas seis meses casada y hay mujeres que se demoran toda la vida en darse cuenta. Así que tienes dos opciones: o dejas que esto sea una escalada –porque no va a parar– o sales de su juego, porque él ya sobrepasó la línea y se expuso tal cual. Eres un objeto en su plan, no tiene empatía, y es posible que te quiera, pero como un objeto que le brinda algo”.

En paralelo, Francisco me dijo que se había ido a la casa de sus papás, lo cual después supe que era mentira, porque lo vieron en la playa carreteando desde donde me mandaba uno que otro correo llorón diciendo que había cambiado. A los días me envió un nuevo mail diciéndome que había tomado un seguro espectacular para mi parto en Estados Unidos, “el seguro más caro que hay para embarazo. Volvamos juntos a Boston”. Mis papás no estaban de acuerdo con que volviéramos, pero lo hice igual.

Coordiné con amigas y mi familia, al igual que con la sicóloga, que a la primera señal de no control de ira o sadismo de Francisco me volvería de inmediato.

Nos juntamos en el taxi camino al aeropuerto y me dijo –después de un mes sin vernos–: “¿Cómo estás, mi amor?”. Ya instalados en Boston, un día siento que estoy sangrando. Salgo del baño y veo que Francisco cantaba en el living tocando el bajo; me dice: “¿No te gustó contarle a todo el mundo que te había pegado? A ver quién te viene a ayudar acá, ahora no tienes ayuda”. Yo blanca. “¿No te gustó hocihonear que te pegué y llevarme a terapia? Nadie te puso una pistola en el pecho para volver conmigo, a ver quién te va a venir a ayudar acá”.

Callada, me puse un pantalón de buzo y partí al hospital público que conocía. Llego y le digo a la niña: “Estoy con un sangrado”, a lo que me contestan que mi seguro de indigentes había vencido el 31 de diciembre. Salgo, entro a una iglesia, y me pongo a llorar a mares. Me levanto y veo la imagen de la Virgen María embarazada y me dije: “Basta”.

Llegué al departamento y agarré el Skype. Francisco se reía. Le escribí a la sicóloga contándole lo que estaba pasando. Me contesta: “Gracia, sal de ahí inmediatamente, sal ahora. Vuelve a Chile, ahora estás en riesgo máximo”. En eso Francisco agarra mi cartera, saca mi

billetera, saca todo, entre eso la tarjeta gringa adicional que yo ocupaba en Estados Unidos. Lo único que pude rescatar de una mochila fue mi pasaporte y veinte dólares. Estaba sola, expuesta, con veinte dólares y un loco fuera de control, sangrando, perdiendo mi guagua por habérmela jugado por un hombre que era un enfermo mental. Me decía: “A ver cómo te vas a mover de acá” e igual que en las películas de terror tocaba su bajo y tarareaba alrededor mío una canción de Clapton una y otra vez.

Le cuento a una amiga de Boston toda la situación y le pido ayuda. Ella me compró el pasaje: “Gracia, tu vuelo sale mañana a las siete de la mañana, el taxi pasa a buscarte a las 4:30 a.m.”. Eran las ocho de la noche y yo escribo en Facebook: “Saliendo de Boston en vuelo 072 [para que se supiera] y si alguien me puede aconsejar qué se puede hacer frente a un sangrado, se lo agradecería”. Con eso alerté a mis amigos, pero también a Francisco, era mi única opción de pedir ayuda y que él supiera que había gente pendiente de mí.

Francisco efectivamente lo leyó y seguía cantando; empezó a molestarme para que tuviéramos sexo, se ponía encima mío. No hallé nada mejor que abrir una maleta grande y meterme como huevo ahí. ¿Alguien habría pensado que una mujer se iba a meter adentro de una maleta para cuidar su pote? Él me miraba, se reía y me sacaba fotos. Me decía que yo era el amor de su vida. Yo me hice la dormida, hasta que sentí que salió del departamento. En ese momento ordené lo que pude, dejé mi maleta en la entrada y seguí las instrucciones de la sicóloga y las que por correo me mandó mi ginecólogo para poder viajar con el sangrado.

Lo único que pensaba era que me iba a asesinar cuando llegara y que me iban a encontrar en esa mierda de *housing*. En mi cabeza me decía: “Maté a mi guagua por venirme para acá”.

Francisco volvió tarde; yo estaba recostada en la cama y él se puso sobre mí. Pensé que me iba a ahorcar. Traté de no cambiar mi respiración mientras sentía que mi corazón iba a estallar de miedo. Se bajó de arriba mío y se acostó a mi lado. A las 4 a.m. sonó mi despertador, me levanté, me duché, me acerqué y le dije: “Francisco, me voy a Chile”. Él me contesta: “Siéntate acá sobre mis piernas”. Yo como que empiezo a correrme para atrás para salir de la pieza, me agarró de un brazo, me sentó arriba de las piernas y me empezó a hacer cariño en la guata. Yo temblaba. Me preguntó: “¿Por qué tiemblas?” y le contesté con una frase muy triste: “Tú no me puedes cuidar ni me puedes querer. Traté de entenderte, pero no puedo poner en riesgo a nuestro hijo ni a mí por cómo estás, no tienes idea lo que es querer, no tienes idea lo que es un hijo, porque si así fuera, no hubieses llegado a hacerme esto. No me voy porque quiera, es porque te tengo miedo”.

—¿No me vas a dar una despedida? —ante mi negativa se empezó a enojar, me pegó un empujón y me sacó de sus piernas; con eso salí apurada y me fui. Agarré la maleta y llegué al aeropuerto. Finalmente me subí al avión, volé con cuatro escalas, sin un peso, vomitando, pero llegué a Chile.

Él desapareció durante todo el embarazo y tuve a mi guagua en un hospital público en carácter de indigente. No tenía isapre, porque la había cerrado al irme y al momento de volver a Chile ya tenía veinte semanas, tuberculosis latente y no había isapre que me aceptara. Mi familia no tenía para pagarme un parto particular y mi papá estaba en su último tiempo de cáncer entre radios y quimios; mi mamá estaba acompañándolo en eso y yo tampoco quería ser una molestia en ese caos.

Además, mi familia y amigos suponían que Francisco, al menos, iba a llegar a hacerse cargo o vendría como cualquier ser humano correcto al nacimiento de su hijo. Nada. Supe que el día que

nació nuestro hijo andaba carreteando en el Caribe. Me sentí absolutamente abandonada y decepcionada.

En una visita al hospital antes del parto, la asistente social me advirtió: “A usted la van a tratar como las pelotas aquí, usted tiene un buen apellido y viene de Las Condes, para más remate. Tráigale a su guagua con suerte ropa Líder, todo en una bolsa plástica. A usted no le van a poner anestesia, la van a mariconear de arriba a abajo”. Yo no tenía idea a qué se refería con mariconear. “La van a insultar, la van a tratar como la cuiquita que quiere cagarse al sistema y se mete como indigente para no pagar un parto. Nadie le va a creer que un marido la dejaría así. Prepárese, nada de la ropita GAP ni el osito pituco ni el pañal Pampers Premium. Haga lo que le digo”.

El día que nació mi guagua me fui sola manejando, aunque tenía contracciones cada cinco minutos. Sabía que antes de eso –como indigente– no te reciben y coordiné con mi amiga Isa que yo le avisaría cuándo debía llegar al hospital. Días antes habíamos hecho juntas el recorrido para mostrarle el lugar y con pena me había dicho: “¿Aquí vas a tenerla?”. Le respondí que no quería molestar a mis papás, que ya había pedido ayuda económica y no me habían pescado... y que Francisco no estaba ni ahí.

Entro ese día a Urgencias, había mucha gente conversando, y yo, con mi bolso: “Dónde me puedo sentar, vengo porque voy a tener a mi guagua”. No fue como en las películas que alguien viene con una silla de ruedas. Las pelotas, nada. Se me acerca una mujer y me pregunta: “¿Contracciones cada cuánto tienes?”. Así, nada de “señora”, “usted”, y yo ahí, sentada en el suelo de las baldosas de un pasillo, le contesto: “Cada tres, dos minutos, pero vengo ya con un sangrado. Por favor, ¿alguien me puede revisar?”. En eso la Isa llegó al hospital, pero la retuvieron en la entrada.

Me acuerdo de que la niña que trapeaba el piso me miraba mientras yo le pedía: “Dame la manito, por favor, me duele”. Dos horas estuve en un pasillo, no en una silla, en el suelo. La niña del trapeo fue mi amiga y quien que me agarró la mano, y así lo fueron todas las que limpiaban en ese turno.

En un momento me llamaron, me subieron a una cama ginecológica, me revisaron y dijeron: “Ah no, te falta mucho. Tienes cuatro o cinco de dilatación”. Como “deja de alegar y no sé qué”, pero muy pesadas. Me puse la bata, me subí a un catre y listo, ahí quedé, sola. Cada dos horas venía una galla y me decía: “O te callas o te amarro”, porque yo lloraba de dolor.

Llegó el momento del parto, nueve horas después, y recuerdo a esas seudomatronas que me decían: “No te gustó que te lo metieran, ahora deja de llorar”. Nunca me voy a olvidar de la cara de la desgraciada que me decía eso. “Llama al papito cuico, pituquita, a ver dónde está el pijecito que no aparece a ver a su hijo”. Fue horrible.

Durante las últimas horas yo estaba muy cansada, tenía mucha sed y fiebre; me abrían las piernas, me echaban como un balde con agua, y cuando les preguntaba qué me estaban haciendo, me contestaban: “Esto no es una clínica, que la pituquita de Las Condes se calle”. Yo les decía: “Es que me duele, me pueden poner anestesia, por favor”. Pedí caminar, pero tampoco me dejaron; en eso me pusieron una correa en la mano y ahí me enojé. “Si te vuelves a mover te la pongo en los pies”. Solo me quedaba rezar, porque no me sentía bien, mi guagua no pasaba, eso es lo que escuchaba, que la cabeza no pasaría.

Pasó un rato y los doctores dijeron: “Es que esta guagua ya no va a nacer, y no la podemos sacar por cesárea, porque la cabeza ya está encajada. Pónganle anestesia rápido y la sacamos con fórceps. La mamá es muy angosta y la guagua cabezona, no llegará a la dilatación”.

De repente miro y veo a la Isa vestida de verde. Fue como ver a la Virgen María o un ángel. Es horrible estar sola tantas horas con un dolor así y gente humillándote. Recuerdo haberla agarrado y que ella me dijo que se lo había sufrido todo porque me escuchaba desde afuera, pero no la dejaban pasar. Otra niña, una matrona, ya en el quirófano le dice a la Isa: “Necesito que te subas arriba de ella, porque el doctor es pésimo sacando con fórceps”, y mi amiga impactada. Agarro a la Isa y le digo: “Haz lo que dice. Y así nació mi hijo... por suerte venía sanito. Le pedí a la Isa que se encargara de él, que no lo dejará ni un segundo solo, mientras a mí me hacían sesenta puntos, porque, literalmente, me había rajado. Luego me pasaron hielo en una bolsa –de ese que venden en los supermercados– y me recomendaron ponérmelo y que me hiciera masajes, porque estaba sangrando. Me fui a la pieza de indigentes donde había catorce mujeres más.

Cuando quise ir al baño –que, por supuesto, era común–, avisé que no había papel confort, a lo que me contestaron: “Es que tienes que traerlo tú”. Me pasaron un papel de recetario. Pregunto si es que tengo que rellenar algo y me responden: “No, es para que te limpies”.

A las 4:30 a.m. prendían las luces; no había televisión, ni clósets, solo un velador y un jarrito plástico. La comida era mala. El desayuno, un té con una marraqueta pelada; a veces, venía con un pedazo de dulce de membrillo. Los almuerzos eran como un pescado al agua con corbatitas. Vomité cada vez que comí, así que me daba igual la comida. No sabía cómo dar papa con catorce mujeres al lado; más las visitas, se juntaban treinta personas en una pieza.

Lo más humillante es que tipo cinco de la mañana nos hacían pararnos al lado de la cama, como si fuéramos un regimiento, y nos teníamos que bajar los calzones, porque pasaba una mujer oliéndonos el poto, para ver si había algún tipo de infección. Eso es lejos lo que más me impactó.

Ahora bien, se da un ambiente muy lindo con las demás mamás, porque entre todas nos teníamos que ayudar, porque una se tiene que hacer cargo del hijo las veinticuatro horas, no hay enfermeras. Si tienes que bajarte del catre llena de puntos, que te vaya bien, sin una pastilla, ni suero, ni almohadas, entonces tienes que aprender a confiar en las demás. Si te vas a bañar, dejas a tu guagua a cargo de otra mamá. Ellas también se sentían superhumilladas, pero no decían nada, no reclamaban; casi todas tenían un cooler lleno de comida, jugos y papel confort.

Pasaban los días y no me daban el alta, sin ninguna explicación, era raro porque todos creíamos que iba a estar máximo de un día para otro. Pensé: “Me tengo que escapar”. Por algún motivo, mi celular no lo tuve nunca; al cuarto día logré avisarle a mi mamá que me fue a buscar con mi nana. Mi nana seca, firmó lo único que le pidieron de un ajuar de indigentes y salí por la puerta principal del hospital, con mi hijo en brazos, sin que nadie me preguntara nada.

Durante mi estancia, mis papás me fueron a ver al día siguiente de que nació mi guagua y les dio ataque, porque ellos sabían que iba a tenerla en un hospital, pero no imaginaron que iba a ser en la sección de indigentes. Fue duro, pero yo no quería causarles ninguna preocupación, porque mi papá estaba con su cáncer muy avanzando y mi mamá dedicada al cien por ciento a las quimios de él. También vino mi hermana y cuatro muy buenas amigas, que podían entrar de a una y por pocos minutos, porque se juntaba mucha gente en esa sala. Yo estaba en modo “tengo

que ser ejecutiva, gestiona, mi guagua está bien y eso es lo que importa”, lo demás no era un gran tema que me afectara, pero ahora me acuerdo y se me salen las lágrimas.

*

Seguí varios juicios contra Francisco los años siguientes. Lo primero fue ir a Carabineros a hacer la denuncia por violencia; me tocó una niña que me dijo: “¿Usted está segura de que quiere dar declaración?, ¿sabe que en Chile esto no llega a nada? ¿Pero usted sabe que aquí va a perder el tiempo?”.

Yo insistí en que quería hacerla y ella volvió a la carga: “Señora, usted se va a meter en un forro, nadie va a seguir su caso, ninguno llega a puerto”. Y la verdad es que fue superhonesta, porque es así. Fue la primera barrera con la que me encontré.

Puedo decir que, en mi caso, las medidas cautelares pesaron menos que un paquete de cabritas. El papá puede tener orden de alejamiento, pero a la vez tiene derecho a ir a tu casa a ver al hijo. Las visitas de un golpeador están por sobre la ley de protección de la violencia intrafamiliar. Primera incongruencia tremenda.

Paralelamente, Carabineros no tiene los recursos para cumplir con las medidas. Vienen según la disponibilidad que tienen. Conmigo iban dos veces a la semana y eso es un lujo. Se supone que mi protección, aparte del alejamiento de Francisco a doscientos metros de mí por un año, incluía dos visitas diarias a mi domicilio, cosa que no funcionó. Nadie fiscaliza que se cumpla, porque no hay personal para eso.

Lo demandé porque estuvo desaparecido meses. Solo logré una pensión de alimentos y hubo que obligarlo vía judicial. Francisco entregó siete direcciones distintas en estos años, por lo que notificarlo no era fácil. Hemos tenido varios juicios cruzados y de distinto tipo. Sale y entra de Chile, ha estudiado nuevos posgrados en Estados Unidos. La vez que logré orden de arresto se internó en una clínica psiquiátrica, donde cualquiera paga y zafa de la justicia.

Antes de comenzar todo lo legal hablé con su mamá, que me dijo: “Estamos dispuestos a todo por tapar a Francisco, así que andate con cuidado, porque yo he invertido mucha plata para que él sea un hombre exitoso y no estoy dispuesta a que tu denuncia trunque eso... Una buena mujer aguanta los golpes de su marido en silencio, y eso lo hace por amor a sus hijos”. Frente a eso no hay mucho que hacer y uno entiende por qué la violencia es un patrón que se hereda y se repite en la crianza de muchas familias. En la clase alta es un silencio casi mafioso. Se da el argumento trastocado de la lealtad familiar, que es lealtad a la mentira.

Las lecciones que he sacado de la justicia es que tanto fiscales como tribunales deben trabajar coordinados, porque esto es un peloteo; además, hay un problema de egos entre instituciones tremendo. No puede un país salir con campañas de “mujer denuncia” mientras el sistema se basa en la duda razonable de un delito que ocurre puertas adentro. No es deber de los matinales hacer lo que la Fiscalía no hace. Además, los juicios de VIF por estar bajo la jurisdicción de Tribunales de Familia son privados, así que un golpeador cuenta con que sus antecedentes están protegidos. Un desastre. Tienen todas las ventajas.

Llevo seis años lidiando con tribunales y no existe la verdad jurídica, ninguna institución se hace cargo... Desgraciadamente, no recomiendo acudir a la justicia para estos casos.

Hoy lo que me mueve es que se cambien las leyes. Y doy mi testimonio porque puede salvar a otras mujeres, y es ahí donde algo de sentido puede haber. Hay algo que se sana adentro, si al menos lo que nos hirió puede volverse un salvavidas para otra.

Gracia, 40 años, víctima,
egresó del colegio Nuestra Señora del Pilar.

28

La doctora recién me aumentó los remedios para la fibromialgia. Me dio corticoides y un antidepresivo. La siquiatria me ha dicho que esta enfermedad puede tener relación directa con el maltrato que sufrí, porque se gatilla por una situación fuerte de estrés. Es una enfermedad superinvalidante, de hecho dejé de trabajar y me mantienen mis hermanos...

Valentina, 55 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

29

Cuando tú ves que hay una paciente que tiene una lesión que pudiera, eventualmente, ser producto de un golpe, tiene un comportamiento distinto. Lo primero, siempre, es que trata de cambiar el tema, de evadirlo. Y, por eso, yo diría que una de las cosas que quizá te podría hacer pensar en violencia es cuando la paciente insiste en no hablar. Es reservada, no te va a dar ningún detalle. En cambio, el paciente que de verdad pudo haber sufrido un accidente, es mucho más abierto, más explícito y te cuenta todo lo que pasó.

Me han tocado mujeres que se han puesto a llorar en la consulta, porque están en una situación de estrés muy alta. Ellas te dejan entrever que tienen un problema en la casa. Finalmente, siempre terminan contándote algo, pero jamás, nunca, te van a confesar un golpe.

Alberto Rosemberg, 65 años, odontólogo,
especialista en periodoncia e implantología.

30

Me agarró, y de la nada, me mordió en la entrepierna. Fue tan fuerte que cuando grité sentí que estaba sacando todo lo que tenía por dentro. Me dolió tanto... Lo único que atiné a hacer fue a

pegarle una patada, para que me soltara. Me paré y me fui a esconder detrás del sillón de la pieza. Era la primera vez que me hacía algo así. Muerta de miedo corrí, me escondí adentro del baño y me quedé llorando, encerrada con llave. Tenía que hacerlo en silencio, porque nuestros amigos estaban durmiendo.

Me quedé ahí hasta las seis de la mañana. No sabía a qué hora se iban a despertar todos. Salí con cuidado, abrí la puerta de la pieza y me acosté al lado de él, muerta de miedo. A la mañana siguiente me desperté con él haciéndome cariño en el pelo. Lo primero que pensé: “Él no es. No es la persona de la que yo estoy enamorada”, porque sentí mucho miedo.

–Te traje el desayuno. Esta es mi manera de pedir perdón.

Lo miré y le dije:

–Vicente ¿tú sabes lo que hiciste anoche?

–Sí, pero no le pongas tanto color.

–¿Qué pasa si la gente me pregunta por la pierna?

–Ya, pero si ni siquiera te lo hice tan fuerte. Ni que te hubiera pegado un combo... Ahora tómate el desayuno.

Comí rápido para ir a verme la pierna. Me encerré en el baño, me senté, miré para arriba, respiré, me armé de valor para mirar hacia abajo y empecé a llorar. Era un moretón tremendo, la piel estaba como levantada y tenía los dientes marcados. Estuve muy poco rato en el baño, Vicente no me podía ver llorando, así que me limpié la cara. Volví a la pieza, cerré la puerta y le volví a preguntar cómo lo iba a disimular, porque del dolor ni siquiera me podía poner pantalones. Su respuesta fue: “Di que te pegaste en la fonda de curada”. Eso hice.

Después de ser golpeada, tuve que tener sexo con él todas las noches de esa semana del 18. Lo recuerdo y lloro. Sabía que no podía decirle que no, porque, si no, me iba a pegar o algo peor. Recién ahora, con mi nueva sicóloga y después de tanto tiempo, estoy asimilando que fueron violaciones. Me di cuenta de que fue violación porque tenía miedo, porque no era algo que yo quería, porque era obligado. Me pueden decir: “Ya, pero dijiste que sí. No dijiste nada”. ¿Pero qué iba a decir? ¿Tenía opción? ¿Decir que no y que me pegara de nuevo? Para mí esas noches fueron totalmente distintas a como había sido otras veces.

Yo con él perdí mi virginidad y fue bacán. Pero en Reñaca me sentí obligada. Yo no decía nada y él lo hacía como con fuerza, con rabia. Cuando tirábamos me pasaba a llevar la pierna. El roce que sentía de su cuerpo apoyado en el mío, y sobre todo ahí, me dolía un montón, y no podía decir nada, porque no quería que las cosas empeoraran. No sabía con quién estaba al lado, quién era la persona que supuestamente había conocido.

Llegamos a Santiago como si nada hubiera pasado y unos días después fue a almorzar a mi casa. Le dije que necesitaba hablar con él. Se asustó un poco, me preguntó si era serio y le dije que sí, que ya no sabía qué hacer con el moretón, porque le estaba mintiendo a todos y que su situación con el trago no podía seguir más si es que quería seguir conmigo. Me miró y me dijo que no. Que tenía demasiados problemas y que prefería terminar. Me dejó hecha mierda. No lo podía creer. Me dio mucha rabia, pero eso me dio el valor para hablar.

A mi mamá le conté mostrándole el moretón. Todavía lo tenía y me seguía doliendo. Ese mismo día le dije: “Mamá, Vicente me hizo esto” y le mostré la pierna. Mi mamá lo vio, miró para el otro lado y se puso a llorar. Me agarró la mano y me preguntó en qué minuto había pasado todo esto y por qué no le había contado.

Me pidieron urgente hora al siquiatra y sicólogo dos veces a la semana. Me cerraron el año, dejé de ir a clases. Vicente se obsesionó conmigo, lo tuve que bloquear de todas partes. La siquiatra me dijo que tenía que denunciar, pero yo le dije que no. Pensaba que, si cada uno estaba en tratamiento, la situación se podía arreglar y podíamos volver. Pensaba eso, porque lo seguía amando, pese a todo. Lo único que quería era arrancarme lejos y mis papás me ofrecieronirme de intercambio. Pasé todo el verano en Estados Unidos. Fue la mejor decisión, lo mejor que me pudo haber pasado. Me alejé, traté de salir de toda esta mierda en la que estaba y fue bacán.

Allá mi historia nadie la sabía. Y poco a poco me empecé a dar cuenta de que no hay que normalizar esto, sino que hay que normalizar el que las mujeres puedan hablar sin vergüenza. Hoy en la universidad no oculto lo que me pasó, ni siquiera a mis compañeros hombres. Si me preguntan: “¿Pololeaste?”, les digo que sí. Si me preguntan por qué terminé, les respondo que fue porque me pegaron.

Yo sé que es superchocante, la gente no sabe qué responder, y yo los miro y les digo que no es necesario que me digan nada, ya poder verbalizar que me golpearon me hace sentir valiente y estar de pie.

Pero lo que sí me da rabia es este tema del feminismo. Todas se las dan de feministas, todas. “Amiga, yo te creo”, “hermana, yo te creo”, pero cuando tienen ahí la posibilidad de poder ayudar a alguien deciden no creer. Ahora, de mis tres amigas más cercanas del colegio, una no me creyó. Me da rabia, porque van a las marchas feministas y publican cosas como “no a la violencia”, “no al maltrato” o “hoy día se cumplen no sé cuántos femicidios”, pero a mí me pasó y, si me preguntan, mucha gente no me creyó, teniendo las fotos ahí y teniendo en cuenta que, en el momento en que hablé, yo seguía con el moretón. Entonces, me da rabia que esa misma gente que veo que pone en Instagram “hermana, yo te creo”, sea la que me dio la espalda y que defiende al agresor y lo justifica: “Es que estaba curado”, “tú te la buscaste”, “igual lo provocaste”. Nadie se merece que alguien le pegue.

Colomba, 20 años, víctima,
egresó del colegio San Esteban.

31

En la clase alta, las mujeres víctimas de maltrato físico nunca –al menos en lo que a mí me ha tocado vivir– han llegado con lesiones graves, por ejemplo, heridas con un arma blanca y diciendo: “Me enterró un cuchillo aquí en el brazo o en la pierna, o me agredió con un vidrio”, no, eso no. Son casi siempre empujones, las zamarrean de los brazos y les dan golpes de palma. Pienso que el agresor sabe a lo que se puede enfrentar al dejar lesionada a su pareja. Ellos tienen más conocimientos legales. En cambio, el de la clase social baja llega y le manda un combo no más.

Respecto del tipo de agresor detenido, me acuerdo de dos casos. Uno que era supercalmado: “No, si yo en el tribunal, en la fiscalía voy a decir qué ocurrió”. Entonces cuando están acá y vienen a visitarlos, ellos conversan calmadamente en el calabozo. Generalmente, se da más el

agresor tranquilo. Dicen: “Reaccioné así porque supe que era infiel, por eso la agredí”. Pero otros, que son agresores de mucho tiempo, se alteran y sueltan un: “¡No saben quién soy yo!” y todo el cuento; “¡esa tal por cual me las va a pagar!”, “¡los voy a dar de baja a todos ustedes!”.

Nilda Hernández, 46 años,
encargada de denuncias por violencia intrafamiliar de la 53° Comisaría de Lo Barnechea.

32

Me vine hace cuatro años a estudiar a Inglaterra, porque de algún modo me aburrí de ver cómo en Chile, en nuestro entorno, todo se justifica, se tapa y esconde. Nuestros círculos sociales cercanos le dieron siempre más crédito a él. Su familia me bloqueó y habló mal de mí frente a otras personas que, sabiendo su historial, sabiendo que otras exparejas lo acusaron en su momento de sentirse violentadas, no hicieron nada. Acallaron a la única tía que en ese minuto me apoyó y defendió. Me aburrí de ver entre amigos y conocidos, casos y más casos donde al hombre no se le condena, y siempre somos nosotras las “locas” o “sensibles” o “exageradas”.

María Carolina, 36 años, víctima,
egresó del colegio San Benito.

33

Lo último que intentó fue contagiarle el VIH. Ella tenía treinta y tres años, y junto a su marido, tenían tres hijos. Estuvo casada doce años, pero de estos solo seis o siete vivió con él, porque fue víctima de una violencia brutal y él además llevaba una vida muy promiscua.

Luego de separarse, el último acto de violencia que ejerció contra ella fue tratar de volver a vivir juntos para contagiarla de sida. Ella nunca quiso acceder... él finalmente murió. Este es uno de los casos más extremos de venganza que he visto. Se ha acuñado, ahora último, un término para esto: la pornovenganza, y la más común es la mediática, que consiste en publicar fotos o videos de la intimidad con tu pareja para poder vengarte de ella. Pero esto se hace solo con mujeres, porque que suban la foto de un hombre desnudo teniendo sexo es como “¡buena!”. Solo lo hacen para denigrar a la mujer.

En todos los niveles socioeconómicos el daño que provoca la violencia a la autoestima es similar. Eso de “no vas a poder tener a nadie mejor que yo”, se lo dicen a la señora del dueño de la empresa y se lo dicen también a la que está en la población. La diferencia está en que las que están empezando a hablar y a problematizar esto no son las que están en la punta de la cima, pero tampoco las que están abajo, sino las de clase media, las que en su mayoría no dependen económicamente de alguien. Pero no solo la dependencia económica es un problema, sino

también la crianza, que todavía es responsabilidad casi exclusiva de muchas mujeres en la esfera alta del país.

Muchas de ellas son obligadas a aceptar infidelidades: “En realidad yo soy la catedral, el resto son capillitas nomás; los hombre son así y el deber de una es saber mantener el matrimonio”.

Nicole Mulsow, 38 años,
trabajadora social, Fundación Honra.

34

Era como estar viviendo la película *Durmiendo con el enemigo*, y por eso no comía, porque sentía que era lo único que podía controlar en mi vida. Llegué a bajar ocho kilos cuando nos fuimos a vivir a España.

Un día estábamos en la cocina, comenzamos a discutir y de la nada me pegó una cachetada que me llegó a dar vuelta la cara, me dejó la mano marcada. Quedé en shock. Para mí eso fue un antes y un después...

Con anterioridad discutíamos a gritos y me había tironeado fuerte, pero esto... recuerdo salir corriendo de la cocina y haberme ido a encerrar a la pieza. Después me pidió perdón. Yo siempre pensé que si esto pasaba, todo se acabaría, pero vivíamos en otro país, con una guagua, y yo no tenía ninguna tarjeta de crédito, él manejaba las finanzas. Tenía con suerte veinte euros en la billetera y, si llamaba a Chile a mi mamá para que me ayudara económicamente, igual necesitaba carta de autorización para sacar a un menor de España.

Además, si bien yo era ingeniera comercial, aquí estaba estudiando diseño que era lo que realmente me gustaba. No era llegar y dejar todo. Por eso, mi táctica después de ese golpe fue tratar que nunca se enojara. Si él se quería acostar, nos acostábamos, si quería ir a algún lado, íbamos, si quería otra comida, se la preparaba. Igual a veces se indignaba, se ponía a gritar y yo corría a encerrarme en la pieza; sentía cómo forcejeaba la puerta y pensaba que, si abría, me iba a matar.

El gritoneo era permanente, pero nunca delante de un conocido. Lo que más me decía era: “Tonta, idiota, no entiendes nada”. Y como viví varios años afuera, no tenía mucho a quién comentarle o preguntarle si esto era o no raro.

Mido 1.70, y debo haber pesado cuarenta y ocho kilos. Y como estaba tan flaca, cuando me tironeaba, yo sentía que volaba por el aire.

Después de tener guagua, me tiraba el pellejo de la guata y me decía: “¿Tenemos que hacer abdominales, ¿ah?” o me apretaba en las caderas y comentaba: “Tienes que estar más durita”. Yo lo miraba y pensaba que estaba loco. Le contestaba: “¿Y tú te has mirado al espejo?”, a lo que respondía: “Estoy regio”.

Se metía en todo. El pelo era un tema, que si me lo cortaba o no, que si me lo teñía o no, que tenía que ir a hacerme las uñas o a depilarme. A veces estábamos conversando y me decía: “Oye, es que tienes un pelo ahí en la pera”, “es que cómo andas así por la calle”, “anda a depilarte”. Y

yo partía. Un día le pedí que no fuera tan sincero con esas cosas. Y todo era portazos, cuando cerraba la puerta del auto o de la casa, daba golpes en la mesa... yo vivía con miedo.

Ya separada, mi sicólogo me dijo: “Tú tienes síntomas de abuso sexual”, y yo lo miraba y le decía: “Yo no me siento violada, pero en realidad él me cargoseaba y me violentaba sexualmente”. Y no le interesaba cómo lo pasara; de hecho, él agarraba lubricante y me lo metía. Fue tanto, que yo me imaginaba la cara de otro hombre, la del doctor Shepard de *Greys Anatomy*, porque, si no, no era capaz. Luego de separarme nunca más pude ver la serie.

Volvimos a Chile y todo siguió igual. Pero si era mi cumpleaños, él invitaba a todas mis amigas, contrataba banquetera y llenaba la casa de flores. Llegaba la gente y todos: “Oh, qué amoroso Felipe, y ¡haberte regalado esa joya!”.

Era el marido ideal. Teníamos todo este espectáculo y yo pensaba: “Lo estoy pasando como el hoyo, qué cresta hago acá, él no es el marido ideal, qué hice mal para que ellas piensen eso”. Él era demasiado clever; una vez que se iban los invitados, me empezaba a tratar pésimo de nuevo.

Yo me veía a mí misma como una mártir. Cada día era una lucha de supervivencia adentro de esa casa, era una jaula de oro: todos los muebles de diseñador, cuadros carísimos, pero me sentía como un alma en pena.

Esperando la segunda guagua sabía que esto no daba para más, pero esperé a tenerla para dar el paso. Igual me dolía, para mí el matrimonio era para toda la vida y sentía un gran fracaso en cuanto a proyecto de vida.

¿Pero qué me hizo dar el paso final? Mi hermana vivía fuera de Chile y nos vino a ver. Ella me vio como un perejil de flaca, tosía todo el día, mal. Me pidió hora con un sicólogo al instante, y con él como que comencé a preparar la separación. A finales de ese año les conté a grandes rasgos a mis papás, pero obvié que me pegaba. Me apoyaron cien por ciento.

Han pasado nueve años y mi mamá me sigue preguntando: “¿Estás segura de que no te pegó?”, y no se lo he dicho porque es capaz de contratar a un sicario...

Bueno, la cosa es que con mi mamá fuimos a buscar toda la ropa y juguetes de las niñitas a mi casa y nos fuimos al campo. Luego le pedí a él que nos juntáramos en un café donde le dije que esto se acababa. Él no lo podía creer y empezó a gritonarme a un nivel que toda la gente se dio vuelta: “¡Es que tú estás loca, si somos tan felices, que cómo se te ocurre, qué va a pasar con las niñitas...!”.

Y de ahí fue una cosa de película. Ese verano me debe haber mandado unas quinientas rosas al campo. Luego me pidió que habláramos. Obvio que pedí un lugar público en el Parque Arauco, y él llegó con una lista de todas las cosas que iba a hacer para conquistarme: “Voy a aprender a tejer, para tejer contigo, voy a ir a clases de yoga contigo, vamos a ir a...”. No me acuerdo qué más decía la lista, pero ahí yo pensaba que este hombre estaba mal de la cabeza y tenía muy claro que no quería volver.

La pensión de alimentos fue un tema. A él le va increíble y gana alrededor de catorce millones; a mí me da un millón mensual. Las juezas no ayudan mucho. Las que me han tocado a mí han sido machistas y amargadas. Te dicen: “He dado pensiones de doscientos mil y usted reclama por un millón”, y uno les contesta que es para el estándar de vida que se les ha dado a los hijos. Entonces te recomiendan que mejor te busques un trabajo. Se ponen del lado del hombre; a mí me han bajado la pensión todas las veces.

Creo que la justicia se debiera dar más tiempo para conocer los casos, hacer pruebas psicológicas obligatorias. En el primer acuerdo de pensión la jueza me pidió hacer una planilla Excel mensual con todos los gastos y boletas. Me tocó que por trabajo estaba en China, entonces no mandé la planilla el día 30, la mandé el día 2 del mes siguiente y Felipe no pagó nada, porque habíamos acordado el 30. Son cosas que no deben ser.

Y el que me hayan golpeado simplemente no cuenta. Me contestaron: “Usted no denunció, no fue a Carabineros”. En ese sentido, las mujeres estamos desamparadas. Si una no llega con el ojo morado y ensangrentado no te creen. La violencia psicológica a nadie le importa, la sexual tampoco; y en lo económico te dicen: “Pero, a ver, él paga todo, entonces ¿de qué violencia estamos hablando?”.

Con todo este tema económico él busca castigarme, porque yo soy lo primero que no le resultó en su vida. Era el número uno del curso, de la universidad, es un hombre exitoso que se fue a estudiar un MBA afuera, al que todo el mundo llama para el contacto... y, de un día para otro, esta mujer, que él no sabe cómo, se va.

Aún hay gente que me dice que Felipe está enamorado de mí. Tengo claro que es obsesión. En su lista de logros de vida no hay un check al lado mío. Que yo sea feliz va contra su plan, que tenga un trabajo que me guste va contra su plan.

Cuando me separé, Felipe se puso a pololear al poco tiempo. Lleva ocho años con ella, y en el cumpleaños de una de mis hijas que lo celebré en la casa de él, la gritoneó de una forma que yo me quedé sin aire. Quería defenderla, ese fue mi primer instinto, pero no pude... llegué a mi casa a vomitar.

Ella tiene a su hija de su anterior matrimonio en el mismo colegio que yo tengo a mis hijas, entonces nos topamos regularmente. En una de las idas, mis niñas se bajaron del auto y ella se subió y se largó a llorar. Yo la abracé, le dije que la entendía demasiado, que ella era mucho mejor que él, que podía salir adelante. No le quise hablar mal de Felipe, porque se lo podía contar, pero traté de ser lo más empática posible, y le hice cariño, pero no se tocó el tema golpes.

Mirando para atrás, si bien me bajó del auto andando, me tironeaba feroz y me pegó, creo que la violencia psicológica es la peor, porque es todo el día, a todas las horas. Es rendir examen constante, y eso hacía que yo no confiara en mí misma, que pensara que no podía trabajar, que no era inteligente. Logró que creyera que era tonta, y con lo bien que me iba... Por eso, hoy, lo peor que me podrían decir es que soy tonta.

Estoy muy segura de la decisión que tomé. Tengo amigas que me decían: “¿Cómo te vas a separar, vas a tener que trabajar, qué horrible!”, pero del maltrato nadie habla. Es como el tema de los piojos: el hijo tiene piojos y la mamá se queda callada, entonces una cree que es la única con piojos... me hubiese hecho tan bien leer un libro como este.

Amelia, 41 años, víctima,
egresó del colegio Nuestra Señora del Huerto de Quillota.

Ella vivió todo tipo de violencia: sexual, física y psicológica. Incluso la exponía a tener relaciones con otros hombres. Era bien perverso, la obligaba a ir a cosas grupales, como los famosos *swingers* o cambios de pareja. A ella le costaba muchísimo negarse, en realidad nunca quiso hacer nada de eso, pero no le podía decir que no al marido, porque significaba una serie de consecuencias que incluían el castigo físico.

La golpeaba, pero principalmente la trató de asfixiar varias veces con las manos. Ella le tenía mucho susto. Yo la atendí en el Servicio Médico Legal, cuando luego de interponer una denuncia, el fiscal a cargo del caso me pidió realizarle un peritaje para analizar los daños síquicos. Fue un proceso superdifícil. Ella ya estaba separada y hasta me tocó acompañarla a un juicio oral. De lo que me acuerdo, a él le dieron años de cárcel. Lamentablemente, fueron pocos, y tenía hartas posibilidades de salir con beneficios.

Creo que a la justicia le falta todavía, sobre todo en acoger a las víctimas. Siento que hasta creerles les cuesta... les piden peritajes y pericias, cuando deberían partir creyéndoles.

Por otro lado, los agresores tienen muchas opciones de salir sin problemas o solo pagando una multa. Es cierto que el sistema ha mejorado, pero no da abasto. Un ejemplo son las medidas cautelares. Por mucho que quisieran cuidarlas a todas, no es factible. Perfectamente, puede haber alguien que esté supuestamente bajo ocho rondas de carabineros diarias, pero eso mismo lo tienen que hacer con diez personas más, entonces no es tan sencillo. Además, por lo que he visto, no descarto que haya cierta discriminación hacia las mujeres de clase alta en la justicia, porque tienden a pensar que ellas cuentan con más recursos y, efectivamente, no los tienen.

Por todo lo anterior, estos casos son generalmente frustrantes. Primero, porque cuesta que la mujer tome conciencia de lo que está viviendo, y uno no sabe cómo hacer para que se dé cuenta. Después, porque cuando se da cuenta, muchas veces no quieren denunciar, entonces da la sensación de que todo va a seguir igual. Incluso aunque ella se separe, el sujeto seguirá siendo violento con otra. Y tercero, si efectivamente logras que denuncie, después vienen todas las frustraciones de que la justicia no corre tan rápido y eficazmente como uno querría.

Diría que si vienen diez mujeres de clase alta a mi consulta, la mitad es por violencia. En general, llegan a pedir ayuda cuando la crisis ya está desatada. Es bien particular, porque la gente no acude de manera preventiva y la razón de la consulta no suele ser por violencia, sino que, por ejemplo, por lo mal que se sienten, por temas de autoestima, o echándose la culpa por diversas situaciones. Pero a medida que va avanzando el relato, una se da cuenta de que son víctimas de violencia y trata de mostrárselos. En ese momento lo empiezan a asumir; incluso algunas cuentan cosas que tenían bloqueadas o que las avergüenzan.

En mis diecisiete años de experiencia me han tocado un par de casos de agresores que han solicitado ayuda por este tema. Los que he visto no vienen para decir que le pegan a la mujer, sino que son muy mal genio e irritables, así lo plantean. En el camino, una se va dando cuenta de que son muy violentos con la familia. Cuando los atendí, me explicaban que fueron cosas que pasaron por casualidad, por mala suerte o porque efectivamente la culpa la tenía ella: “Me sacó de quicio”.

Las mujeres que han vivido violencia por parte de la pareja y se han separado deben tener cuidado, porque es común involucrarse con otro golpeador: hay personalidades que son mucho más propensas a caer en estos círculos viciosos. Son personalidades más dependientes y que, en general, se enredan con pacientes narcisistas. Esto ocurre por varios factores, puede incluso

haber algo genético, pero por otro lado también la infancia. Suelen haberse criado con padres superautoritarios.

Tamara Galleguillos, 43 años,
siquiatra forense y consultora privada.

36

Para molestarme, me quitaba las llaves del auto y yo tenía que partir en micro. También me escondía el carné, el pasaporte, la ropa. Decidí echarlo de la pieza y que él se fuera al segundo piso, para poder cerrar con llave y tener mi espacio.

Dejé que fuera tranquilo a sus carretes y se curara, pero no lo podía echar todavía, porque me amenazaba con dejarme en la calle y con mi sueldo no me alcanzaba para vivir. Cuando nos topábamos en el pasillo, a veces me tiraba contra la pared y me decía “maraca culiada”, esa frase, por Dios, que le gustaba y la repetía...

Un día, Francisco, un amigo de oficina, habló muy en serio conmigo y me dio a entender que yo valía mucho, que no podía seguir aguantando a este hombre y que me iba a apoyar. Tomé fuerzas y lo eché. Quedé tranquila, pero lo que se venía...

Cambié la chapa de entrada y él la volvió a cambiar y entraba cuando quería. Se llevó mi auto y nunca más lo vi. Dejó de pagar las cuentas, quedé sin luz ni agua. Tuve que cambiar a los niños al María Luisa Bombal, porque dejó de pagar el colegio.

Muchas veces, cuando llegaba a la casa, él me estaba esperando y comenzaba a pisar las plantas y me agarraba a garabatos y mechoneos, porque yo trataba de entrar a mi casa. Era una cosa de película de terror. Y eso que yo lo había denunciado y todo, pero el sistema no funciona. Él se supone que no podía acercarse a mí, pero para eso tendría que haber tenido a alguien de punto fijo vigilando.

Iba al colegio de los niños y se ponía a gritar desde fuera que yo era una maraca culiada, drogadicta y alcohólica. Mandaba mails masivos a dos mil personas pelándome, diciendo que era drogadicta y que me habían pillado maraqueando con clientes a las cinco de la mañana. Me seguía y, cuando me pillaba estacionándome, me agarraba del brazo, le pegaba patadas al auto y me garabateaba.

También usaba a los niños. Por ejemplo, les decía: “Los voy a buscar el viernes a la casa, espérenme con las mochilas” y mis niños se quedaban dormidos en la puerta con las mochilas puestas. Él después se excusaba diciendo que yo no le había dado permiso para que se los llevara. O sea, me los puso muy en contra, ellos idealizaron a este papá... fue muy duro, porque en el fondo me estaba acechando un sicópata. Mi mamá hacía turnos para que yo no anduviera sola. Todo esto que cuento se dio entre los más de veinte juicios por violencia, en los que mis papás me ayudaron pagando los abogados. Y viví cosas insólitas, como jueces que me dijeron: “Váyase a vivir a Iquique, cambie el teléfono, cambie el mail, cambie su nombre”. Esas eran las soluciones que me dieron durante mucho tiempo. De hecho, me acuerdo que me paré en un juicio y dije: “¡No puede ser que el señor que vive arriba mío taladre a las tres de la mañana y la

solución sea ‘póngase tapones!’”. A ese nivel se llega. La impotencia es total. Finalmente, logré que la justicia me pusiera un carabinero que me seguía. Ahí, Juan Andrés nunca más me fue a molestar a la casa.

Con los años, los problemas siguieron con órdenes de detención, peleas... un desgaste tremendo. Me empezó a fallar el cuerpo, se me caía el pelo, me operé varias veces porque me encontraron problemas con las plaquetas, nunca más salí del doctor...

Si hace cinco años me hubiesen preguntado quién es Juan Andrés para mí, diría que es el hombre que me cagó la vida, pero ahora pido que se sane, porque necesito un papá para mis hijos. Lo penoso es que el enfermo no se cree enfermo y los hombres maltratadores nunca lo asumen.

Isabel, 38 años, víctima,
egresó del colegio Apoquindo.

37

Un caso interesante fue una paciente que estuvo viniendo durante varios años. Ella era de una situación económica bastante acomodada. Recién, luego de tres años de terapia, me vino a contar que su pareja la golpeaba. Venía por distintos motivos, pero, al poco andar, me di cuenta de que algunas de sus desilusiones eran una consecuencia reactiva a una violencia brutal por parte del marido.

De a poco me empezó a contar como él la agarraba a patadas y después la encerraba en el baño. O sea, era un nivel de violencia extremo. Y bueno... claro, ella venía bien vestida y siempre se tapaba las marcas. Y un día le pregunté: “¿Me puede mostrar los signos de los golpes?”. Y me encontré con que estaba llena de moretones. Me impactó esa capacidad suya de disimular. Cómo la mujer puede llegar a aparentar, ya no por machismo, sino que por este tema de cuidar las apariencias.

Cuando ella fue capaz de darse cuenta de eso, le dije: “Mire, no estoy obligado a denunciar esto, porque usted ya es mayor de edad. Si usted fuera menor de edad, yo estaría obligado a hacerlo, porque esto es un delito. Tampoco estoy diciendo que usted denuncie, pero sí que tiene que parar esto lo antes posible. Usted verá la forma, yo la puedo ayudar y sugerirle estrategias”. Hicimos un trabajo largo hasta que se comprometió a advertirle al marido que, la próxima vez que él la agrediera, ella iba a apretar el botón de pánico de la casa. Y lo hizo.

—Cuénteme qué pasó —le dije.

—Bueno, llegó Paz Ciudadana.

—Cuando ellos llegaron hasta su domicilio, ¿usted qué les relató?

—Bueno, les tuve que contar. Mi marido quería decir que había sido una equivocación, pero dije que no era así y que yo había tocado el botón.

Los guardias le pidieron al marido que los dejara conversar solos con ella, y finalmente ella reconoció que él la había amenazado, pero no les contó que le pegaba.

A partir de ahí él dejó de golpearla. Ella se empezó a empoderar y a darse cuenta de que podía detener este círculo vicioso de violencia.

*

Además de mi consulta, me dedico a la psiquiatría forense, trabajo que consiste en asesorar a los tribunales de justicia respondiendo preguntas médico legales que formula un juez, un abogado o un fiscal.

A un juez, en lo penal, por ejemplo, le interesa que se aplique el Código Penal, que se haga justicia, y para eso necesitan saber, en este caso, si hay daño síquico en la víctima. Por su parte, a un juez de familia le interesan otros ángulos: entender la dinámica de esa familia, dónde y cómo se está produciendo esta violencia intrafamiliar, además de ponerle coto a dicha situación. Puede también pasar el caso a la Fiscalía.

En relación con el agresor, lo más probable es que a mí me pregunten dos cosas: primero, si es imputable, o sea, si es que no tiene ninguna enfermedad mental, si no está trastornado. Y, segundo, si a lo mejor hay algún tema en su personalidad que favoreció que él agrediera a su pareja. Esto podría ser una agravante, de todas maneras, la personalidad no exime de responsabilidades legales en estos casos.

Nosotros los psiquiatras forenses no nos ocupamos de examinar las lesiones corporales en las víctimas. Eso lo ve el médico lesionado del Servicio Médico Legal. Evaluamos el impacto sicoemocional de la víctima, es decir, el daño moral. Por ejemplo, un daño puede ser una depresión que venga de un maltrato ya prolongado, o pueden ser trastornos por estrés postraumático, producto de las agresiones. La violencia nunca va sola, no es puramente psicológica o física, sino que estas van, por lo general, unidas.

Para mí, el principal factor del agresor en nuestro medio se relaciona con lo cultural, o sea, con el machismo: allí donde el rol del hombre es dominar y dirigir, y, el de la mujer, someterse y acatar. Se ha hablado mucho de esto, pero sigue estando muy enquistado en nuestra sociedad. El machismo no escapa a ninguna capa social, sino que es transversal a cualquier tipo de personalidad y a cualquier estrato socioeconómico. Es un prejuicio social decir que ciertos sectores serían más agresivos o violentos, o al menos más machistas que otros. El machismo está en todas partes, incluso en las familias que también critican a la mujer que denuncia, diciendo: “Mira, hija, tu marido ahora tiene antecedentes por tu culpa, le va a costar encontrar trabajo, porque tú lo denunciaste, piensa en tus hijos... Dale una oportunidad, acéptalo de nuevo”. Esto también es machismo.

Se han hecho clasificaciones, tratando de definir distintos perfiles del hombre agresor o maltratadores de pareja, y, entre ellos, algunos corresponden a sujetos con personalidad obsesiva, que quieren tener el control de su entorno. Y cuando este sujeto empieza a sentir que puede perder el control sobre su mujer, es posible que aparezca la agresión como estrategia.

Otro perfil es el del hombre emocionalmente inestable, que sí tiene un cierto descontrol, y en el que predomina la intolerancia a la frustración, ya no solo en el plano de pareja. Cabría, digamos, dentro del tipo de personalidad *borderline* o “límite”, en el cual la persona en momentos de incertidumbre e inestabilidad se comunica a través de la conducta –ejerciendo control mediante la violencia– y no de la palabra.

También está el antisocial, quien, en el fondo, trasgrede las normas de convivencia, las leyes y los reglamentos. Ese es su *modus vivendi*. Él hace lo que le parece, no lo que está estipulado o acordado socialmente. Entonces, de repente no tiene ningún problema y no considera que está mal agredir a su mujer: “Bueno, ¿qué tiene? Si me hizo enojar” o “No cumplió lo que yo le había indicado”. En aquellos casos, lo más infrecuentes, donde la pareja padece de una enfermedad mental, por ejemplo, un delirio celotípico, la conducta responde a motivaciones sicopatológicas. Suelen darse en maridos o parejas alcohólicas con daño síquico avanzado. Desde el punto de vista penal son inimputables y deben someterse a un tratamiento psiquiátrico bajo medidas de seguridad.

Otro tipo de agresor intrapareja, el menos frecuente y, sin embargo, el más pernicioso, es el sicópata. Este no agrede porque tiene rabia, sino que porque quiere conseguir algo. Es una agresión desde el punto de vista emocional, frío, muy instrumental.

Rodrigo Dresdner, 62 años,
psiquiatra forense en el Servicio Médico Legal y terapeuta de parejas.

38

En una ocasión, la contraparte –literalmente– me aforró un combo delante de su propio abogado. Al segundo me paré y me fui. La socia del abogado me salió persiguiendo y diciendo: “Ay, es que entiéndelo, estaba muy nervioso”.

En otra situación me tocó ir a una reunión donde nos encontrábamos mi cliente, yo, su marido y su abogada. Estábamos conversando y, en un momento de distracción, el tipo le pegó fuerte a la mujer. No lo podía creer. De inmediato lo eché de la oficina y después su abogada –muy atinada–, me llamó para pedirme las disculpas respectivas y para informarme que había dejado el caso.

Sin lugar a dudas, he visto lo peor del ser humano. Me acuerdo –y no creo que se me olvide fácilmente– de una frase que una vez un abogado con el que trabajé muchos años me dijo: “En esto, frente a una separación, aparece lo peor de la raza humana”, y sí, así es. Lo que más me afecta es cuando hay padres que no son capaces de poner a los hijos por sobre ellos, entonces los ocupan como bandera de lucha, moneda de cambio. O sea, los niños pasan a ser un objeto de pelea de los papás, y eso es terrible.

Algo que me toca ver mucho en este estrato socioeconómico es la típica mujer que encuentra que todo lo que conlleva el proceso “es de roto”. “Perdón”, les digo yo, y sigo diciéndoles: “Esto es violencia intrafamiliar”. Sus típicas expresiones son: “Esto pasa solo en la pobla”, “cómo voy a ir a un tribunal”. Claramente, el problema lo tienen ellas, porque esto es un tema que afecta transversalmente a la sociedad, por lo que si creen que ir a un tribunal es “rasca”, yo les diría que es su problema.

Lo mismo ocurre cuando, por ejemplo, estoy hablando con un hombre respecto de la droga y su injerencia en la violencia y me responde: “No, es que en el barrio alto no pasa, eso ocurre en la pobla”. Están completamente equivocados, porque ocurre en todo estrato social, la diferencia

es cuánto se sabe y cuánto no. Sin embargo, me atrevería a decir que en la clase económica alta ha habido un cambio, porque ahora la gente se está atreviendo a hablar más de lo que lo hacían en años anteriores.

Uno de los grandes problemas que yo he visto durante todo este tiempo con relación al matrimonio es que hay mujeres que creen que es un seguro de vida, y no lo es, te lo digo como mujer. Si hay algo que les he transmitido a mis hijas es que tienen que ser independientes, a pesar de que a sus futuros maridos les vaya bien. Depender totalmente del marido se traduce en que al final tendrán que aceptar hasta las cosas más horrorosas, porque no tienen otra alternativa.

Me acuerdo de una audiencia donde la jueza estaba conversando con las partes, entonces va y le pregunta a la señora, que debe haber tenido unos treinta y algo años: “Y usted ¿a qué se dedica?”. “Yo me dedico a cuidar a mis hijos”, le respondió. Yo conocía a la magistrada y sabía que también era mamá. Cuando miro a la jueza, me doy cuenta que se empieza a poner colorada, así como diciendo: “Bueno, ¿eso quiere decir que si una trabaja no los cuida?”.

En ese sentido, concuerdo con ese pensamiento, y creo que muchas mujeres tienen ese concepto errado. Puedo entender que haya familias que opten porque ella se quede en la casa, pero esa es una opción que se tomó mientras estaban juntos, y cuando se rompe la relación, me parece lo más normal que la mujer haga el cambio de switch y salga a trabajar. Mantener a los hijos es una cosa, pero tener que además mantener a la mujer... creo que hay casos en que sí, pero son realmente la excepción. Además, por ley, a los hijos los tiene que mantener el papá y la mamá, pero Chile es un país sumamente machista, donde muchas mujeres creen que a los hijos los tiene que mantener el marido. Por lo que esa confusión hace que no sea solo un país machista por los hombres, sino también por las propias mujeres. Tenemos que hacer un cambio.

La otra modificación que creo que es necesaria es terminar con la separación de bienes y tener solamente un sistema comunitario, pero mejor que la actual sociedad conyugal. Bajo mi punto de vista, ese es el problema, el meollo de la injusticia, pero lamentablemente estamos a años luz de que esto ocurra, porque no hay interés político de ningún lado para cambiarlo. La mayoría de los países desarrollados, los de la comunidad europea, los estados norteamericanos, hasta incluso varios países latinoamericanos, entre ellos Uruguay y Argentina, no tienen la opción de elegir cómo te casas, porque automáticamente se genera una comunidad de vida para todos los efectos, donde están incluidos los bienes. A mí me hace sentido, porque ¿cómo voy hacer comunidad con una persona con todo, menos con la plata? Realmente me parece ridículo, atenta contra todo principio de vida en conjunto. Aquí en Chile la mayoría de los matrimonios de estrato medio y alto optan por la separación de bienes, pero si me preguntas a mí qué es lo que habría que hacer, es tener un sistema único y obligatorio, donde todos se casen por igual. No me parece dictatorial ni nada, es simplemente lo que pasa en la mayoría del mundo. Si vamos a compartir la vida, es de todo sentido común compartir también lo que se genere durante esta.

Verónica Waissbluth, 48 años,
abogada de familia.

Ahora sé que fue una violación y que voy a vivir con eso para siempre...

Nos conocimos en un *pre* en Zapallar durante el verano, cuando yo pasaba a cuarto medio y él estudiaba Ingeniería Comercial. Lo encontré supersimpático, medio callado, pero muy mino. Nos vimos todos los días mientras estuvimos en la playa. Ya en Santiago nos pusimos a pololear.

Salíamos hartos, éramos muy *partners*, muy amigos, como que todo fluía. Era un buen gallo en ese minuto. Lo pasaba bacán con él, pero nunca habíamos hablado del “tema”. Yo era virgen y él me dijo que también lo era, pero además de eso, yo todavía me sentía chica y llevábamos poco.

Incluso, a esa edad, con mis amigas, no pensábamos en esas cosas. Siempre dije: “La primera vez que lo haga va a ser bien pensado, muy enamorada, con un gallo que valga la pena y que ojalá sea el hombre con el que me vaya a casar”.

Aunque en esos meses estaba concentrada en estudiar para la PSU, muchas veces hacía la cimarra para irme a la casa de Clemente. Siempre hacíamos panoramas simpáticos, muy tela. Jugábamos Play, paseábamos a sus perros, íbamos al cine o a comer.

Como era habitual, le pedí a Clemente que hiciéramos la cimarra esa semana. Él podía faltar a clases, le daba lo mismo, porque era flojo. Ese día yo le avisé a la liebre del colegio que no me pasara a buscar, porque estaba enferma. Pero para que mis papás no me pillaran, Clemente estaba a las siete de la mañana en punto en mi casa. Nos fuimos a su casa. Estaban sus papás, pero a ellos les daba exactamente lo mismo que yo faltara a clases.

Fue una mañana muy tranquila, una cimarra normal hasta que Clemente me dijo: “Te tengo el medio panorama para hoy. Es sorpresa, pero lo vamos a pasar cuático”. Yo estaba feliz.

Fuimos a La Reina y yo pensaba: debe ser como *paintball* o algo así. Me imaginaba algo muy entretenido. Pero no, llegamos a un motel... yo no sabía qué era un motel, nunca había ido a uno. No había guardias, no había nada. Solo un citófono afuera de un portón muy grande. Me daba la sensación de que él ya sabía cómo era la dinámica. Yo no estaba entendiendo nada.

Nos dejaron pasar. Era una calle con puras casitas chiquititas. Una al lado de la otra. Era como un condominio y la verdad es que se veía demasiado decente. Mientras miraba pregunté: “¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?”. Lo único que me contestó fue: “Espérate, espérate, tranquila”. Yo no tenía idea de nada. De hecho, después averigüé que este lugar era todo cuico.

“Ya poh, Clemente, ¿qué es esto?”, volví a preguntar. “Ay, Jacinta, para de ser tan ansiosa”, me dijo. Entramos a una pieza, era rosada y tenía un espejo en el techo, sobre una cama matrimonial, que al frente tenía una mesita con papas fritas y dos piscolas. Al fondo había una ventanilla a través de la cual no se veía nada, pero había una persona al otro lado por si uno necesitaba algo: comida, trago, sábanas, toallas o para avisar que uno se iba. Todo era por ahí, pero no se veía nada, era todo secreto. O sea, ¡jamás pensé que estaba en un motel! De hecho, hasta imaginé que me podía pedir matrimonio. Yo figuraba en jumper en este lugar. Y, de hecho, algo que pensé un tiempo después fue cómo dejan entrar a una persona con uniforme; pueden meter a cualquiera en estos lugares. Yo tenía dieciocho, pero ¿si hubiera sido una niñita de catorce? Lo encontré brígido.

Bueno, mientras trataba de entender qué estaba pasando, Clemente me dijo: “Jacinta, en verdad encuentro que eres una persona superespecial para mí y te traje para acá porque quiero perder la virginidad contigo”. Sentí que él en verdad lo estaba diciendo de corazón, pero también capté que sabía que yo no tenía escapatoria.

“Ay, Clemente, qué onda lo tierno, pero en verdad como que no estoy preparada para esto, ¿por qué no vemos tele?”, le dije tratando de esquivar el tema y sentándome en la cama. La prendí y era puro porno. Él se quedó pegado, mirándome en silencio. Fue a la puerta, cerró con llave y me dijo: “Sorry, Jacinta, te traje para acá para esto y estoy pagando por la pieza”. Me sentí una prostituta.

Se acercó y se tiró encima para agarrar. Le dije de nuevo que no quería, pero no me hizo caso: “No, Jacinta, no. Vamos a hacerlo igual”. Y ahí quedé en shock. Me dio risa nerviosa. Me metió la mano por abajo del jumper. Yo estaba sin patas, solo con calzones. Lo empujé y le dije que saliera, pero me agarró las manos y me pidió que me relajara. En ese minuto me puse a llorar mientras le decía: “¡Clemente, en verdad te quiero, porfa no lo hagas! ¡Te vas a arrepentir, porfa no!”.

Llegué a pensar que todo era una broma, pero no. Entre medio del forcejeo, me bajó los calzones y mientras se sacaba los pantalones, aproveché y corrí a la puerta, pero no pude abrir, yo creo que de puro nerviosa. Me agarró muy enojado, me llevó de vuelta a la cama y me penetró. Me dolió caleta, ¡fue un dolor...! Le dije que parara, que lo quería, pero después de eso quedé en blanco.

Se fue adentro mío. Ni si quiera se puso condón, yo tampoco tomaba pastillas, me pudo haber dejado esperado guagua. Nunca lo miré a la cara. Lo único que hice fue llorar mientras me miraba en el espejo que estaba en el techo. Eso fue lo peor, poder mirarme y saber que estaba pasando esto.

En ese minuto yo no decía “me están violando”, sino que me repetía: “Ya, Jacinta, lo quieres”, para tratar de convencerme, ¿qué más podía hacer? Por alguna razón, yo seguía pensando que una violación era con un desconocido en cualquier parte, no con el pololo en un motel. Encontraba que el nombre “violación” era muy grande, muy fuerte. Pensaba más bien en “dejé de ser virgen”.

Fue eterno, y me acuerdo que cuando terminó se acostó al lado mío a descansar, mientras yo seguía en shock mirándome al espejo, con corbatín, jumper, todo. Me dio un beso en la frente y me dijo: “¿Quieres repetirlo?”. ¡Quiere repetirlo!... no lo podía creer; le respondí: “No. Me quiero ir a mi casa”.

Esperamos un rato, pidió algo para almorzar por la ventana, se tomó una piscola al seco, yo me subí los calzones y nos fuimos. Cuando estábamos saliendo de la pieza miré hacia atrás y me di cuenta de que las sábanas habían quedado manchadas con sangre, fue brígido. Obvio, había perdido la virginidad.

Hubo silencio total en el auto. Jamás hablamos del tema, nunca me dijo “lo hiciste bien” o “lo hiciste mal”, nada. Pero sentí como si él lo hubiera hecho antes. Sabía perfecto todo.

Llegamos a mi casa y me dijo: “Chao, nos vemos”, como si hubiera sido un día más en su vida. Mis papás no estaban y entré al baño a ducharme. Me sentía cochina. Me embetuné de jabón por todas partes: la cara, los brazos, las piernas, el pelo, todo. Cuando estuve lista, me senté en mi escritorio a estudiar, tenía prueba al otro día. Pero no pude, exploté en llanto. Quería contarles a mis papás, pero también pensaba: “Les voy a romper el corazón si les cuento”. Llegaron y me preguntaron por qué lloraba, finalmente les dije que era de nervios por la PSU.

Al día siguiente no quería ir al colegio, estaba muy deprimida, no quería hacer nada y seguía llorando. Igual fui a clases, pero no pude dar la prueba, estaba en blanco.

Ese mismo día Clemente me habló por WhatsApp como si nada. A la semana siguiente le dije que necesitaba un tiempo y le inventé una excusa. Me daba mucho miedo patearlo. Estuve así por más de cinco meses. Cinco meses en que bajé las notas de un 6,1 a un 5,3. Mis amigas me encontraban demasiado distinta, rara, pero yo no me atrevía a contar. Ahí empecé a cachar que fue una violación asquerosa. Mis papás estaban preocupados, me ofrecieron ir al sicólogo, pero no quería. Reconozco que había días en que me quería matar, de hecho agarré en tres oportunidades un cuchillo de la cocina, y luego de pensarlo me decía: “¿Qué estoy haciendo?”.

Un día tuve el valor para decirle que tenía que terminar con él. Le pedí que fuéramos a una plaza, de día, porque me daba miedo que estuviéramos solos. Nunca le conté la razón real, me daba terror. Este gallo se puso a llorar y me dijo “Pero ¿es por culpa mía?”, le dije que no; “Jacinta, en verdad eres demasiado importante para mí. Eres demasiado única, te quiero. Por favor no me hagas esto”. Lo único que quería era gritarle: “¡Cínico de mierda, te odio! ¡Me cagaste la vida! ¡Ándate a la mierda!”. Al final me dijo: “Ya, tranquila. Obvio que algún día nos vamos a volver a ver y a juntar. Quizá en Zapallar...”. Cuando terminé sentí un alivio gigante y nunca más supe de él.

Todas las cosas que he hecho y hago siempre están influidas por esto. Cuando he tenido relaciones, siempre termino llorando. Un tiempo me dio por ir a la disco a cada rato y agarrarme a varios. Me decía ¿qué más tengo que perder?; en el fondo, quería como normalizar todo.

Ahora, aunque mis mejores amigas saben, en mi círculo social este tema es totalmente tabú. Me da miedo andar contándolo, porque siento que me podrían mirar en menos como: “Ay, pobrecita”, y me cuesta decir “me violaron”. Y si hago algo medio loco: “Ay, pobrecita. Es porque le pasó esto...”.

Sencillamente, no se habla de estos temas, y si te ha llegado a pasar, te pagan un sicólogo o un siquiatra y chao. Y ¿denunciar? Yo nunca he escuchado a una amiga denunciando algo. Más que nada, yo creo que es por vergüenza. O sea, como que miran a tu familia en menos, como “¿por qué te metiste con un gallo así?”. Por eso no les he contado a mis papás, porque creo que partirían a denunciar y si me meto en eso voy a volver al tema, tener que verlo de nuevo, y no quiero.

A la Jacinta de cuarto medio le diría, de partida, que no haga la cimarra, que son cosas que pueden pasar y que va a salir adelante. También le diría que se tranquilice y que confíe en sus amigas, pero sé que nunca va a superar esto en un cien por ciento, siempre va a andar con miedo. Pero, a la vez, que se sienta orgullosa de no estar muerta. Que pudo haber terminado en una clínica y que, a pesar de todo, lo ha sobrellevado bien...

Me cuesta que todo esto se publique, pero me calma que hay mujeres que van a leer esto, van a reflexionar y van a captar el más mínimo detalle de un gallo que les podría llegar a hacer mal. Me gusta saber que con mi testimonio podría ayudar a alguien más.

Jacinta, 20 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

Hoy día tú puedes monitorear todo a través de tu teléfono: los vuelos, los Uber, los buses, los delivery, el banco. Pero no puedes saber si tu agresor está lejos o cerca...

Actualmente, las medidas cautelares se emiten, aunque no sean eficientes, porque peor es no hacer nada. Es para decir que se está haciendo algo, pero el problema es de aplicación práctica. La medida cautelar es una buena opción, el tema es cómo se aborda. El problema –claramente– es la supervisión de la medida cautelar, y no confío en cómo se está supervisando.

El operador del sistema, que es fundamentalmente el Ministerio Público, debiese buscar un mecanismo eficiente. Por ejemplo, que se pueda marcar una zona de exclusión con una aplicación en el celular y cuando el agresor se vaya acercando, el celular empiece a sonar. También puede ser con una tobillera electrónica, brazalete o lo que se quiera. Y así, inmediatamente, la mujer va a saber que el agresor viene a cinco cuadras y va a poder poner una alerta cuando esté a un kilómetro, una segunda alerta cuando esté a quinientos metros y una tercera cuando esté a cien. Y, así, ellas pueden tomar decisiones con la información que te va entregando la tecnología.

Es absolutamente patético e irónico que el sistema siga funcionando con un papel en la comisaría y que eso quede en un archivador de palanca... De hecho, muchas veces a este tipo de imputados es difícil notificarlos, porque por lo general tienen más de una propiedad, y en el sistema figuran distintas direcciones y así logran escaparse. Ese es uno de los grandes abusos por parte del agresor contra el sistema.

Creo que esto no va a modernizarse si es que no hay un remezón importante en la sociedad. Hoy día las políticas públicas son respuesta a los remezones. Que las mujeres ABC1 no denuncien genera que no haya una preocupación pública, porque los problemas públicos son infinitos. Desde el Sename, la seguridad, la frontera, los adultos mayores; entonces la única forma de focalizar recursos en un conflicto, y no en otro, es mostrándolo, y si la gente no denuncia es imposible. Y, por un lado, se entiende, porque uno asocia el estrato ABC1 con gente feliz, que tiene todo, auto, casa, viajes e hijos perfectos, entonces cuesta ir a contar que no son felices.

Aconsejo a las víctimas denunciar lo más pronto posible. Mientras más temprana es la denuncia, más probabilidades de éxito tiene, porque puedes constatar lesiones y así tienes pruebas, porque si dices más adelante que te pegaron y no denunciaste, el imputado puede decir que es mentira.

Como exfiscal, tengo dos apreciaciones sobre el proceso penal en lo que es violencia intrafamiliar. Primero, en palabras simples, que nadie pesca mucho a la víctima... Hoy día, en general, los casos pasan como por líneas de tramitación. No hay un fiscal que sea dueño del caso, sino que la causa llega y es analizada, en primera instancia, por un fiscal o un grupo de fiscales. Luego, para hacer diligencias de investigación, designan a otro grupo de fiscales, y luego la toma otro. Se va derivando. Este sistema se da en las fiscalías más grandes, de ocho fiscales hacia arriba, y es como una cadena de trabajo, una industria, como se hace un auto: uno le pone la puerta, sigue avanzando, otro le pone los vidrios, sigue por la cinta transportadora, otro le pone las ruedas y el último lo pinta. Entonces, esa dinámica que, probablemente, desde el punto de vista de la gestión puede ser eficiente, hace que la víctima no tenga un solo interlocutor.

Pero, más que nada, lo que yo vi es que la víctima se siente desprotegida. Al final, no sabe quién es el fiscal de su caso, no sabe a quién llamar, no sabe quién está preocupado de su causa y

pasa que va cambiando de fiscal y no siempre la transferencia del conocimiento o de la información es cien por ciento perfecta.

Lo otro es que muchas veces los fiscales no toman las declaraciones y las derivan a las policías como la PDI. Es distinto leer una declaración a haber interactuado directamente con la víctima: ver si se puso a llorar o no, si se afectó o si estaba muerta de la risa contando. Es distinto ese *approach* personal.

En general, la violencia en Chile se aborda de esa forma, con tramitaciones estándar o una cinta transportadora, donde la carpeta va pasando y alguien le va agregando un papel. Tanto así que entre Fiscalía y Familia no hay para nada una rivalidad de querer quedarse con los casos. O sea, ojalá poder sacárselos. Al contrario, ambos tratan de tirarse las causas para el frente. Familia derivaba a Fiscalía y Fiscalía se las devolvía, muchas veces.

Y la segunda apreciación tiene que ver con la forma de término de los casos. En una causa que me tocó representar, la víctima quería ir a un juicio oral, que es su derecho, y así poder condenar al agresor. Cuando llegamos al día del juicio oral, el fiscal le ofreció al imputado una salida alternativa, que es una suspensión condicional del procedimiento, una forma de terminar el caso sin condena, sin juicio. Por lo que la medida tras la agresión fue la prohibición de acercarse nuevamente a la víctima. No se respetó la voluntad de mi representada: una mujer que se preparó para el juicio, que quería declarar, que se armó de valor... Entonces ella, a la que nunca pescaron al principio, que le cambiaron cuatro veces al fiscal y que cuando llega al juicio tampoco toman en cuenta su opinión, se va muy decepcionada del sistema. Y esta situación la he vivido un montón de veces, es usual.

Lo que se debería mejorar de la justicia chilena es que el Ministerio Público tiene que repensar su organización interna y la forma en que está tramitando los casos. La investigación de las causas está siendo cada vez más despersonalizada y eso genera una sensación, me parece, negativa en la ciudadanía. Porque sienten que son un número, y eso debería importarle a la fiscalía, porque al final las instituciones pierden legitimidad social.

Vinko Fodich, 45 años,
exfiscal del Ministerio Público de la zona oriente.
Hoy ejerce en forma independiente.

41

No nos imaginábamos que Jorge la maltrataba, ofendía, ni que la basureaba, nada. Lo vinimos a saber en el momento en que él decidió separarse, porque la Elena no le aguantó el hecho de que él quería vivir con dos mujeres.

Un día, la Elena llega a su casa y se encuentra con otra mujer instalada, limándose las uñas. Jorge quería tenerla como polola, amante, lo que fuera. Ella se enojó mucho y lo que le respondió su marido fue: “Pero, por supuesto, yo me merezco tener dos mujeres”. La Elena la echó y él se molestó tanto que la empujó guarda bajo de la escalera: ella estaba embarazada.

Se quebró la pierna, pero logró salvar a la guagua. Lo más insólito fue que no la llevó a la clínica, ella fue después sola. En cambio, tuvo que prepararle un bistec a lo pobre a Jorge, con la pierna rota. En ese minuto, ella nos contó que fue un accidente. Después de ese incidente supimos que las cosas estaban mal y se quebró la relación. De hecho, se separaron el día de mi matrimonio.

Él a la vuelta de la iglesia le dijo que quería terminar, porque estaba decidido a tener dos mujeres en paralelo y con ella no podía. En esa época era una chiquilla de treinta años, con tres niños y uno en camino.

Respecto de la violencia, nosotros nunca nos enteramos de nada, porque la Elena jamás llegó con una marca visible o con una queja. Ella tiene una actitud de que todo lo soluciona. Siempre optimista, siempre “¿en qué te puedo ayudar?”, “¿en qué te puedo servir?”, “qué rico lo que estás haciendo”, “qué bonito tu emprendimiento”. Siempre con refuerzos positivos, ella nunca exigió nada para sí misma.

Recién separada, yo la veía llorar, estaba con una pena terrible. Ella no quería terminar su matrimonio, porque todavía lo quería... su única preocupación han sido sus cuatro hijos. Se sacó la cresta, pero nada de víctima. Decía “gracias a Dios pude estudiar”, y trabajando los sacó adelante. Creo que ella lo ha hecho extraordinariamente bien, solo que tuvo la mala suerte de enamorarse a los diecisiete años de un sicópata.

José Pedro, 67 años,
hermano de Elena, 71 años, víctima.

42

Cuando escuchas los relatos, te da la sensación de que siempre fuese como el mismo sujeto el que ha estado en relaciones con distintas mujeres. En el fondo, es el mismo perfil siempre, la misma clase de abuso que se produce, partiendo, en primer lugar, por la parte económica.

Mujeres del estrato social alto acá me llegan menos, porque aquí en la Clínica Jurídica de la Universidad Católica se atiende gratuitamente. Pero ocurre que igual llegan personas de ese estrato, porque su nivel económico ha sido producto de la manutención del marido, y al cesar la convivencia, pierden la posibilidad de tener apoyo económico, por lo tanto, no pueden pagar y ahí sí las hemos podido atender gratis.

En cuanto a la reciente ley Gabriela del 2020, en general, es positiva. Lo bueno es que incorpora una hipótesis sobre el femicidio íntimo, que antes no estaba y que se refiere a los padres que tienen un hijo en común. Además, incorpora a estos casos el concepto de “relación de pareja”, que es lo que probablemente vaya a generar algún problema en cuanto a qué se entiende por relación de pareja, porque es un elemento normativo. A estas alturas, ha ingresado una cantidad de denuncias importante por femicidio íntimo, pero no superior al anterior a la ley.

La ley es un avance, pero creo, eso sí, que la tipificación es un poco redundante en algunos casos. Una de las hipótesis del femicidio normal se refiere a cualquier caso en el que se refleje el tema de que sea muerte por razón de género y eso es una cláusula amplia, que no creo que pueda

tener aplicación en la práctica, porque parece vulnerable desde el principio de legalidad. No así los otros casos.

María Elena Santibáñez, 46 años, a
bogada litigante y profesora de la
Clínica Jurídica de la Universidad Católica.

43

Ahora tengo claro que era un narcisista. Pienso en esa Francisca y me da una pena atroz. Pasé tantos años sin vida, absolutamente muerta. Me doy cuenta también de que una ayuda a crear patrones, el cómo el papá trata a la mamá, eso se va replicando en los hijos cuando crecen. Y una se da cuenta de que comienzan a mirar a la mamá como un poquito en menos, porque toda la vida han escuchado que una es tonta y que no sirve para nada. Sobre todo, en los hijos hombres. Me da mucho susto que vayan a replicar esto con sus señoras. Y tengo un pendiente, no lo he hablado aún con ellos. Tengo que hacerlo, después de quince años de un matrimonio tortuoso no quiero que ningún hijo mío pase por lo mismo.

Francisca, 42 años, víctima,
egresó del colegio Apoquindo.

44

En ese tiempo no me daba cuenta de que mi marido me estaba prostituyendo...

Con mi familia vivíamos en España, y a los veintiuno, luego de estudiar allá, me vine a Chile para trabajar un año. A los dos meses conocí a Agustín y me gustó, era buenmozo, como seductor. A eso se sumó que me sentía bastante sola acá. Tenía parientes, pero no mi familia nuclear. Por eso creo que me aferré mucho a la relación con él. Tanto, que cuando se cumplió el año y debía volver con mi familia, me quedé aquí en Chile.

Me encantaban sus principios y valores, era muy correcto, caballero y me cuidaba. Me sentía superprotegida. Pero me llamaba la atención que a pito de nada le bajaba la pataleta y el mal genio como contra la vida en general.

Cuando él terminó la universidad me salió con la sorpresa de que quería terminar. “Quiero tomarme un tiempo, quiero estar seguro de dar los pasos siguientes”. Se me vino el mundo abajo. Pero no fue tan malo. Volví a ver a mis amigas, me había dejado mucho estar como mujer y como persona, pero cuando él vio que yo estaba embalándome con la vida, volvimos y me pidió matrimonio.

Nos casamos. Si bien yo había tenido relaciones sexuales con él de soltera, ahora era distinto. Me pedía que me imaginara que él era otra persona –los hombres con los que yo había salido

cuando estuvimos peleados— y que le describiera con lujo de detalles qué habíamos hecho: cómo me habían tocado, besado, etc.

Me pareció muy raro, así que le pregunté a un sicólogo que le bajó totalmente el perfil. También le comenté a mi suegra, con quien éramos muy unidas, y me respondió como “Ay, pobrecito mi hijo”. ¡Lo defendió! y yo seguía pensando que aquí había algo que no cuadraba.

Pero decidí seguirle el cuento y cuando teníamos relaciones le contaba, hasta le inventaba cosas que había hecho, porque él así se calentaba mucho. Ahora claro que me parece una estupidez, pero en ese minuto lo veía tan feliz... es que el tema sexual era muy importante.

Entró a trabajar en una muy buena empresa, comenzó a ascender y seguíamos con los cuentos que yo le relataba cuando nos acostábamos. Se quedó pegado en eso. Y yo no supe ponerle límites, porque, además, no me sentía cómoda, no me gustaba. Por ejemplo, me presionaba para tener sexo anal o me escribía wasaps desde la oficina, pidiéndome que le dijera cosas calientes.

Teníamos relaciones sexuales todos los días. Yo accedía, porque, si no, lo pagaba al día siguiente con él de un tremendo mal humor.

Rápidamente me quedé esperando guagua. Él no quería, me decía que no se sentía preparado. Ni el sexo de la guagua quería saber. De hecho, nuestra primera hija nació en febrero del 2000 y me acuerdo que el Año Nuevo anterior lo pasamos solos, porque él estaba como superangustiado con esta cuestión de ser padre... como que no quería.

Fue muy triste. Al poco tiempo llegó el anhelado hombrecito. Estábamos felices con dos. En paralelo seguíamos teniendo sexo, yo contándole lo que había hecho con otros hombres cuando habíamos terminado en el pololeo. Nunca lo enfrenté, no me atrevía. Tenía miedo a su genio explosivo.

Me quedé esperando al tercero y ahí se enojó. “Hasta cuándo la plata. Y más encima de nuevo embarazada. ¡Hasta cuándo voy a tener que trabajar por esta familia!”, decía. O sea, como cargándome toda la culpa a mí. Tuvimos cuatro hijos. Nació el último y, luego del posnatal, decidí ponerme pechugas. Fue mi decisión, porque él venía desde hace rato diciéndome que parecía hombre; en vez de decirme María José, me decía Bernardino. Ahora, seguía teniendo relaciones con Bernardino. Lo peor era cuando llegaba de un viaje de negocios: teníamos relaciones hasta cinco veces al día.

Mi autoestima estaba en el suelo, me sentía usada y pensé que operándome la cosa podía cambiar. Después de salir de la clínica, un día cualquiera me dice susurrándome en tono erótico: “Oye, ¿y no te tincaría compartirlo?” y yo blanca como papel, “porque yo cacho que todos los hombres te deben encontrar exquisita”.

Esto se juntó con que yo viajaba seguido a España a ver a mi familia y en una ocasión me propuso que les dijera a mis amigos españoles si querían tener una aventura, para —obvio— después contársela a él.

Quedé para dentro. Le dije que cómo creía que iba a hacer una cosa así y que estaba saturada con el tema. Ahora, no sé si me dolió, como que ni lo pensé, ya lo encontraba normal en él. Obvio que no le conté a nadie, me daba una vergüenza atroz.

Me fui a España y Agustín me comenzó a presionar por el celular para que contactara a mis amigos. En ese momento, no me daba cuenta de que él me quería prostituir, pero lo hice: me dejé prostituir.

Contacté a amigos y, la verdad, como tenía la autoestima tan en el suelo, saliendo como que me comencé a sentir vigente. Agustín me escribía que me acostara con uno de ellos. Y lo hice. Le tuve que mandar un mail con todos los putos detalles: cómo me metía la mano, la previa, todo con lujo de detalles. Él gozaba. Reconozco que la primera vez me sentí supervigente y con las mariposas en el cuerpo, como que me volvió el alma al cuerpo...

En los veinte años de matrimonio que duramos me habré metido con unas siete personas entre españoles y chilenos. Después del primero ya no me sentía tan bien; tanto que, a veces, ni me acostaba con un hombre, pero le mandaba mails relatándole los detalles como si hubiese pasado de todo. Otras veces me propuso que hiciéramos un trío, porque a él le excitaba que otro hombre me penetrara. Ahí le paré el carro y le dije enojada: “¿Sabes qué?, a mí no me parece bien que si yo me metí con un gallo, tú el día de mañana me lo puedas echar en cara, mejor métete tú con otra galla...”. Y lo hizo. Era una niña del gimnasio; me afectó mucho. Además, yo le revisaba los mails y se notaba que estaba enganchado.

Lo curioso es que él seguía con esta cosa de que me quería compartir con otros hombres, hasta que un día lo encaré y le dije que yo le estaba viendo los mails. Se me puso a llorar y me pidió perdón. Sé que terminaron, porque ya no había mails ni nada raro.

Siguió con la tontera de que me metiera con otros hombres y yo le preguntaba si no le importaba compartir a su señora. “Es que excita mucho”, me contestaba. Ahora, mirando para atrás, tengo claro que su objetivo era que hiciéramos *swinger*, para allá iba él.

Recuerdo que me daba pena y me sentía tan, tan frustrada, que empecé a hacer puras imbecilidades; me acosté con otros hombres sin tener ninguna necesidad, pero lo hacía porque él me lo pedía. Ya el último año de casados descubrí que tenía una nueva aventura. Estaba claro que nos estábamos haciendo mierda por todos lados, nos estábamos dañando. Me trataba de serpiente venenosa, se burlaba de una de nuestras hijas. Sacaba en cara que él era el proveedor...

Tampoco era un papá presente y los niños le tenían miedo. La cosa no daba para más; llegamos a que les pegaba a las puertas y las rompía, o le pegaba a una pared y se rompía los nudillos. Una vez llegó a fracturarse.

Le pedí que se fuera, y el clic para hacerlo creo que fue cuando sentí que me estaba faltando el respeto; como yo había empezado a trabajar de nuevo, él me cortó las platas y decidió llevar todo el tema él. Un día me cerró la cuenta corriente y le encontré un mail donde pedía consejos para hacer quebrar mi emprendimiento.

Lo encaré y lo reconoció. Ahí, muy en caliente, decidí irme de la casa, lo que fue una estupidez, porque perdí todo derecho sobre los bienes. Fui una imbécil, porque una no se asesora antes y tampoco sabe todas las implicancias; si lo hubiese hecho más premeditadamente...

Conseguí que me pagara un departamento, pero me dejó en claro que no me iba a costear la mudanza. Yo estaba cero peso, y dije ok, me fui donde el vecino, le toqué el timbre y le dije ¿me prestas tu carrito para cambiarme? Me respondió que ningún problema, me mandó con un chofer y me hizo todo el cambio. Una vez instalada nos tomamos unos cafés y comenzamos a salir; se llama José Manuel y es mi pareja actual.

Todos los amigos en común con Agustín me hicieron la cruz, era la peor mujer del mundo, porque él se victimizó diciendo que había sido abandonado por su mujer y que yo lo había dejado por otro hombre. De hecho, me sacó del Club de Polo, porque él era el socio titular. Solo

quedaron a mi lado un par de amigas, a las que –obviamente– no les había contado la relación enfermiza que teníamos con Agustín.

El tema de la separación no fue fácil, las peleas eran sobre todo por las visitas de las niñas. Una de las veces vino al departamento, la de catorce años no quiso salir con él y le contestó: “Ok”. La más chica agregó: “Entonces yo tampoco voy”. Agustín se enojó y la pescó de un brazo como tironeándola. Decidí meterme, me acerqué a él y le dije: “¡Cálmate, espérate!”; en eso se da media vuelta, me da un pisotón, me agarra las dos pechugas a la vez y me hace como torniquetes. ¡Me dolió mucho!, porque, aunque te pongas relleno igual duelen.

Todo esto pasó en el estacionamiento del edificio, parecíamos de población, fue terrible. Las niñas lloraban y le decían: “¡No le hagas eso a mi mamá!”. Garabatos iban y venían, todo era un caos, los vecinos, con los gritos, llamaron a Carabineros. Llegó José Manuel y trató de suavizar la situación, pero Agustín se fue rajado. Subimos al departamento, yo calmando a las niñas; luego voy al baño y me miro las pechugas en el espejo: estaban enteras moradas.

Cuando vino Carabineros, las dos niñas lloraban en su pieza y ellos me aconsejaron que las llevara a la casa de una prima mía o de algún familiar, y que fuera a constatar lesiones. Fui. No lo podía creer...

La separación ha sido terrible. Él no me da tregua, no ha dado vuelta la página. Teniendo muchos recursos me dejaba de dar la pensión de alimentos, me castigaba con la plata.

En otra oportunidad, me demandó por pensión de alimentos, por los dos hijos mayores que vivían con él. Me pusieron una pensión provisoria de \$512.000 mensuales que para mí era imposible de pagar. José Manuel y mi papá me ofrecieron ayuda, pero yo decía: “Cómo la justicia puede ser tan injusta si yo no tengo para pagar, ¿cómo le voy a ir a pedir plata a otra persona!”. No pagué; hasta que me tiró una orden de arresto y, como soy tozuda, no pagué. Vino la policía a buscarme y me llevaron presa al calabozo. Fueron cuatro horas horribles, porque me fueron a buscar de noche. Estábamos en pijama y las niñas vieron toda la situación. Me dijeron que no me pusiera cordones ni cinturón, porque eso se sacaba.

En el lugar, un funcionario me trató pésimo. Me dijo que no porque fuera rubia de ojos azules me iban a tratar mejor, así como con tono irónico. Dos policías mujeres fueron amables. Me metieron a un calabozo cuya ventana daba directamente a la calle; era julio y hacía frío, y ahí estuve durante cuatro horas. Al principio estuve sola y después llegó un vagabundo y nos tuvieron que separar. Uno para un lado y el otro para el otro, y un par de frazadas así... piojentas con las que me dijeron que me tapara. Me lo lloré todo, lo único que quería era salir de ese lugar. Finalmente, después de cuatro horas, José Manuel y una prima lograron que saliera. No quise irme con ellos... quería caminar y caminar; no tenía miedo de nada, y caminé por la calle... por Las Condes, a las tres de la mañana, sola, pensando a lo que puede llegar el ser humano.

Y en eso también quiero agregar cómo tratan a las mujeres en la justicia. Dicen que siempre protegen a la mujer y, en mi caso, no ha sido así. Se debieran usar sicólogos entendidos y que apoyen más, porque se basan mucho en los testigos, que inventan cualquier historia y el que más teatro hace, le va mejor. De hecho, a mis hijas las obligan a ir a ver al padre. Ellas se van llorando, porque no lo quieren ver, pero las tengo que llevar. Los tribunales en eso son muy fríos. Mis niñas van al sicólogo para que se revinculen con el padre. Ella me emitió un informe en el que no aconsejaba que las visitas fueran tan largas y con quedadas a alojar, porque las niñas sentían miedo y tenían un tema con el papá. Pero, aun así, el tribunal determinó que tenían que

irse para allá. Es simple: el que pone los mejores abogados gana. Ahí Agustín hizo un trabajo de joyería.

Entre medio de esto, seguía mi relación con José Manuel. Hace un tiempo le conté todo, todo, y se impactó; tuvimos un quiebre, obviamente. Él estaba muy enojado con que no le hubiera contado desde el principio. Y tenía razón, no fui sincera, es que como que yo ya había normalizado el tema, pero al contárselo capté lo fuerte que era. Tanto que él me animó a contar la verdad. Él fue el primero que me dijo: “Ese weón te prostituyó y tú no te diste cuenta”.

No sé cómo me presté para eso. Claramente, no estaba bien psicológicamente, y me sentía puta, estábamos los dos enfermos. Ahora no lo haría ni muerta. En ese momento actuaba como en piloto automático, como que no lo pensaba. Ahora lo reflexiono más y pienso en lo weona que fui... Lloro, lloro mucho por todo el daño que me hice, por todas las horas que dejé de estar con mis hijos por esta webada. Y lloro, me arrepiento y me siento culpable. Llevo tres años yendo a terapia todas las semanas. Recién estoy pudiendo hablar del tema. Además, Agustín está con otra pareja y me da pena. Creo que ella está cayendo en lo mismo, porque las veces que las niñitas han ido para allá, él ha tenido reacciones explosivas y, por lo que me cuentan, la pareja se queda callada.

Si bien no me arrepiento de haberme separado, lo debería haber hecho muy distinto. Más pensado. Comencé a ir al sicólogo cuando me separé. Debí haber ido antes, pedir ayuda es fundamental. Había momentos en que no quería seguir viviendo cuando razonaba todo lo que había hecho, porque, para mí, me prostituí. Me pasé a llevar como mujer, como persona y... tenía durmiendo a mi lado a esos preciosos hijos que me acompañaban y... pensaba que mi vida no tenía ni un sentido. Todavía no me perdono.

María José, 46 años, víctima,
egresó del Colegio Alemán de Viña.

45

“Hay que golpear del cuello para abajo o con una toalla mojada” son técnicas que se repiten en los testimonios de los golpeadores. La gracia de la toalla es que al estar mojada tiene peso, es firme, pero no deja marca, y si la deja desaparece con el tiempo.

Cuando van a golpear, el puñete es “del cuello hacia abajo”, para –justamente– disimular la evidencia. Esto se relaciona con la “deseabilidad social” que existe en los hombres del estrato alto, quienes pretenden aparentar estar adaptados frente a los otros, y así cuidar su reputación. Entonces tienden a querer demostrar que se comportan de manera más adecuada, con mayor pudor, para así no quedar estigmatizados... a diferencia de estratos más bajos en los que hay una especie de orgullo del hombre, donde hay un mandato social implícito, guiones que permiten que como macho haga y deshaga, mande o no mande.

Cristián Cordero, 35 años,
sicólogo forense, trabaja en el servicio público y privado.

Pensé muchas veces en denunciarlo, quería dejar constancia de lo que pasaba. Lo quería hacer por una cosa mía personal, pero lamentablemente me ganó la vergüenza. Es muy complicado cuando estás sumergida en estas situaciones. No hablas del tema con nadie. Mis papás supieron todo recién cuando terminamos. Lo mismo con mis amigas. Yo tendía a apartarme, porque sinceramente él tenía poder sobre mí. Creo que todo esto se dio porque me sentía sola, y con él respiraba cierta sensación de seguridad. Pero ahora miro para atrás y solo digo “pendeja tonta”.

María Clara, víctima, 20 años,
egresó del colegio Las Ursulinas.

Siempre inicio las clases con los alumnos de práctica o de la facultad preguntándoles: “¿En qué grupo social usted cree que suele ocurrir violencia intrafamiliar?”. La respuesta habitual es que digan que esto solo pasa en los sectores más pobres. Y eso me lo dicen estudiantes de derecho de la Católica... Ahí yo les tengo que decir: “No. Hay una cifra negra y un fenómeno social de estigmatización”. Esa es por lo menos mi intención desde lo académico: ir rompiendo esos estigmas.

Creo que en ciertos ámbitos el poder judicial está al debe. Efectivamente, han creado, por ejemplo, el Centro de Medidas Cautelares, pero una vez que estas son dictadas, no tengo forma de verificarlas y hacerlas cumplir. Normalmente, están atribuidas a Carabineros, pero ellos no pueden estar de punto fijo en las casas. También ocurre que si se dicta prohibición de acercamiento siempre o tradicionalmente, se fija una cantidad de metros, doscientos metros. Y lo que vi en una oportunidad, que es más bien habitual, es que los tipos conocían el “metro doscientos uno”. Entonces, se estacionan afuera de la casa, hostigan, miran... y eso, en sí mismo, es una revictimización de esa mujer que, precisamente, pretende buscar algún auxilio. En esos casos, literalmente se está cumpliendo la prohibición de acercamiento a doscientos metros, por lo que a Carabineros no le queda más que la siguiente respuesta: “Señora, él no está en desacato. Él no está incumpliendo, porque no está dentro del rango”.

Obviamente, falta fiscalización y uno se pregunta: ¿por qué dan las órdenes de protección si no funcionan? Otra falla del sistema de Familia es la protección a testigos. Porque la protección a ellos sí existe en la tramitación penal. Existe la intervención anónima... Pero en Familia el testigo tiene que ir y sentarse frente al agresor.

Pese a los peros, recomiendo que la gente acuda a la justicia. Creo que sí es necesario ir cuando se presentan estos casos más severos de violencia física y de maltrato psicológico, porque, por lo menos, someter al agresor dentro del proceso le va a significar alguna consecuencia, como limitarse en las conductas.

En fácil, las medidas que hay ahora sirven un poco, como para aguantar por mientras, pero realmente se tienen que mejorar y se tienen que perfeccionar para que sean sostenibles en el tiempo y que protejan realmente a la víctima. Si me preguntan, yo creo que ambas sedes deberían dialogar: Penal y Familia.

Así como hay agresores, también se da que hay muchas que exageran en las audiencias. Yo siempre he tomado defensa de mujeres, y cuando he decidido realizar una defensa contraria, es porque no es cierta la denuncia.

Me tocó un caso donde mi cliente era gerente de una empresa y ella, sicóloga. En esa causa tomé la defensa del cónyuge. ¿Por qué? Porque en el contexto del régimen de visitas, él fue a retirar al hijo que tenían en común y ella se puso a discutir desde el auto por los viajes a Estados Unidos de su exmarido. Él estaba cubriendo casi todas las necesidades de la casa que le había dejado a ella, y no es que esté imputándole a ella la responsabilidad, pero ellos se separan, precisamente, por descubrir una infidelidad de parte de ella. Pero de todas maneras tomaron de buena forma la separación: se estaban cumpliendo las visitas y ella empezó a hostigarlo. La cuestión es que terminó por entregarle al niño a gritos y él luego se enteró, por una notificación, de que ella lo denunció a Carabineros por violencia intrafamiliar.

La denuncia de la mujer era de tres líneas y decía que ella se sentía menoscabada en su calidad de mujer y madre... tal cual. Porque el padre le habría señalado que el niño estaba sin ropa de cambio. Ese tipo de situaciones también llega a tribunales y significa que ambas partes estén con abogados y que el tribunal ocupe ese espacio de agendamiento dedicado a una víctima que realmente lo necesite. Y, ¿cómo se solucionó? En este caso particular conversamos los dos abogados, afuera de la sala, y finalmente en lo que terminó fue en un archivo, porque transcurrió más de un año en que ella no presentó nunca una nueva denuncia.

Heydi Román, 33 años,
abogada litigante en familia y de la
Clínica Jurídica de la Universidad Católica.

48

Al final fue tanto que lo eché de la casa, pero me buscó y me buscó. Yo le decía “Edmundo, ¿para qué?”, y me quedaba mirando. La cosa es que volvimos. A esas alturas ya no estaba enamorada, pero sentía mucho miedo y, ¿la verdad?, también asco. Tenía relaciones con él por susto, porque era violento, les pegaba puñetes a las puertas y las rompía... yo me iba a encerrar al baño a llorar.

También me pidió abortar a nuestro cuarto hijo. Él no quería saber más de niños. Ahí sí que me puse chora y no lo acepté. Me dio tanta pena y rabia... mi niño es adorable.

Más tarde decidí buscar trabajo. Entré a un banco y me empezó a ir muy bien. Edmundo me llamaba mucho, igual trataba de tirarme el ánimo para abajo, pero yo me sentía fantástica, estaba feliz. Me llegó a ir tan bien que podría haberme independizado y mantenido sola, pero no me atreví a dejarlo. Ahora pienso que fue el error más grande. En ese minuto opté por la familia;

hasta hice de aval de Edmundo para comprar un departamento; hice los trámites y, al ver que era capaz, se desquició. Después de un tiempo él quebró, yo pedí préstamos... sigo pagando deudas hasta ahora.

Esta situación económica gatilló más dificultades. Él comenzó a salir con otra y yo empecé a tener problemas en el banco, porque me vino estrés y, posteriormente, una depresión muy fuerte. Andaba entera empastillada, con desequilibrio de remedios... la cosa es que terminé quince días internada y sin trabajo.

No entiendo por qué no abandonaba a ese hombre... hasta que me hicieron hacer un clic: era domingo, Edmundo había desaparecido el fin de semana y mi hijo menor, de quince años, me dijo: "Mamá, por favor no sigas con esto, no quiero que me desilusiones, mamá, yo te adoro, por favor haz algo". Esa fue la señal...

Luisa María, 68 años, víctima,
egresó del colegio Monjas Inglesas.

49

Yo la perdí aquí, en el tribunal, tomando declaraciones. Estaba de cuatro meses y empecé a sangrar; tuve que ir al baño... fue dramático, tuve que recoger a mi guagua chiquitita, la saqué del baño y una compañera llamó a mi marido; tuvimos que suspender la declaración... después, en la tarde, la enterré, fue atroz.

Me da tristeza, porque yo sentía una pena muy profunda todo ese tiempo en esa causa. Me marcó; es que el caso era sórdido, quizás el más sórdido que me ha tocado conocer.

Se trataba de un empresario que no había nacido con apellido rimbombante ni con recursos, pero que se casó con una mujer de alta alcurnia. Tuvieron varios hijos. Frente al mundo era una familia perfecta, y él, además, filántropo.

Al tiempo, él comenzó a encontrar mal a su señora y la mandó al siquiatra. La hicieron dependiente de remedios/drogas y finalmente la internaron. Él pasó a ser, ante la sociedad, el pobre tipo que tenía una señora enferma. No solo la trató de loca, sino que la hizo sentir loca. Hasta la familia de ella le creyó.

Él, luego de lograr esto, se separó y vino a pedir la nulidad eclesiástica. ¡Él! Me llamó la atención que llegó con un alto de boletas de una misma siquiatra, de atenciones de años atrás. ¿Quién guarda boletas por tanto tiempo?, me pregunté.

Cuando comienza a hacer su declaración, empieza a decir que era un hombre de iglesia y que a un amigo le había pasado lo mismo. Nada me calzaba, así es que me puse catete. Me fui a los archivos y busqué el caso del amigo. ¡Era la misma siquiatra, la misma causal, la misma situación! Sentí un dolor en el corazón, una cosa tan, tan de las entrañas... Por eso yo lo relaciono con la pérdida de mi guagua. Sentía una angustia feroz, yo decía cómo puede haber alguien capaz de hacer algo así. Cómo puede haber tanta frialdad y maldad.

Aquí, claramente, el hombre la usó, para luego volverla loca. No es que estuviera loca, pero andaba *drogui* todo el día, con enfermeras, y los niños crecieron pensando que su mamá era

enfermita. El diagnóstico era personalidad limítrofe y que se podía suicidar.

Hablamos con la mujer, víctima de esta violencia. Estaba empezando a ver la luz, porque desde la separación pudo cambiarse de doctor. Los hijos se habían ido con el papá y no la visitaban.

La familia de ella también testificó, pero fue muy triste, porque, en el fondo, era una familia tradicional chilena –de las que no quieren ver los problemas y en las que no se hablan esos temas–, que la había dejado sola.

Seguí investigando y en la empresa de este hombre tenían a la misma siquiatria como parte de la planta de trabajadores. Cité a la mujer que se corrió varias veces. Insistí. Nos juntamos, ella estaba muy nerviosa, y finalmente reconoció que había atendido a las señoras de los dos ejecutivos. Concluimos que todo fue maquinado. Y uno no lo puede publicar, es información privada. Solo se le puede recomendar a la víctima que tome las acciones civiles pertinentes.

La última vez que divisé a la señora, porque el caso es de hace más de diez años, ella estaba bien, salía de su casa e iba al supermercado. Él se casó de nuevo por el civil, ya no con una mujer con apellido, sino que con una mucho más joven que él. Aquí en el tribunal, luego de la sentencia, él fue vetado (no se podía volver a casar por la iglesia) y ella no. Yo no quedé contenta, porque hubiera querido hacer más cosas.

No es fácil, hay que tener vocación para este trabajo. Rezo por todas las personas que me toca atender y me entrego al Señor. Siempre hay mucho sufrimiento en estas causas de nulidad matrimonial.

Puedo ver que, en general, en la clase alta los problemas se tapan por la apariencia, y creo que somos una sociedad enferma en ese sentido. Es un círculo muy poco libre y esclavo de los patrones sociales.

Yo he hecho un ejercicio. Y en algún sentido uno puede ver que quienes tienen más adornos, la casa y la ropa más perfecta, son las personas que tienen más problemas, más sufrimiento dentro de la familia, un gran vacío... porque empiezas a adornar tu vida y comienzas a preocuparte de lo no importante. En cierta manera necesitamos disfrazarnos o disfrazar la casa para poder seguir viviendo, para sobrevivir. Es muy tóxico.

Nos han tocado casos de casi todos los colegios ABC1, pero en menor cantidad de los ingleses –no porque allí no se den dificultades, sino porque es más difícil que les interese tener la nulidad religiosa–. Creo, también, que los agresores, hasta cierto punto, también son víctimas, porque han replicado lo que vieron, y se tienen que sanar, porque lo que hay adentro, en el fondo, es una inseguridad tremenda.

Sofía, 48 años,
abogada del Tribunal Eclesiástico.

Aunque estábamos separados y peleados, me invitó a México para tratar de arreglar las cosas. Y fui; teníamos un hijo en común y la ingenua aún creía que él podía cambiar...

La primera noche en Playa del Carmen, Felipe me dice: “Estás mojada”. Yo pensé que era calor, pero no. Comenzó a salirme líquido, como vaselina, y le dije a Felipe que se me había reventado un implante de la pechuga; él quedó en estado de shock, no fue capaz de llamar a un doctor o una ambulancia. Dormí toda la noche chorreando y, al otro día, me tuve que ocupar yo, porque Felipe no le dio mayor importancia.

Ahí terminé de confirmar que él no me quería, y pensaba, entonces: “¿Por qué sigue conmigo?”. Estaba claro, me abusó bancariamente durante cuatro años.

Nos volvimos a Santiago, llegamos al aeropuerto y él se tomó un taxi para ir a trabajar. Tuve que partir sola a urgencia, volada en fiebre y con una tremenda retención de líquidos, asustada de que me diera una septicemia. Me sacaron los implantes... Volví a mi casa y no supe más de él.

Todo había empezado cinco años antes. Yo me había separado, tenía dos hijos, diagnosticada con depresión, y se había muerto mi mamá, ¡claro que estaba vulnerable! Conocí a Felipe en Cachagua, también estaba separado y era estupendo. Además, canchero, entretenido.

Nos pusimos a pololear y él quería como apurar las cosas. A los siete meses me regaló anillo delante de todos sus amigos del colegio, lo que me pareció pésimo. Fue una encerrona y yo no sabía qué hacer. Me sentí atrapada, porque además me trataba mal, me garabateaba y me decía “tonta”, “maraca” o que me había recogido en la calle y cosas así.

Yo no me quería casar, pero él insistía. Entonces le dije que se viniera a vivir a mi casa para que probáramos cómo se daba la cosa. No se dio bien. Las agresiones continuaron, me llegaban portazos, en uno me voló la uña de un dedo del pie, con sangre y todo. Es que con trago se ponía muy agresivo, y al otro día se hacía la víctima y pedía perdón.

Llamaba a la casa diez veces al día para preguntar por mí, para saber dónde estaba. Cuando estábamos con gente, me presentaba como su señora y eso me molestaba y se lo decía, pero no me pescaba.

Todo el mundo lo encontraba estupendo, que le iba bien. Creo que la presión social me decía: “No seas tonta, no le cierres la puerta a la oportunidad”.

Pero cuando vi cómo trataba a su exseñora –hasta la mechoneó delante mío–, me dije: “Esto se tiene que acabar”. Había visto otros episodios y escándalos de ellos en el Club de Golf... pero esto fue demasiado. Además, no me ayudaba con los gastos de la casa, me empecé a sentir caficheada.

Cuando me agredía, prefería quedarme callada, porque, si no, se me tiraba encima para amedrentarme, también me acorralaba. Lo eché, recuerdo que fue un jueves, y se fue de manera tranquila, pero ahí fue cuando me di cuenta de que había quedado esperando guagua. Pensé: “Me amarraron”. Felipe lo único que quería era que tuviéramos un hijo.

Volvió a la casa, pero salía casi todos los días, se desaparecía, nunca más hubo sexo. Decía que nos mantenía, que el papá de mis hijos era un vago y que éramos unos muertos de hambre. Yo no hallaba cómo sacarlo de la casa.

En eso tuve complicaciones y me mandaron a reposo absoluto. Tuve que pasarle los niños a mi ex para que los pudiera cuidar. Lo que es yo casi muero de hambre. Felipe no compraba nada, pasé frío y él, por día, carreteaba más. Hasta pensé que era mejor perder la guagua.

Una amiga me vio tan mal que me agarró y me convidó a Santa Bárbara, Estados Unidos, por tres semanas, donde comí lo que no había comido. Mi amiga me alimentaba. Le conté lo que pasaba y me tranquilizó, me dijo que iba a dejar a ese hombre, pero con calma.

Un día, estando en Estados Unidos, me meto a Facebook y veo fotos de los hijos de Felipe haciendo fiestas en mi casa. No lo podía creer; de vuelta en Chile, ni le importó que se lo hiciera ver.

Llegó el parto y lo único que me dice es: “Qué caro me va a salir esto”. El día que me dieron de alta, con guagua y todo, me hizo pasar a una notaría para firmar y vender mi auto. Yo no me sentía bien. Me dio mastitis severa, volada en fiebre y él me decía: “Arréglate tú con la guagua, no eres capaz de hacer nada...”.

Esta situación continuó y lo curioso es que seguía pidiéndome que nos casáramos, mientras en paralelo me decía que le daba asco acostarse conmigo y que tenía “la raja suelta”. Yo lloraba. De nuevo lo eché, pero volvía, porque una ya está en un círculo vicioso. Sin querer te haces dependiente y estás tan insegura, te han dicho tanta basura, que piensas que nadie más te va a querer...

Entre medio había semanas mejores, incluso me regaló un auto. Como él se dedicaba a las inversiones, le pasé mis ahorros –más de treinta millones– porque me habló de un fondo que rentaba mejor. Al tiempo lo eché nuevamente. Comencé a ir a una siquiatria en El Salto, porque no tenía ni un peso. La doctora me dijo que lo denunciara. No lo hice, porque lo encontraba enfermo de rasca. Tuve que cambiar a mis hijos a un colegio subvencionado... y como la violencia escaló, ahí sí tuve que denunciar.

Cuando supo, me dijo: “Si tú sigues con esa denuncia, te voy a declarar loca, nunca más verás tus ahorros”. No me quedó más que no seguir con la denuncia. Yo pensaba en mi plata, cosa que por supuesto nunca más vi. Tomé abogados y lo demandé. Él volvió a asustarme con que me iba a quitar la casa, el auto y que nunca iba a encontrar trabajo; y que si investigaba más me iba a tirar diez abogados encima.

Y me metió juicios. Inventó que yo le había robado cheques y que lo encerraba en la casa. En eso estamos, en tribunales y, curiosamente, nos han servido la cuarentena, el covid y el estallido social que me están protegiendo. Ha sido una excusa para no entregar a mi niño a su papá en las visitas y estar lejos de los tribunales. Estas situaciones han protegido a mi niño. Ha sido totalmente favorable en todos los aspectos. El covid, al final, ha sido un refugio para los dos.

Y me siento orgullosa, porque ya me ordené. Asistí a un centro de ayuda gratuito en Las Condes, donde si bien tuve que bajar socialmente, igual fui y me ayudó, porque estuve muerta en vida, tanto que gente que no conocía, en la calle, me paraba y me decía que qué me pasaba.

Le recé al beato Álvaro del Portillo para que me devolviera la sonrisa, y me la devolvió. Vendí mi casa, compré dos departamentos, vendí la parcela y ahora estoy empezando a agilizar la cabeza.

Javiera, 45 años, víctima,
egresada del colegio Los Andes.

Debiera existir apoyo psicológico para los que trabajan en primera línea y alguna estrategia de trabajo grupal. Por lo menos una vez al mes, en los equipos que laboran con temas de violencia, poder conversar en una mesa con ocho o diez personas, para saber lo que les pasa, que cuenten los casos, cómo los ven ellos y que haya un trabajo más personal, que ya no tiene que ver con lo que tú pones en el informe o declaras en un juicio, sino que con cómo les impactó, cómo les llamó la atención. Porque el profesional que ve estos casos y atiende en primera línea a una víctima termina con una y, seguidamente, viene otra. No tiene ni siquiera tiempo para tomarse un café o para conversar con un colega y contarle lo angustiado que quedó. En estos casos es el propio profesional quien es el instrumento de medición, entonces si uno está descalibrado, tiene que venir alguien de afuera a ponerte a punto. Y en ese sentido están al debe las instituciones, absolutamente.

Francisco Maffioletti, 48 años,
trabajó en la Fiscalía Nacional, psicólogo,
doctor en Psicología Jurídica y Forense
y profesor investigador de la Universidad Diego Portales.

52

Me invitó a comer y después me dijo: “Vente a mi casa y nos tomamos unas cervezas”. Estábamos conversando muy tranquilos y de la nada empezamos a agarrar. Me tomó y me puso encima de él, brutaemente. Me apretaba el poto demasiado fuerte y de repente me pegaba palmazos. Yo no estaba en esa onda, pero ¿qué iba a hacer? Nunca le dije nada. Como que estaba muy sumisa.

Seguimos dándonos besos y me empezó a sacar la ropa, me tomó en brazos y me llevó a su pieza. En ese minuto ya no sabía cómo revertirlo. Fue todo muy brusco, de hecho, después me salieron moretones en las piernas, las caderas y tenía los brazos con sus dedos marcados. ¡Era muy agresivo! Sus huesos chocaban con mis caderas, entonces ahí también me había quedado sensible. Incluso quedó marcada su mano en mi cuerpo. Si yo me levantaba la polera, se cachaba que había estado con él. No fue una buena experiencia, claramente, pero lo seguí viendo no sé por qué.

Le encantaba hablar de sexo. Un día estábamos en su casa y me preguntó de la forma más idiota del mundo: “¿Quién tiene el pico más grande, tu ex o yo?”. Y ahí le dije: “Tomás, ¡me estás molestando, la pregunta imbécil! Eso, de partida, no se pregunta y, dos, no tengo idea”. Y me responde: “Ah, claro, pero a ti te gustaría que te dijera que mi ex era más flaca que tú”. Ahí me paré, me vestí y me fui.

Para mi cumpleaños terminó todo. Fuimos a un restorán y se enojó porque no quería pololear con él. Fue desagradable y de la nada me dice que nos vamos. Lo primero que pensé fue: si me subo a su auto, cagué. Yo sabía que sí o sí me iba a violar o cualquier cosa.

Cuando íbamos hacia allá, tomé mi celular... De la nada me agarró por atrás, me dio vuelta bruscamente y me empezó a zamarrear y a tirar el pelo. Después de eso, me miraba, me plantaba

un beso, me volvía a sacudir y zamarrear y me decía: “¡Suelta el celular! No vas a llamar a nadie. Tú te vas a ir conmigo a mi casa hasta que me digas que sí vas a pololear conmigo”. Me llevó con la mano apretada al auto, me subió y le puso seguro de niños. Mientras se daba la vuelta, alcancé a tomar mi celular full tiritona y le mandé mi ubicación en tiempo real y un wasap a una amiga que decía: “Si no llego en quince minutos a tu casa, llama a los pacos”. Solo le puse eso, ella no tenía idea de nada más. Cuando estaba terminando de mandar el mensaje, Tomás agarró el teléfono, lo tiró hacia los asientos de atrás y golpeó el manubrio, muy enojado. Ahí le dije: “Porfa llévame donde la Dominga”. Me dijo: “No. Te vas a ir a mi casa”. Todo esto con gritos y manejando rápido, mientras me apretaba muy fuerte la pierna.

Cuando sentí que estaba doblando para su casa, dije: “Cagué”. Se estaciona y me dice: “Ya, bájate”. Yo le respondí que no me iba a bajar y me siguió insistiendo por mucho rato. No tengo idea de cuánto tiempo pasó, pudieron haber sido dos minutos o mucho más. Pero se me hizo eterno... finalmente le dije: “Llamé a los pacos”.

—¿Cómo llamaste a los pacos? ¿Qué crees que te voy a hacer? Se supone que me conoces...

—Bueno, pero ya lo hice. Así que o me llevan los pacos a la casa de la Dominga o me llevas tú.

Ahí como que retrocedió en su actitud y me llevó donde mi amiga. Cuando llegamos me volvió a decir: “Todavía tienes la posibilidad de decirme que sí”. Y yo le dije: “Tomás, no te quiero ver nunca más” y cerré la puerta. Me acuerdo de que estaba como tiritona... Le toqué el timbre a la Dominga y me tiré al suelo a llorar, así como guagua. Parecía un feto. Ella abrió la puerta y no entendía nada. Me llevó a la pieza y ahí me acuerdo de haber estado llorando mucho rato.

—¿Qué onda? ¿Qué te pasó?

Yo no podía hablar, solo lloraba. Y cuando no me quedaban más lágrimas, le dije:

—Es un hijo de puta —y después le conté todo lo que había pasado.

Al otro día él me fue a buscar a la casa de la Dominga. Me llevó una torta y lo increpé: “Fuiste demasiado agresivo, me zamarreaste, me gritaste” y me respondió: “Ya, pero nunca te pegué un combo”. Al final, me pidió un abrazo de despedida, cosa que yo no le quería dar. Me apretó la muñeca, me obligó a abrazarlo y me dijo: “Qué bueno que quedó todo bien entre nosotros”. Se subió al auto y se fue.

En la universidad hay como un fonodenuncia para este tipo de casos. Les escribí por WhatsApp y una galla me habló y me dijo que podíamos tener una reunión que nunca se concretó, porque ella me cambió mil veces la hora, y de ahí, cuando estábamos hablando por WhatsApp le conté más o menos lo que me había pasado. Ella me contestó: “No tienes pruebas de moretones, no tienes pruebas de violación en sí”. Me cansé del trámite, me pareció muy penca, se supone que escuchan a la gente que está afligida. Yo tenía a mis amigas, tenía mi red. Pero puede haber alguien que esté sola, angustiada, y que le corran las reuniones no ayuda mucho. Puede ser que mi caso no haya sido tan grave, pero igual me da rabia que el sistema sea así.

Emilia, 21 años, víctima,
egresó del colegio Puerto Varas.

Me ha tocado de todo, por ejemplo, pagar por tener relaciones sexuales dentro del matrimonio: “Lo hiciste superbien, aquí tienes quinientos mil pesos”; u otro caso en que él anotaba, tenía un registro de cómo habían sido las relaciones sexuales con su mujer, cuántas veces habían tenido, la periodicidad, etc.

También me llamó mucho la atención un caso de *swinger*. Él tenía contacto por internet con otras parejas y comenzó a presionar a su señora para que tuvieran la experiencia. Ella era de mucha vida espiritual, cero el estilo de lo que le estaban pidiendo. Llevaban diecisiete años juntos y ella finalmente accedió para salvar su matrimonio. Comenzaron a ir a encuentros. No le preguntamos detalles, porque no es el fin nuestro como juezas del Tribunal Eclesiástico, pero ella terminó enamorándose de uno de los tipos.

Me tocó una situación en la que a un papá se le echó a perder un computador y le pidió a su hijo mayor que lo revisara; él le encontró videos de relaciones homosexuales fuertísimas. Este chiquillo era el mayor y lo enfrentó y le dijo: “¡Cómo es posible todo eso!”. El papá lo amenazó: “¿Sabes qué más?, si tú abres la boca voy a decir que el homosexual eres tú y todo el mundo me va a creer, porque llevo veintiocho años casado y tú estás soltero, así que pobre de ti que abras la boca”. El hijo entró en una depresión, no le contó a su mamá, dejó la universidad y se fue a vivir a otro país... finalmente el matrimonio se acabó.

Recuerdo otro caso, era un chiquillo, también de clase alta, que cuando estaba con ella no se sacaba los anteojos de sol. Era drogadicto y su familia nunca le contó a ella. Se casaron y en la luna de miel la hizo ver películas pornográficas. Ella con mucho asco. Además, le metía botellas y otras cosas por la vagina. Volvieron, y ella, que trabajaba, contrató nana dos veces a la semana. En algún minuto la mujer revisó su cuenta corriente y no tenía un peso. Le cuenta a su marido y él la empuja, le pega y la reta. Le dice que es una tonta por haber contratado a esa nana, que obvio que ella le había sacado los cheques que faltaban.

Esta niña fue igual al banco, pidió los registros de los cheques y comprobó que el que había cobrado los documentos era su marido.

Se da de todo. Vi otro caso en que él, cuando terminaban de almorzar, se tomaba todos los conchitos de las copas, decía que le cargaba que se perdieran las cosas. Ella nunca sospechó que era alcohólico y desde que se casaron fue una tortura, él no la dejaba salir a ninguna parte, la celaba y también la golpeaba. Era tal el nivel de alcoholismo que no era capaz de trabajar y se fueron a vivir al campo.

Ella necesitaba trabajar para subsistir, pero él no la dejaba salir, ¡hasta le escondía los zapatos! Así que se iba descalza a la micro y llegaba a su oficina donde tenía un par de zapatos para ponerse.

Él igual, a veces, le dejaba algo de plata, pero ella no sabía que su marido marcaba los billetes. A veces sacaba de más, pero luego lo reponía con lo que ganaba. En algún momento él se dio cuenta de que ella había sacado un billete y había puesto otro, porque no estaba marcado, y casi la mató.

En estos veinte años que he trabajado en el Tribunal Eclesiástico, diría que el 15% de las peticiones de nulidad religiosa son de la clase alta y, en la mitad de ellas, hay violencia

sicológica y física.

El factor alcohol y drogas me impacta. Hice un doctorado donde mi tema era el trastorno por sustancias sicotrópicas en relación con el matrimonio y la nulidad. Comencé a dar charlas y me pasó que me di cuenta de que los jóvenes no tienen conciencia de que toman tanto. Tanto, que eso va a tener consecuencias en el matrimonio, porque, con el tiempo, comienza a producir celotipia, agresividad, anestesia moral, impotencia, etc., y muchos de esos chiquillos empiezan a agredir a la mujer, como que las culpan a ellas de la disfunción.

En muchos de los casos de nulidad vemos que ellos son narcisistas. El narcisismo siempre viene acompañado de agresividad; la persona considera que el otro es poca cosa, que no está a la altura, que sexualmente no cumple con las expectativas. En el fondo, el narciso necesita su matrimonio para dar una imagen de estabilidad, pero requiere, en muchos casos, de la infidelidad para alimentar su ego.

Además, como él se quiere solo a sí mismo y está sobre todo el mundo, hay un tema como de un desprecio constante por el otro. Hemos recibido amenazas de ellos en el Tribunal: querellas acusándonos de que lo hacemos pésimo, de que la causa está mal llevada, etc.

En el caso de esta patología, la causa se acepta por la incapacidad de asumir las obligaciones matrimoniales por parte de quienes tienen este trastorno de personalidad, pero ellos a toda costa quieren evitar esto. Entonces amenazan y dicen las cosas más increíbles como para que el Tribunal se paralice y la causal no salga. Creo que las parejas de ellos minimizan la violencia, porque para nosotros, como Tribunal, es impresionante verlo: son agresivos, descalificadores, no se hacen los informes sicológicos...

Paralelamente, para castigar a su mujer o exmujer ejercen el control de lo que quieren no dando el dinero necesario, o postergando su entrega, aun cuando haya necesidades económicas en la familia; entonces ellas dudan de seguir en juicio. Es muy difícil separarse de un narciso, porque son adorables en su imagen externa, pero en la intimidad del hogar son despectivos, exigentes, egoístas. Cuando se celebra un cumpleaños con invitados, dan regalos lujosos, son amenos, entretenidos. Y cuando no convidan a nadie al cumpleaños, ni siquiera se acuerdan de la señora. Existe una contradicción entre lo que aparentan ser y la forma en que se comportan en la relación de pareja.

Es una patología severa y no piden ayuda médica, porque ningún sicólogo ni siquiatra está a la altura de ellos. Es una enfermedad que se desarrolla en la adultez temprana y, claro, como la mayoría de las patologías, se gatilla en ciertas circunstancias. En este caso, por ejemplo, podría ser cuando tienen mucho éxito económico.

Ahora, así, a modo general, puedo decir que hoy en las causas veo menos violencia física y más sicológica que hace veinte años. Otro cambio es que tengo más causas de mujeres infieles y agresivas que antes.

Y en el pololeo hay mucha más violencia ahora. Tal vez uno de los factores que influyen en esto es el consumo de alcohol, que provoca conductas agresivas, y el joven le echa la culpa a los demás para acallar su conciencia. Todos se dejan llevar por este ambiente de carrete constante. En la universidad carretean en forma habitual y hay una hipersexualización de las relaciones que creo va de la mano con lo del alcohol... y uno de los problemas que puede acarrear el consumo excesivo de alcohol son situaciones de violencia intrafamiliar.

Blanca Lira, 58 años,
abogada y jueza del Tribunal Eclesiástico.

54

Vivíamos en una casa inmensa, con un jardín de cinco mil metros cuadrados, en un superbarrio, pero me asomaba a la terraza a mirar y pensaba: “Preferiría vivir en La Pincoya...”, y me ponía a llorar a mares. Nadie de mi familia me preguntaba, nada se hablaba. Yo con el tiempo –ya separada– les conté que me maltrataba y nadie me creyó. Pienso que era porque a mis hermanas también les hacían lo mismo.

Julia, 68 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

55

Aquí en el Servicio Médico Legal (SML) el objetivo del peritaje es solamente constatar las lesiones que el fiscal me está solicitando, nada más. Tampoco puedo aconsejar a las personas que van a la pericia, no puedo meterme en esos temas. Solo tengo que hacer un informe lo más claro e imparcial posible, para que el fiscal pueda determinar las lesiones atribuidas.

Por lo mismo, no genero ningún tipo de relación con la persona. Ni siquiera le hablo cuando la estoy examinando. Mi misión en ningún caso es contener. El no generar vínculos ayuda para que el examinado no piense que tienes una animadversión o una simpatía con él. Algunos llegan y me dicen: “Doctora, tengo un problema, mire, ojalá me pueda ayudar”, pero te miran con ojos de “hágame el favor de mentir en el informe”. En esos casos me tengo que poner bien firme y decir: “Mire, yo no estoy aquí para ayudar a nadie, para eso no me pagan”.

No busco la empatía con el usuario, porque no es mi paciente. Lo que hago es indagar la verdad y para eso tengo que estar muy atenta, porque, a veces, me tratan de pasar gato por liebre. Hay un tema ganancial todo el rato aquí. Hay que pensar que estás en una pelea, en una guerra. Ni siquiera en los mismos juicios saludo a los lesionados. Aunque los desvestí enteros en el SML, no puedo saludarlos, porque la persona demandada puede pensar que el perito es amigo de la contraparte, entonces, mi prueba quedaría invalidada. Tampoco puedo saludar a los fiscales, porque el abogado defensor puede decir: “Ah, estos se conocen, tienen una relación, por lo tanto voy a usar esto para invalidar el peritaje”. En un juicio lo único que tengo que hacer es recitar mi informe y responder las preguntas sobre este. Nada de sonrisitas ni señas para ninguna parte.

Si una persona quiere seguir con el juicio, sí o sí tiene que pasar por el SML, porque somos los doctores de la justicia. Los antecedentes de alguna clínica o Sapu que hayan consultado me sirven para el diagnóstico, pero si la persona quiere continuar con el trámite legal necesariamente

tiene que venir para acá. Mujeres de clase socioeconómica alta he visto pocas, y eso quiere decir que generalmente han desistido. Llegan a un acuerdo monetario con el agresor. No tenemos estadísticas de eso.

La justicia necesita mejorar mucho en Chile. Hay un tema de tiempos, yo a veces voy a juicios tres años después de haber examinado a un lesionado. Quizás qué presiones tienen... Se ven cosas tan terribles, los fiscales están atorados de pega, no dan abasto. Van con maletas a los juicios, y sacan y sacan carpetas y carpetas. Entonces una llega, se acerca y les dice

–Señor fiscal, yo soy perito del SML.

–Ah, es usted, ¿y de qué juicio?

–Del XX.

Y la carpeta está al fondo, ahí recién leen el informe, los abogados defensores ahí en el juicio leen de qué se trata... la justicia necesita mejorar mucho.

Patricia Negretti, 57 años,
médico lesionólogo del Servicio Médico Legal.

56

Me puse a pololear a los dieciséis; ahora tengo veinticinco y le puedo decir a las niñas que están partiendo la adolescencia que si se emparejan no se salten ninguna etapa, que no se encierren, que conozcan gente, que aprovechen la universidad.

Cuando eres chica, estás forjando tu identidad, no sabes quién eres, es normal tener confusiones, y ahí no cuesta nada que se acerque un gallo que te hace sentir protegida... el comienzo es idílico, pero luego puede transformarse en una pesadilla.

A mí me pasó. Que no te pase. Que no te digan groserías, que no te abusen sexualmente, que no anden curados, que no te griten lesbiana por no querer tener sexo... eso te va hundiendo.

Ahora miro para atrás y la Josefina de los dieciséis años era insegura, miedosa, niña. Sé que no tengo problemas sexuales, me han gustado hombres... es que me sané, y me sané hablándolo. Primero con la psicóloga que me dejó en claro que había sido víctima en lo psicológico, físico y sexual. También le conté a mi familia.

En ese tiempo justo me puse a ver la serie de Netflix *La casa de papel* y ahí me decía: “Soy igual que la detective. Estoy condenada. Ella se ve brígida por fuera, se hace la chora, todo el mundo cree que tiene la película superclara, pero en verdad se la hacen mierda”. Por eso la psicóloga me ayudó tanto.

Josefina, 25 años, víctima,
egresó del colegio Las Ursulinas.

57

A nosotros los peritos privados hasta nos amenazan. Estoy segura de que perdí un embarazo de seis meses durante una causa, porque soy persona, y cuando me amedrentan, me asusto. En este caso, la contraparte me amenazó diciéndome: “Cuidado cuando vayas caminando por la calle”.

Era un hombre con mucho dinero y poder, vivía en la zona oriente, pero buscaba mujeres que eran “menos” que él. Me tocó examinarlos a ambos (a él y a ella), porque era una acusación cruzada: los dos decían que eran víctimas de malos tratos. Cuando me tocó verla a ella, me llevó pruebas concretas de las parejas anteriores de él y donde mostraba el mismo comportamiento. Era una cosa serial, el mismo patrón. Y cuando me tocó entrevistarle a él, le di mi retroalimentación y se asustó mucho. Ahí empezaron a aparecer estas amenazas. Yo le dije que mi peritaje lo iba a presentar igual, pero como él tenía influencias en el mundo judicial, algo hizo que mi prueba nunca apareció en el sistema.

Este trabajo te pone paranoica, porque como es probatorio, uno siempre tiene que estar resguardada de todos los pasos que da y de lo que va a decir. Es un rubro peligroso, donde hay gente con patología de base, entonces, creo que es muy importante resguardar la vida personal. Trato de no hacer el trabajo administrativo en el mismo lugar, porque hay mucha gente que está detrás de eso. O, por ejemplo, cuando estoy en mi consulta atendiendo a personas, me aseguro de no estar sola. Tampoco tengo una agenda diaria o un horario definido. Trato también de resguardar mis redes sociales y dar cuñas a los medios de comunicación solo las veces necesarias. También decidí no ir a los matinales, porque se da mucho para el morbo. A pesar de todas las medidas que he tomado, hace cuatro, cinco años atrás, entraron a robar a mi casa y solamente sacaron mi computador, el que tenía mucha información.

La fiscalía no solo nos discrimina a nosotros, los peritos privados, sino también a las mismas víctimas, por el hecho de ser de clase socioeconómica alta. Hace mucho tiempo me tocó atender a una persona que terminó suicidándose, y la fiscal que le tocó en su caso nunca le creyó nada. Desde fiscalía me solicitaron que tomara la parte pericial del caso. Recuerdo que la fiscal me dijo: “¿Sabes qué?, yo no le creo, está entera operada, lo que quiere es plata, así es que no creo que sea víctima. Viene muy arreglada, no creo que esté deprimida”. Cuando me tocó conocer su historia, las pruebas arrojaron que tenía un alto índice de posibilidad de suicidarse, debido a un derrumbe psicológico. Cuando le entregué el informe a la fiscal, me dijo: “Oye, pero caíste redondita”, a lo que le respondí: “Yo creo que ella se puede suicidar, porque efectivamente está pasando por una crisis, es posible un derrumbe psicológico”.

Económicamente, él le había quitado todo poder monetario, estaba casi en la calle, en un estado deplorable. En términos físicos la había operado entera, pero de acuerdo a sus gustos, no a los de ella. Después de la separación ella quedó sin el colchón económico y también sin los tratamientos a los que estaba acostumbrada, por lo que su autoimagen y autoestima empezaron a derrumbarse. Además, le quitó a los hijos, lo cual también constituye una forma de violencia psicológica. Él la violaba de manera anal y vaginal, y era muy sádico. Finalmente, se terminó empastillando. Todavía recuerdo la llamada de la fiscal llorando arrepentida por no haberle creído.

Por lo mismo, estas mujeres son doblemente victimizadas. La misma sociedad las castiga por ser parte de clase socioeconómica alta. No tienen permiso de ser víctimas, porque tienen plata, porque son bonitas, porque tienen una vida acomodada, porque sus casas salen en las revistas, porque están operadas, porque se arreglan bien o porque tienen ropa de marca.

Es importante también que las juezas cambien esos prejuicios, porque la violencia intrafamiliar se da tanto en la clase baja y media como en la alta. Deberían estudiar lo que significa el fenómeno de la violencia, el cual es transversal. Aparte de ese rubro, nosotros, los profesionales, también tenemos que cuestionarnos las ideas preconcebidas que tenemos, porque esas mujeres tienen el mismo derecho que el resto de la población de atenderse en el servicio público.

Asimismo, las autoridades también debieran asesorar en los procesos legislativos con equipos técnicos y no políticos. Esto no es un problema de partidos ni colores, es algo que va mucho más allá. También debieran estar informados sobre los distintos *modus operandi* que se utilizan dependiendo del estrato socioeconómico, porque estos no son los mismos para todos.

Norma Molina, 39 años,
sicóloga, perito privada.

58

Me quedé escondida, tiritando, mientras él no paraba de buscarme. Sentía cómo abría y cerraba las puertas desesperadamente. Cuando lo sentí más tranquilo, entré a la casa, pero seguía escondida. Me metí al baño de una pieza, porque todavía no quería afrontarlo. Yo solo pensaba en que me quería morir, escuchaba cómo entraba y salía del dormitorio, cómo me buscaba frenéticamente. Cuando lo escuché un poco más tranquilo decidí salir y me acosté en la cama – tapándome la cara—. Me sentía devastada. No podía parar de llorar. Ese llanto que sale del alma, con gritos... “¿Qué estamos haciendo?”, exclamaba yo. Ahí hasta sentí ganas de herirme a mí misma. Fue una sensación muy rara. Quería autogenerarme daño, no sé... como ganas de cortarme, apretarme, tirarme el pelo...

Francisca, 22 años, víctima,
egresada del colegio Bradford.

59

Las mujeres de clase alta que vienen a pedir apoyo son las que han superado el umbral de la vergüenza, y como su nivel de desesperación es tan grande, asisten a consultar igual.

En un comienzo, en el Centro del Buen Trato solo atendíamos a menores que sufrían violencia, pero después comprendimos que donde hay un niño maltratado también hay una mujer maltratada. Con los años fue creciendo, porque empezaron a llegar mujeres de manera independiente a los hijos. Finalmente, los hombres nos preguntaron: “¿Y nosotros? También hay hombres maltratados”, por lo que hoy día ya abarcamos niños, mujeres, hombres y niñas.

violentadas por sus pololos. Por lo mismo, ya no estamos solo en una casa, sino que en dos: Colón 8623 y Colón 8669, Las Condes.

Siento que hemos aportado a la comuna. El tema de la violencia estaba muy oculto y muchas personas estaban pasándolo mal. Ahora por lo menos tienen la posibilidad de acercarse y solicitar ayuda. El servicio que otorgamos es gratuito, pero exclusivo para gente de Las Condes. Atendemos a todo tipo de público, no distinguimos por alto, medio o bajo, pero sí hemos tenido casos de mujeres de clase media alta.

Nuestro centro está compuesto por un equipo integral (siquiatra, sicólogo, asistente social, entre otros) y buscamos dar la mejor atención al paciente.

Miriam Guzmán, 65 años, asistente social,
jefa del departamento de Desarrollo Social
de la Municipalidad de Las Condes.

60

Con el tiempo nos fuimos enterando de más cosas. Algo que me llamó mucho la atención fue que un día, cuando estábamos con un grupo reducido de amigas, la Coté nos contó sobre sus terrores nocturnos. Cuando estaba casada con Antonio, de repente despertaba y se ponía a gatear como sonámbula. Lo más extraño es que se metía abajo de la cama. Amanecía con las rodillas todas peladas, pero ella decía que eran enanos o duendes. Yo creo que eran puros terrores, sustos y maltratos. Este gallo llegaba tarde a la casa, medio tomado y quizá qué estupideces le diría, de qué forma la trataría. Y esto fue por años. Creo que ella sufría entre el mal de Estocolmo y el sentirse de segunda clase. Hasta aceptaba que le tiraran las camisas planchadas por la cabeza, porque “estaba enamorada”.

El peor momento de la Coté fue cuando recién se separó. Ahí me la llevé a Rapel a veranear con mis niños. Separarse le tomó y demandó tanta energía, que poco menos tuve que alimentarla a la vena, porque pesaba como cuarenta kilos y ella es una mujer bastante alta, debe medir como 1.70. Estaba flaca, demacrada, triste, opaca. Antonio la había aplacado en todos los aspectos de su vida. Por ejemplo, si se desabrochaba un botoncito: “No. Abróchate”. O también le reclamaba: “No puedes ponerte sostén negro, porque es de puta”. La María José podía usar solo blusas. Jamás poleras. Y si eran poleras, eran con cuellito, así tipo polo. O sea, ¿de qué estamos hablando? ¿Cómo dejas que alguien te domine a ese nivel como para no ponerte un sostén negro o la blusa que quieres?

Estoy convencida de que las redes de apoyo son muy importantes para las víctimas. Y creo que a ella le faltó contención familiar, en gran parte de sus padres, y durante toda su vida. Se crió muy sola. Sin embargo, lo que podría recomendar como amiga en cuanto a la contención es que uno nunca debe tener vergüenza ni susto de buscar ayuda. Siempre va a haber alguien que sea generoso en ese sentido. A uno le dan miedo un montón de cosas a la hora de hablar, como el “qué dirán” en la clase social alta, porque esto también conlleva una pérdida. Una está cómoda, ya que en general la parte económica la sustenta más el hombre que la mujer. Pero nada de eso

puede frenarte. Hay que perder el susto a contar, porque el miedo de una es la mayor protección del agresor.

Teresita, 55 años, amiga de
María José, 57 años, víctima.

61

Para mí trabajar en esto, como abogada de familia, significa una presión muy grande, porque tengo que mantenerme con “cara de póker” y dándoles el aliento necesario a las clientas. Es un peso psicológico importante. En un minuto me llené de canas. Debiera existir una instancia para los profesionales de sacarse toda esa carga, porque finalmente somos vertederos emocionales y aquí me ha tocado ver lo peor del ser humano.

La pensión de alimentos es uno de los temas recurrentes, el cual se presta para ser un foco de conflicto, porque muchas veces el agresor sigue ejerciendo violencia a través de esta vía. Minimizan la pensión, pero no porque no se la quieran dar a sus hijos, sino porque se niegan a que la mujer disponga de esos recursos. También ocurre que el hombre trata de bajar los costos. Finalmente, muchas mujeres terminan aceptando el acuerdo, porque no quieren seguir sometidas a esa presión. “¿Cuántas audiencias más quedan?”, me preguntan.

Por parte de los mismos tribunales, las víctimas tampoco reciben mucho aliento para continuar el proceso. Me ha tocado oír que les dicen: “Ah, pero, señora, ¿está segura de continuar el proceso?”. “Sí, estoy completamente segura”, responde ella. “Sí, porque usted sabe que si no se llegan a determinar hechos constitutivos de violencia usted puede ser condenada en costas”, les advierten.

O esto, por ejemplo: “¿Usted está segura de lo que va a hacer, porque tiene claro que si él llega a ser condenado se va a ir a la cárcel y posteriormente no podrá seguir proveyendo para el hogar, porque perderá su fuente laboral?”. Entonces comienzan a asustarlas antes del juicio. Creo que lo hacen porque existe tanta carga laboral, que es una forma de sacarse pega.

Sobre las pruebas probatorias, los peritos, en general, también dejan mucho que desear. La objetividad es escasa o, mejor dicho, nula, salvo en algunas excepciones. Los que te tocan de la parte contraria son sumamente cargados por el abogado al que representan, por ende, poco creíbles; se ponen la camiseta y no defienden sus propias conclusiones, lo que perjudica al veredicto final.

En algunos casos he derivado clientas de clase alta al Sernam para que el juez no las discrimine por contar con abogado particular. El juez no te mira con muy buena cara, porque como eres pagado, cree que le estás poniendo “más color”. Es lo mismo que el peritaje: como es particular, parten con la premisa de que está comprado, por lo mismo tenemos que tratar de ser lo más objetivos que se pueda.

No me siento cómoda defendiendo a personas a las que no les creo, porque no trazo con el dicho de “el fin justifica los medios” y tampoco con que me pongan condiciones. Al final terminas siendo un instrumento para conseguir un objetivo. Siento que todavía tengo ese “halo

de justicia” que muchos de mis colegas perdieron, porque se han ido corrompiendo en sus años de trayectoria. Personalmente, no me han tratado de “comprar”, pero sí he visto cómo a compañeros sí los han coimeado. Estas prácticas me han decepcionado bastante y, por lo mismo, a veces, pienso en “bajar el telón” y dedicarme a otra área. Lo mismo con los jueces. No me atrevería a decir que algunos están “comprados”, pero sí que tienen cierta inclinación en algunos casos, y eso se nota. A mí me han hecho pebre pruebas por tonteras.

También me ha tocado ayudar a mujeres que realmente están muy complicadas, donde el ex, por ejemplo, contrata estudios jurídicos muy rimbombantes y donde los abogados son pedantes, pero al final es pura pantalla.

Lorena Liberona, 39 años,
abogada de familia.

62

Insistía en que me sacara fotos desnuda. Sentía que si no lo hacía, se iba a aburrir, entonces me las tomaba. Él las guardó en su teléfono. Una vez me emputecí y lo reté, y él empezó a amenazarme con que las iba a subir a las redes sociales. Al final no lo hizo, pero era parte de su manipulación habitual para que yo tuviera miedo.

Olivia, 18 años, víctima,
egresó del Colegio Puerto Varas.

63

Es fuerte ver a lo que están dispuestas a hacer las mujeres de clase socioeconómica alta por desesperación, especialmente por el tema económico. He visto que algunas son capaces de aguantar el *ménage à trois*, que en español quiere decir que te acuestas con tu marido y con otra mujer más.

En este estrato de la sociedad lo físico es primordial, y tienes que cumplir un cierto estándar para estar dentro de lo aceptado... Me da pena, y al mismo tiempo pienso que con el feminismo —a pesar de que yo estoy de acuerdo con las demandas— no ha cambiado nada, absolutamente nada. También acceden a tener sexo cuándo, dónde y cómo ellos quieran, con tal de no perder su condición social. Una vez tuve una cliente que me impactó con lo que me dijo: “A ti se te olvida todo cuando vas al mall”. O “cuando vas con tu tarjeta de crédito y te compras una Louis Vuitton, se te olvidó que él te violó”.

Vesna Vukic, 38 años,
abogada de familia.

Muchas veces recibí amenazas por parte de los prestamistas. Me decían que me iban a botar el portón o que me iban a disparar. Una vez lo hicieron, con balas. De hecho, guardé una que encontré. Me estacioné en mi casa, esperaron a que me bajara y le pegaron tres tiros al auto. Era un aviso.

Otras veces me fueron a amenazar a la casa, me amarraron del cuello y me advirtieron: “Si no me devuelves la plata, tus hijos no van a comer”. O me amedrentaban por teléfono: “Vamos a raptar a tus niños”. Todo esto por culpa de las deudas de Andrés, porque yo, para tapar hoyos, le empecé a dar mis cheques –más encima, pelotuda, no me atrevía a preguntar por cuánto los llenaba– hasta que terminé con las deudas hasta el cuello.

Y, bueno, hasta que un día me detuvieron. Yo estaba en buzo, no me había duchado, porque había ido dejar a los niños al colegio, así que les dije: “Déjenme ducharme”. Me bañé, me hice un moño y no sabía lo que venía. Ni siquiera se me ocurrió agarrar una escobilla de dientes, papel confort, nada, ni siquiera una luca. Porque una no sabe a lo que va: dormí en la cárcel esa noche.

Primero me llevaron a la prefectura que quedaba, no sé, por Vicuña Mackenna; ni sé dónde me llevaron. Me tomaron las huellas digitales y fotos, igual que en las películas. En la prefectura todavía no me decían por qué estaba detenida. Una no puede creer que no te den explicaciones, pero no te dicen nada. Finalmente, me llevaron a la Cárcel de Mujeres de Santiago.

Al entrar, había una gendarme revisando a las que íbamos a ingresar. Adelante mío a una mujer la examinó entera: genitales, la plantilla de los zapatos, todo. Llegué yo y me hizo sacarme los zapatos, pero no me los revisó. Fueron supercuidadosas. Si bien es fuerte, para mí fue una super buena experiencia, porque conocí una realidad distinta. Las mujeres adentro fueron ¡enfermas de generosas y cariñosas! Fue una experiencia que me nutrió.

La Cárcel de Mujeres es de una pobreza espantosa. Cada una tiene su taza, su plato. O sea, no es como las películas que uno ve de Estados Unidos, en que todas las prisioneras tienen su bandeja, no. Esa cuestión no existe, al menos el año que yo estuve ahí. Cada una tiene sus cosas: sus sábanas, sus toallas, etc.

A mí por suerte me prestaron de todo. Dormí con las mujeres con las que había conversado durante el día. Le pidieron permiso a la gendarme para que pudiera dormir con ellas y accedió sin problema. Tuve que acostarme en unas sábanas que estaban llenas de motas, cosas a las que una no está acostumbrada. Y comimos una sopa de estas masitas... ¡pantrucas!

Durante la noche llegó una amiga con mi hermano a dejarme una mochila con ropa. El polerón que me puse para dormir lo tengo guardado hasta el día de hoy. Está todo roto, lleno de hoyos. Mis amigas me dicen: “Bota esa cuestión”, y yo les digo que no, que es importante recordar las cosas que una ha vivido.

Al día siguiente me llevaron al tribunal. Me subieron a un carro, estos de los presos, encadenada de pies y manos, con un chaleco amarillo que decía “Imputado”. No puedo explicar lo desagradable que fue, con todos encadenados, amarrados. Llegamos al tribunal y me comunicaron que me habían detenido por rebeldía. Ni siquiera por desacato, por rebeldía. Porque

me habían citado, pero a mí nunca me llegó nada. Yo vivía en La Dehesa y la notificación llegó como a Román Díaz.

Cuando salí de la cárcel les llevé una torta a las mujeres que me habían acogido. Aproveché de preguntar por mi mochila y la gendarme llegó con ella de vuelta, intacta. Hasta con la plata que me habían mandado, y me dijo: “Esto es superpoco común”. Creo que uno tiene que agradecer. Porque desde lo poco que ellas tenían, me dieron mucho. Ojalá les haya llegado la torta.

Sara, 56 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

65

Me tocó trabajar con alrededor de cuatrocientas parejas mientras fui coordinadora del programa Retrouvaille. Y, de esas, en unas ochenta hubo agresión física del hombre hacia la mujer.

Nosotros sabemos de la agresión física, porque ambos deben completar una ficha. Y de esos ochenta casos que nombré recién, unos veinte han golpeado. El golpe se da por arranques de rabia o por un tema de trastorno de la personalidad. Por ejemplo, los narcisos nunca resultan. Estos son de una soberbia tremenda. Se creen dueños y gerentes de todo, dioses y dueños de la señora, de la verdad, de los hijos y de la empresa; un poco más y te gerentean a ti.

En el caso de los golpeadores por rabia, sí hay casos en que estos logran seguir el matrimonio y se perdonan. Lo hacen por amor, por conveniencia o por el qué dirán, lo que me parece tóxico.

Cuando deben rellenar las fichas, ningún hombre marca violencia física, lo sabemos por el documento que relleno la mujer. Ella se atreve, viene con todo. Tampoco reconocen la violencia psicológica; a lo más dicen que hay problemas de comunicación.

En el programa, a los golpeadores yo los noto muy nerviosos, siempre distantes; cuando están en las charlas veo que no son capaces de concentrarse por el nerviosismo. Hasta en las manos se les nota: les tiritan, como que quieren esconder algo y no saben cómo. Piensan que todo el mundo los está observando y apuntando con el dedo. Tampoco miran a la señora.

Creo que nunca un hombre me reconoció haber golpeado, lo niegan hasta el último. Son los casos más difíciles. Y el porcentaje que falla es el que está ahí. La mayoría se separa y les encuentro toda la razón.

De esas cuatrocientas parejas, el 87% recupera su matrimonio. Es una taza muy buena, pero a nivel nuestro, lo que más cuesta es que lleguen a tratarse, porque todo se esconde debajo de la alfombra. Por ejemplo, yo tengo muchas amigas que no van, que no se atreven, porque uno se ve con más gente, y no les gusta que el resto sepa que tienen problemas. Personas con mucha plata, normalmente esconden mucho los problemas y llevan una vida de separados, pero en la misma casa, por el qué dirán.

Falta mucha humildad, y es el hombre quien generalmente encuentra que no tiene problemas. Ellos consideran que están regio y hacen su vida. O sea, tienen otra mujer, la señora sabe esto y aguanta, porque normalmente tienen muchos hijos. Soportan por sus niños. Tú las ves cómo se van demacrando, con una cara de amargura y de infelicidad que llega a dar pena, y flacas, cada

día peores, casi anoréxicas. Socialmente son muy top, pero el hombre no las integra a la conversación, así la mujer pasa a ser un bulto, un ente; como que no la ve, esa es la impresión que me da. Y el hombre tampoco la deja, también por el qué dirán.

Otra cosa que llama la atención es cómo han aumentado los matrimonios jóvenes que asisten al programa. Si al principio de esta década iban dos de cuarenta matrimonios un fin de semana, ahora la cifra se elevó a diez de cuarenta.

Con mi marido, además, hacemos charlas prematrimoniales y nos damos cuenta de que los jóvenes no han conversado nada, no dialogan, todo es sexo. No han intercambiado palabra de cómo van a mantener la casa, distribuir las platas, qué pasa si no pueden tener hijos o si se muere uno. Hay que ponerse en todos los casos y ellos, al no comunicarse, no tienen claro sus proyectos. Las peleas de ahora son “estoy chata de que este pasa puro fumando pito”, “y tú te pasas subiendo fotos de nosotros a Instagram, nada puede ser privado”. Es una situación bien *light*, no me extraña que aumenten las parejas en Retrouvaille.

En el sector alto, la mujer no está empoderada, eso ocurre más en los sectores emergentes, más medios. Por eso, en los colegios tienen que enseñar el respeto y que el matrimonio no es para aguantar. El matrimonio es para ser feliz. Eso es lo que yo transmito como persona, y también en Retrouvaille. Sufrir enferma.

Pilar Haeussler, 60 años,
coordinadora del programa Retrouvaille entre 2010-14.
Sigue colaborando en él.

66

Todos queremos tener más recursos humanos para trabajar en distintos temas. Recibimos trece mil denuncias de violencia al año y disponemos de trece jueces para todas ellas. Necesitamos, particularmente, mayor recurso de jueces y de consejeros. Nos permitiría, por ejemplo, poder trabajar los casos con mayor profundidad. En una mañana, como jueza de familia, tengo que atender en forma inmediata quince audiencias, y claramente no me puedo extender una hora con cada una: serían quince horas. Tengo que tratar de ir lo más rápido que pueda, pero en ese tiempo ser lo más eficiente posible. Entonces uno termina acá a las cuatro o las cinco de la tarde con gente esperando.

En estos nueve años de funcionamiento del Centro de Medidas Cautelares, he tenido cuatro víctimas de femicidio. Y a las cuatro se les había hecho su proceso y tenían medidas cautelares vigentes. O sea, en el fondo, como tribunal, no podíamos hacer nada más para protegerlas. Entonces, claro, se puede contabilizar cuántas usuarias murieron habiendo recibido una atención nuestra, pero nunca vamos a poder contabilizar cuántos femicidios se previnieron con la labor que hemos realizado.

Como Estado, tenemos que hacer una definición de cómo vamos a abordar la violencia, y me parece que en ese aspecto es donde queda mucho trabajo por delante, porque tenemos muchos

proyectos que están en forma independiente, como con cuerdas separadas, que no han sido trabajados en conjunto.

Jessica Arenas, 45 años,
jueza del Segundo Juzgado de Familia de Santiago
y preferente en el Centro de Medidas Cautelares.

67

Llegué a la casa de la señora Soledad cuando tenía veintidós años y duré ocho meses ahí. Tenía un año de experiencia trabajando en casas particulares, quería juntar plata para poder estudiar algo, tener un cartón, poder salir de mi casa y también ayudar a mis viejos.

La familia de don Carlos y de la señora Soledad pertenecía a un sector que, se puede decir, en ese tiempo dirigía el país. Ella era buenamoza y él era un medio mino, una se quedaba ¡plop! ¡Qué alto! Tenía buen físico y los ojos verdes. Era un príncipe, cualquier mujer se habría enamorado de él. Ella de tez muy blanca y descendiente de franceses, era muy linda. Tenía una forma especial de llegar a uno, no era altanera ni prepotente, era grato trabajar con ella.

En esta casa yo vi la violencia full. Ella era tranquila, supermamá. Adoraba a sus dos hijos, no los dejaba de lado, pero ambos trabajaban todo el día, así es que yo me tenía que hacer cargo.

La casa funcionaba desde temprano. Me despertaba a las seis y media de la mañana para preparar el desayuno de mis jefes y el de los niños. En la tarde, cuando ellos llegaban del jardín, yo bajaba a buscarlos a la liebre, dormían siesta y después jugábamos. Era una rutina de todos los días y siempre salía bien. Pero llegaba el fin de semana y quedaba la escoba, porque don Carlos era muy machista con su esposa.

En esa época, las trabajadoras teníamos solo libre los domingos. Era un calvario, porque una estaba toda la semana encerrada con ellos. Pero ese día, luego de haber servido el almuerzo, salí con unas amigas que también trabajaban en el edificio. Lo pasábamos súper, teníamos buenos panoramas. La cosa es que, cuando llegué en la noche ese día, quise entrar a mi dormitorio, giré la manilla de la puerta y estaba con llave cerrada por dentro; hasta que alguien abre: era mi jefa.

Fue bien fuerte para mí verla encerrada en mi pieza con los niños. Estaba con los ojos como papa, rojos por el llanto, con un piyama de dos piezas y solo con la luz del velador alumbrando, mientras los niños jugaban con unos lápices sentados en la cama. Ella estaba tiritando y no podía explicarme qué había pasado, pero sentí que al verme ella pensó: “Llegó la salvación. No me va a hacer nada”. Lo primero que pregunté fue qué le había pasado, si uno de los niños se había caído, si se le había muerto un familiar. Eso es lo que uno piensa en minutos así. Ella me trató de explicar lo que había ocurrido, que la discusión con su marido había sido muy fuerte, con muchos gritos. La había hecho sentir muy disminuida, como un trapo, y se había encerrado en la pieza por temor de que la fuera a golpear. Yo estaba impactada. Pensaba que esto le podía pasar a una familia pobre, de bajos recursos, no una familia que tuviera dinero.

Lo primero que le dije fue: “Vamos a Carabineros” y ella me respondió: “No, no vamos a ir”. Todo esto había pasado sin una gota de alcohol, porque él no tomaba. De hecho, yo nunca lo vi

ebrio, ni con drogas, nada.

Mientras nosotras estábamos en la pieza, él estaba en su dormitorio y fue ahí cuando le dije: “Mire, lo que podemos hacer es que yo duermo con la niña, que es más chica, y usted duerme con el niño en el dormitorio de ellos. Enciérrese, ponga llave y si escucho algún golpe, algún ruido, yo me levanto altiro”.

Así lo hicimos. Pero no dormí, solo dormité y no fue para nada relajado. La noche se me hizo eterna pensando en qué era lo que venía ahora, qué tenía que hacer. A la mañana siguiente sentí mucho alivio cuando se fueron todos. Me quedé sola y aproveché de llamar a mi casa para contarle todo a mi papá.

Pasaron varios meses y seguían las peleas. La más fuerte también fue un domingo. Yo estaba en la cocina, como de costumbre preparando el almuerzo, y sentí gritos: “¡Raquel, ayuda, Raquel, ayuda!”; los niños gritaban y lloraban. Estaban en el baño, todo se hacía ahí a puerta cerrada. Él era celópata. No le gustaba cómo ella se vestía, que usara la falda demasiado corta o muy larga... Cuando escuché los gritos se me paró la pluma y dije: “¡Esto no puede ser!”. Tomé el escobillón y fui al baño. Estaba cerrado y empecé a golpear la puerta con el puño, mientras se escuchaban los gritos de la señora Soledad. Ella se suelta, alcanza a abrir la puerta y él estaba ahí... golpeándola; ella estaba envuelta en la toalla con la sangre corriendo por su nariz y yo, ¡pah!, le di un escobillazo en la espalda a don Carlos. Inmediatamente pensé: “¡¿Qué hice?! Se me vienen los Carabineros encima”. En eso los niños entraron al baño y le decían: “¡Mamá, qué te pasó! ¡Mamá, mamá!”, pero así... ¡desgarrador el llanto!, por eso digo que para mí fue cruel, muy cruel... fue dramático.

“¡¿Qué se me viene ahora?! Este hombre me va a mandar presa”, pensaba. Pero a la vez bien hidalga: tenía que salvarla. Entonces, don Carlos salió del baño sin decir nada, ella se abrazó a mí y él arrancó. Cabeza gacha, se dio la vuelta y salió de la casa sin decirme nada. La señora Soledad se estaba refugiando en una niñita de veintidós años. Teníamos más de quince años de diferencia.

Pasó esa Navidad y nos pilló Año Nuevo, que yo siempre lo pasaba con mis papás. Estuviera donde estuviera, le gustara o no le gustara a mi jefe. Así que me fui a Los Ángeles, pero con ese presentimiento de “algo va a pasar”. Soy un poco bruja. Y, bueno, quedó la embarrada.

La mañana del primero de enero, don Carlos fue a dejar a los niños a la casa de sus papás y a mi jefa le dijo que se quedara en el departamento. Volvió, la pescó en la entrada y le sacó la mugre. Le rompió el tabique... Don Carlos se había enterado que la señora tenía un amante, pero los celos de él empezaron antes de que ella anduviera con este hombre. Lo sé, porque ella me contó todo. Yo creo que a ella le pasó lo que le pasó por inocente, y no es que lo justifique, pero lo que ella buscaba era cariño, estabilidad, un hogar. Algo que no encontraba en su marido.

Le sacó la cresta. Lo sé porque cuando después me lo contó y vi cómo quedó su cara. Le pegó puñetes, patadas, combos, por todas partes: en la cara, el cuerpo, las pechugas, los ojos, la nariz. Estaba toda moreteada... “Era un monstruo, Raquel, era un monstruo”, me decía ella.

La siguió golpeando hasta que ella logró arrancar. Corrió por la escala desde el quinto piso hasta donde estaban los guardias. Dejó todas las escaleras manchadas. Llegó abajo a los gritos; cuando la vieron, la protegieron y llamaron a Carabineros.

Al día siguiente la fue a buscar la hermana para llevársela a la casa de sus papás al sur, pero él no le entregó a los niños, porque ella había cometido adulterio. Entonces, ¿con quién se quedan

los menores?, con el papá. El hecho es que este hombre no me llamó y yo llegué a trabajar al otro día. Me imaginé lo peor, porque estaba todo en el suelo. No pude hablar con ella, entonces yo escuché la versión de él: “¡No, es que esta mujer me engañó! ¡Era una sinvergüenza! Quizá desde cuándo lo estaba haciendo”, pero la primera pregunta que yo le hice fue:

–¿Dónde está la señora Soledad?

–Con sus papás en el sur.

–Pero ¿cómo está?

–No se preocupe, esa desgraciada está bien –seguía hablando con rabia. Ahí le pregunté:

–Pero... ¿y qué voy a hacer yo?

–Usted se va quedar acá, como siempre.

–¿Cómo? No puede ser como siempre. La señora no está.

–Sí, pero los niños necesitan que usted esté, porque mi mamá no se puede hacer cargo. Usted sabe que ella es mayor. Esta es su casa, usted se queda acá, yo le sigo pagando el sueldo y seguimos tal cual.

Estaba superasustada. Mi papá me decía: “Tienes que venirte ahora. Vente al tiro, deja el trabajo”. Pero yo le dije que no, porque tenía niños a cargo. Me quedé con ellos, estaban acostumbrados conmigo y aparte no podían ver a su mamá.

Pasaron quince días y ella llamó. Apenas podía hablar, como tenía desviado el tabique... me decía: “Me sacó la mugre, Raquel. No sabe la falta que me hizo. Pensaba que me iba a morir. No me defendió nadie, ningún vecino, a pesar de mis lamentos. Yo gritaba y nadie me salió a defender. Nadie”.

Durante los últimos días que estuve con los niños, el más grande preguntó mucho por su mamá, pero lo llené de excusas tontas, no le podía decir nada...

Estuve muy mal, asustada, no dormía, estaba histérica, porque pensaba que en cualquier minuto este hombre se abalanzaba sobre mí.

Ella finalmente se pudo llevar los niños al sur. Mi pega había terminado y me fui a mi casa.

Siempre le dije a ella que la iba a ir a ver. Así que luego de unos días fui a visitarla. Y cuando la vi... ¡uf!, tenía la cara hinchadísima. La habían operado. Tenía el tabique desviado, los pómulos rotos y unas ojeras moreteadas muy grandes. Me dio susto verla. Nos dimos un abrazo cariñoso, porque yo ¡nunca! la juzgué. Ella siempre estuvo sola. ¡Nos dimos un abrazo tan cariñoso! Fue como fraterno, como cuando yo abrazo a mi hermana, así, bien apretado. Le dije que sentía mucho por lo que había pasado, pero que ya estaba libre y que mirara hacía adelante y nunca para atrás.

Lloré durante todo el abrazo. Me dio mucha pena verla así... mucha angustia y con sentimientos encontrados por no haber podido estar ahí. Se veía como disminuida, temerosa, asustada todavía, pero refugiada en la casa de sus papás y con sus niños al lado.

Cuando ellos me vieron, ¡uf!, salieron arrebatados, se abrazaban a mis piernas y yo me tiré al suelo, porque siempre soy media loca. La mamá de la señora Soledad se reía y me daba las gracias por todo lo que había hecho: había defendido a su hija y había cuidado de sus nietos.

Por mucho tiempo con la señora Soledad nos comunicamos por teléfono, pero después, poco a poco, nos fuimos distanciando. Ahora sus niños están grandes, pero yo nunca más los volví a ver.

En parte, sí me siento un poco víctima de todo lo que pasó. Para mí ahora todos los hombres son iguales. ¡Quedé espantada!

68

“¿Cómo lo podemos hacer para esconder mis ingresos?”, esa frase la he escuchado muchas veces por teléfono, cuando los hombres me llaman para pedir asesoría. “Estás hablando con el abogado equivocado”, les respondo.

Muchos hombres tratan de esconder su patrimonio antes de llegar a juicio. Como abogada de familia lo he visto. Lo hacen para poder maquillar las pensiones alimenticias y así darle menos plata a la mamá de sus hijos. Lamentablemente, tienen un concepto muy desgraciado en relación con este tema, porque creen que las mujeres se gastan la plata, no confían en su administración. Es todo un desafío explicarles que esa persona es la mujer con la que se casaron y tuvieron hijos, por lo que tienen que confiar en su forma de administrar los recursos, porque una vez que el tribunal dicta la sentencia, va a establecer un monto que tiene que estar depositado en la cuenta de ella.

A mi oficina han llegado hombres que, a veces, cuando estamos en una conversación se ponen a gritar porque algo no les parece y yo los tengo que frenar. “Estás siendo violento”, les digo. En esas ocasiones es cuando me demuestran su impulsividad, y tengo que levantar la voz para que entiendan que no es correcta la manera en que están actuando.

También clientes que me buscan para el tema de las firmas de sociedades falsas, materia en la cual yo derechamente no participo. Lo único que una tiene relativamente en esta vida es su imagen y honra, por lo que trato de resguardarme cuando sé que me puedo ver afectada. Además, la que sigue tramitando soy yo, los jueces me van a seguir viendo la cara a mí, no a él. Pero sí hay muchos abogados que no tienen trabajo, no tienen juicios, y que, por lo mismo, están dispuestos a hacer lo que sea necesario con tal de ganar plata.

Ahora, respecto de las mujeres de clase económica alta, en mi experiencia puedo afirmar que he visto muy pocas que se atreven a denunciar, a pesar de que me cuentan que han sido víctimas de abusos en el matrimonio. Ellas vienen a mi oficina, les hago la entrevista, buscan asesorías, pero hasta ahí llegan. No dan el paso, porque en el transcurso del proceso se dan cuenta de lo que significa interponer una denuncia: un procedimiento que las va a exponer con esa intimidación a la que nunca han querido enfrentarse. Además, por el hecho de que los hijos se van a enterar y que, por añadidura, van a quedar en una mala situación económica.

Hay de todo. También he tenido mujeres a las que, por ejemplo, los maridos les ofrecen comprarles un departamento a su nombre, de dos dormitorios, y ellas se niegan porque “¿dónde voy a recibir a mis visitas?, ¿cómo la nana no va a tener su pieza?”. Es que el estilo de vida es muy caro. Cuando hay hijos adolescentes o que van a la universidad, muchas veces ellos mismos les dicen a su papá: “Pero, oye, es mi mamá, cómo la vas a dejar así”. Y muchas veces ellos acceden para evitar demandas y exposición pública.

El gran error de las mujeres es no trabajar y depender del marido, porque las condiciona excesivamente. La mujer que no trabaja pierde autonomía, deja de ser interesante, se transforma en un mueble más de la casa. Sus preocupaciones son la administración del personal del hogar, la clase de spinning, el almuerzo en el club –porque esto es un aspecto muy relevante para la clase alta, el pertenecer a estos–, de cosas supertriviales para el otro que está trabajando y lidiando con situaciones que tienen más peso.

Al final del día, cuando se junta esta pareja, no tienen de qué hablar, por lo que ella deja de ser interesante. Esto pasa en todas las clases sociales, pero sobre todo en la alta, y reitero, es un tremendo error, porque la mujer pierde el sentido de la realidad, no valora lo que cuestan las cosas. Tengo clientas a las que cuando vienen para acá les pregunto: “¿Cuánto gastas en alimentar a tus hijos?” y no tienen idea, porque van al supermercado, pasan la tarjeta y se acabó. Ni siquiera ven la cuenta.

María Pía Correa, 34 años,
abogada de familia.

69

Desde el punto de vista del acceso a la justicia, como exfiscal y jueza me parece que falta algo importante que es la representación judicial, porque la ley establece que no se requieren abogados en estos casos, justamente, para que sea más fácil el acceso. Pero eso finalmente puede producir como un contrasentido, porque yo puedo llegar fácilmente al tribunal, pero si no sé cómo manejarme jurídicamente caigo en desventaja. Entonces, nos hemos visto obligados a establecer convenios para que algunas víctimas tengan representación judicial, pero tampoco dan abasto las clínicas jurídicas.

Por otra parte, creo que falta fortalecer algunas medidas cautelares. Por ejemplo, ¿qué pasa con esa víctima que tuvo que salir arrancando por hechos de violencia y que después pide volver a su domicilio? La ley no contempla esa medida cautelar de regreso al domicilio y podría haber jueces que digan: “No, la ley no lo contempla, por lo tanto, yo no puedo permitirle el regreso al domicilio”.

Otro tema que considero importante es el de los niños. Las víctimas que salen por actos de violencia intrafamiliar y escapan de su agresor muchas veces dejan a los niños en la casa, porque no logran salir con todo al mismo tiempo y luego vienen a solicitar la entrega inmediata de ellos. Pero ¿qué pasa?, hay un vacío ahí, porque la ley establece que cuando los padres se separan, el niño se quedará con quien estaba viviendo al momento de la separación. Entonces se presume que, como ella se fue, hubo una separación y ¿con quién estaba viviendo el niño? Con el padre. Pero no se contempla que en el fondo ese artículo lo que está buscando es establecer o mantener un *statu quo* ordenado hasta que se generen acciones.

Me parece que la medida de los doscientos metros de alejamiento es positiva. Obviamente, es difícil de controlar, porque no hay carabineros suficientes para poder vigilar todas las medidas cautelares. Pero, de todas maneras, estas sí establecen un factor protector para las víctimas. El

factor más decidor de que quizás las medidas cautelares no estén al cien por ciento y que no cubran todos los casos es la falta de recursos, porque ¿quién hace seguimiento? Las policías tienen muchas tareas, ¿en qué minuto pueden hacer todas las rondas periódicas, controlar las medidas cautelares y las prohibiciones de acercamiento? Es muy complejo.

Respecto de si alguna víctima se ha sentido discriminada en tribunales, desde el punto de vista del Centro de Medidas Cautelares es importante que si se sintieron así, si nos hemos equivocado, ellas tienen que venir a decirnos: “Sabe qué, la funcionaria que me atendió me hizo sentir mal”, porque si yo no me entero, no hay medidas. Y claro que no corresponde. No corresponde que un consejero técnico desconfíe de una víctima en la entrevista, no corresponde que un funcionario, cuando le esté tomando la comparecencia, le haga un comentario inapropiado. Y, por lo tanto, si la persona se ha sentido así, tiene que venir a informarlo.

Karen Hoyuelos, 49 años,
exfiscal y juez titular del Primer Juzgado de Familia de Santiago
y juez coordinadora del Centro de Medidas Cautelares de Santiago.

70

Después de unos años, por los maltratos, tomé la decisión definitiva de separarme... Pero Gerardo me empezó a seguir en auto, de repente iba a comer donde mi mamá y me daba cuenta de que él estaba en la esquina. Esto se puso mucho más serio cuando capté un micrófono y GPS coordinado desde la automotora.

Pero lo más grave fue cuando comenzó a meterse a mi casa en las noches para amedrentarme; incluso lo hizo en la casa de la playa de mis papás, burlando toda la seguridad. También me mandaba mensajes de texto y me llamaba por teléfono durante la madrugada. Tenía que desconectar el teléfono todas las noches. Si alguien hubiera visto esos mensajes... ¡Ay!, es que juro por Dios que lo que diga es poco: “Maraca culiá, yo sé que me cagaste con otro”, “te quería hacer la santita de altar”, “sé que yo no fui el primero”. Algunas veces también incluía fotos pornográficas para insultarme. Aparte de todo eso, hacía shows cuando los niños estaban en su casa; llegaba a la mía y me gritaba: “¡Estás loca!, ¡ábreme, puta culiá!”, mientras pateaba la puerta.

Cuando los niños se iban, yo tenía que poner alarma en todas las puertas y ventanas, porque se metía por los baños. Llamaba a mis amigas, ellas veían que él no estuviera cerca y, con sus maridos, me iban a buscar a las dos o tres de la mañana y me llevaban para su casa por si acaso él volvía a aparecer.

Gerardo me agredió cuando llevábamos tres años separados. Yo había conocido a Juan Andrés, quien posteriormente fue mi pololo durante diez años; era una persona adorable y Gerardo no lo toleró. Una noche, estábamos todos arriba, en mi pieza, viendo, superentretenidos, unas fotos que había sacado. Y, de repente, la nana sube y me dice: “Señora Bernardita, don Gerardo está en la plaza de al frente y camina de un lado para otro”.

No lo tomamos en cuenta. Entonces Juan Andrés me dice: “Vamos a comer”. “Ya, perfecto”, le contesto yo. Él baja y se sienta en el living, mientras yo iba al baño. Cuando voy bajando veo a Gerardo a través de un vidrio lateral. En eso toca la puerta; le abro, le miro la cara y la tenía desfigurada. O sea, no venía solo con trago, sino que jalado. Entonces me dice: “¡Los niños!”. Lo miré y le dije: “¿Sabes qué?, con esa cara, con esa actitud y con ese modo, no vas a entrar”. Le puse la mano en el pecho diciéndole: “No vas a entrar, así que por favor retírate”. Ahí me pesca, me agarra de las mechas, me tira para afuera y me empieza a sacar la chucha. Me pegaba en la cabeza, combos, lo que llegara. Me rompió la mandíbula, el labio por dentro y tres vértebras en la cervical. Me acuerdo de que luego del último combo en la cara, me tiró contra la pandereta y me caí al suelo, prácticamente desmayada. No me podía mover. Mi nana estaba mirando de la cocina para afuera, no sabía qué hacer, y los dos niños estaban parados en la entrada mirando. Habían bajado porque escucharon los gritos y, en eso, Juan Andrés reaccionó y se llevó el resto de los combos al defenderme.

Tirada en el suelo, me acuerdo de ver a Juan Andrés calmando a Gerardo. Le decía: “¡Por favor, están tus niños mirándote, cálmate!”. Lo logró sacar para afuera, pero en el intento, le partió las orejas y le rompió la mano. Mis niños lloraban, tenían nueve y once años, más o menos.

Después de la agresión, demandé a Gerardo y se me vino todo el mundo encima. Hubo una red de protección de todos sus amigos. Llegaban acá a la casa: “Bernardita, por favor reconsidéralo. Gerardo está arrepentido de la cagá que se mandó”. Y yo les decía: “Es que ustedes no saben el miedo que yo tengo. ¡Ustedes no saben el pavor! Tengo pesadillas, no puedo dormir. O sea, salgo de la casa aterrada. Ustedes no se pueden imaginar lo que es esto”.

Estuve a punto de echarme para atrás por las insistencias del círculo y las amenazas de Gerardo. Todo me daba terror. En cuanto a la denuncia, tuve suerte de que me tocó un fiscal que me rogó, me suplicó, que no diera marcha atrás antes de demandar, porque prácticamente no existían mujeres del estrato ABC1 que lo hicieran. ¿Por qué?, porque todo el mundo las convence de que no lo hagan.

Actualmente, y después de quince años separados, espero atenta la salida de Gerardo de una clínica psiquiátrica en la que lo internaron. Al fin y al cabo, sigo siendo víctima.

Bernardita, 56 años, víctima,
egresó del colegio Villa María Academy.

71

Si a una mujer que está en una situación real de riesgo en una población en La Florida, uno le dice: “Te llevo a una casa de acogida”, va a ir. Pero, en cambio, una mujer de Lo Barnechea o de Las Condes, que no tiene mayor red familiar o que no tiene otra opción, si se le ofrece un hogar de acogida, prefiere quedarse en su casa.

Es evidente que las casas de acogida son muy alejadas de la realidad que ellas viven. De hecho, muchas temen que le roben sus cosas y no hay una de estas instituciones en Lo

Barnechea, por ejemplo, para las mujeres del sector. A pesar de que estos lugares llevan años funcionando en Chile y las maneja el SernamEG, todavía estamos muy en deuda, creo yo. No es posible que haya mujeres que no califiquen, porque hay que cumplir requisitos. Aquí lo principal que uno tiene que tomar en consideración es la situación de riesgo de una mujer. El Gobierno o una, como fiscal, tiene que adaptarse, no ellas.

Muchas veces hemos tenido que pagar un hotel para resguardar a una víctima, porque no encuentra una casa de acogida. ¿Y quién paga ese hotel? La Fiscalía. Está dentro del presupuesto, específicamente de la unidad de víctimas y testigos, que funciona con un presupuesto anual para medidas de protección.

Ahora, las medidas de protección es algo que está muy débil, porque por falta de recursos no se puede controlar o ejecutar de la manera que uno quisiera. Por ejemplo, hace poco, hemos logrado convenios con las municipalidades de nuestra zona y tenemos colaboración de ellas. La mayoría tiene seguridad ciudadana, entonces así estamos controlando las medidas de protección: se las estamos dando a ellos, porque Carabineros no da abasto. O sea, la labor preventiva de la policía es una, pero también tienen que andar buscando a los delincuentes, haciendo mil y una cosas. Tienen falta de recursos como institución.

Otro tema donde hay mucha falencia tiene que ver, por ejemplo, con la oferta de salud que hay para los agresores. En el sentido de terapia, de salud mental. Porque no toda víctima quiere que al tipo lo saquen de la casa o le prohíban acercarse, sino que puede que el factor de riesgo principal sea el consumo de alcohol.

El gran problema con los agresores de estratos sociales altos es que deben recurrir a lo que ofrece el sector público para tratarse.

En general, uno, para poder proponer una cautelar o una condición que tenga que ver con una terapia, tiene que ver la oferta pública. Pero resulta que la mayoría o el 90% de los imputados de estratos sociales alto son usuarios de isapre, no Fonasa. No están inscritos en un consultorio. Entonces a esos usuarios no los podemos derivar a un tratamiento obligatorio en la red pública. Por lo tanto, les tenemos que decir: “Señor, búsquese usted un sicólogo y mande un informe, llévelo al tribunal y diga con quién se está atendiendo”; en el fondo hay que confiar en la buena fe de que el tipo va a ir. Pero ¿me fío yo de la información que va a dar él? ¿Puedo confiar de la misma manera en que lo hago con Cosam (Centro de Salud Mental), que es una institución pública, que me da garantías de seriedad? No puedo, porque en el fondo lo que puede pasar es que él tenga un amigo sicólogo y lleve un informe de él ¿y qué? ¿Lo vamos a cuestionar? ¿Cómo lo cuestiono? Ahí hay una diferencia total. Esa es una de las grandes falencias de este nicho socioeconómico: no hay oferta programática terapéutica como una política pública.

Esta arista es responsabilidad del Ministerio de Salud. No están abordando esta falencia, porque, en el fondo, están restringiendo otorgar un servicio por el tema de ser usuario de isapre o no. O sea, el sistema de salud no es para nada compatible con el tema de la violencia. Ese es un gran punto que, la verdad, ha quedado siempre en el aire. Ese y el del control de las medidas cautelares que antes expliqué.

Estas mujeres, muchas veces, son juzgadas por su estilo de vida al momento del juicio. Porque hay mucho prejuicio instalado en todos lados. Tú puedes escuchar comentarios como: “Oye, pero esta galla no mueve un dedo” o “ay, viene a pedir una pensión alimenticia de tres millones de pesos”. Pero hay que entender que la realidad de ella es así. Ella decidió, junto con el marido que

tenía en ese minuto, no trabajar y que él iba a mantener la casa, porque ganaba mucha plata; que ella se quedara en el hogar fue un acuerdo conyugal, entonces, ¿por qué uno tiene que meterse ahí? Es la dinámica que le tocó a esa mujer.

También existen falencias en la coordinación entre el ámbito penal y Familia. Necesitamos tener un sistema que nos permita una información real, al momento, completa, porque puede darse que en sede penal se esté decidiendo A y en sede de Familia B y que sea totalmente contradictorio. Entonces, ahí tienes resoluciones que chocan... Yo trato de basarme mucho en lo que está pasando ahí y de acoplarnos para poder dar resoluciones coordinadas, pero eso depende totalmente de cada fiscal. Hay colegas que quizá no lo encuentran necesario, no se meten y no ven lo que pasa. Debiéramos, los operadores, entender la necesidad de la coordinación entre los distintos organismos.

Si tuviera que hacerle una crítica a los distintos tribunales, diría que en Familia debiese indagarse un poco más antes de tomar decisiones. A veces, con un parte policial o una mera denuncia se aplican medidas cautelares. En ocasiones no logran ni contacto telefónico ni presencial con la víctima, ninguno, y se toman decisiones igual. Eso pasa a diario. Es como un “más vale prevenir que lamentar”, lo cual por una parte es positivo, en el sentido de que nadie quedaría sin protección, pero también negativo, porque a lo mejor falta recabar información necesaria. Muchas veces, sacar al hombre de la casa o prohibirle acercarse no es necesariamente la mejor decisión y puede ser una manera de malgastar recursos. A veces da la sensación de que las víctimas son tratadas como casos con número, como algo mecánico.

Sin embargo, creo que, en general, estamos bien orientados. Que requerimos apoyo todavía en temas de control, ejecución y control de medidas cautelares, sin duda que sí y es importante. Pero vamos bien.

Carolina Fuentes, 43 años,
fiscal adjunta de la Fiscalía Regional Oriente.
Experta en violencia intrafamiliar.

72

Tengo el caso de una chica a la que llevo muchos años tratando. Sufrió una caída muy fuerte. La atendí una noche, de urgencia. Esto fue una agresión por parte de la pareja que tenía en ese tiempo y concluyó con una caída de altura, bien importante, con fractura. Al parecer, estaban discutiendo, él la empujó y ella se cayó cerro abajo. Terminó con lesiones múltiples en la cara como fracturas mandibulares dobles, fractura maxilar y pérdida de todos los dientes de adelante; lo que me ha llevado a tener que operarla cuatro veces en varios años. Creo que recién ahora, pasados tres años, he logrado ya tenerla en condiciones de poder tener una vida normal.

Nunca se supo bien cómo fue todo, porque después de la caída perdió la memoria, así que nunca hubo una real causa, pero sus familiares y ella deducen que lo más probable fue eso. Yo me enteré más que nada por los familiares. Después de tantos años, nunca ha sido un tema que he conversado con ella, porque creo que revivir todas esas cosas es muy complejo. Lo que se hace

para enfrentar este tipo de casos, cuando es muy evidente, es una denuncia en Carabineros. Yo en esa oportunidad la hice y ha sido la única. Fui a declarar un par de veces y, como todo lo de nuestro sistema judicial, ahí está. Nunca recibí respuesta.

Gonzalo Martinovic, 39 años,
cirujano maxilofacial.

73

Hay que dejar en claro que el teléfono 1455 del SernamEG no es para hacer denuncias, sino que para otorgar información y orientación frente a casos de violencia contra las mujeres. A veces la gente confunde este servicio con un medio para efectuar denuncias. Además, se dispone de atención remota a través de este mismo número. El servicio funciona las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año, con cobertura nacional y es gratuito.

Nosotros no contamos con cifras sobre cuántas mujeres de clase alta acuden a los centros de mujer y a las casas de acogida del Servicio Nacional de la Mujer y la Equidad de Género, porque no hacemos distinción por estrato, sino que nos enfocamos en erradicar la violencia hacia todas las mujeres. Pero sí puedo hacer una distinción en tiempo: hace diez años les costaba mucho denunciar, una mujer de cincuenta o sesenta años seguramente se iba a demorar mucho más tiempo en hacerlo, porque tenía una concepción cultural distinta, pero hoy la mujer joven, en general, no duda en denunciar, ya sea en un tribunal, por redes sociales o por cualquier medio que le permita dar a conocer un hecho de violencia. Es el factor cultural el que ha ido ayudando a esto.

Creo que cada día la misma sociedad penaliza al agresor. Sin embargo, el patrón cultural de la masculinidad hace que todavía los hombres que agreden o ejercieron alguna vez violencia contra sus parejas no sean capaces de reconocerlo y no hablan de ello. Es parte del tema de género. Por eso, desde el 2018 nos hemos focalizado en la prevención de violencia además en los jóvenes, que son las personas del futuro.

Quiero dejar en claro que nuestros dispositivos –ya sean las casas de acogida o los centros de la mujer– están abiertos para todas las mujeres que necesiten acudir, sin distinción alguna, es un servicio abierto a la comunidad.

María Loreto Franco, 44 años,
abogada, jefa nacional de la Unidad de Violencia
Contra las Mujeres del Servicio Nacional de la Mujer y
la Equidad de Género (SernamEG)

74

Me siento culpable. Nunca me pude dar cuenta por lo que estaba pasando mi hija. Tal vez ser muy trabajólica me jugó en contra.

Ella es una mujer muy completa y él fue su primer pololo. Eran compañeros de curso en el colegio y los dos siempre destacaron mucho en todo ámbito. Yo sentía que la Colomba era casi perfecta, por lo que me relajé. Quedé muy tranquila con la forma en que este niño le pidió pololeo. Me acuerdo que le dio flores, un peluche de Mickey –porque a ella le encantaba–, una caja de chocolates y además una foto de ellos dos. Yo pensé: “Qué hombre pide hoy pololeo con todas estas cosas”; realmente quedé supertranquila por ese gesto. Pero, lamentablemente, me equivoqué.

La relación de la Colomba con Vicente era superintensa. Como ambos eran buenos alumnos, estudiaban mucho juntos. En cuarto medio hasta se metieron al mismo preuniversitario. Todo era entre ellos, por lo que la Colomba se aisló de sus amigas.

Logré darme cuenta de que ella había cambiado de actitud cuando renuncié a mi trabajo y comencé a pasar más tiempo en la casa. Empecé a notar que la relación con su hermana empeoró y eso me llamó mucho la atención. Siempre han sido muy unidas, pero en ese período yo sentía que hasta había rivalidad. También la notaba mucho más triste, y que ya no se preocupaba tanto por su imagen. Yo le pregunté alguna vez que por qué usaba polerones tan grandes. Ella nunca había sido así.

Lo peor se desató después de las vacaciones de septiembre, cuando Vicente con la Colomba se fueron a pasar el 18 a la playa con un grupo de amigos. En esa ocasión también fue la hermana con el pololo, aunque a mí me costó mucho darles permiso. Me terminé convenciendo, porque mi marido me dijo: “Ya tienen dieciocho años, tenemos que confiar en ellas”. El día que volvieron me di cuenta de que algo raro tenía la Colomba en su pierna. Cuando pregunté, Vicente, que estaba ahí, saltó y me respondió: “No, tía, es que había una silla y la Colomba la empujó y se pegó, eso es todo”. Yo me quedé con esa versión y nunca le subí el vestido para ver de qué estábamos hablando.

Una semana después, la Colomba me llama llorando desoladamente pidiéndome que la fuera a buscar a un café en Vitacura. Yo partí muy rápido, porque la forma en que me hablaba me preocupó. Cuando llegué, a lo lejos la vi sentada con un exprofesor del colegio. Me imaginé cualquier cosa. Ya estando con ellos me explicaron la situación y entendí que a la única persona que ella se atrevió a acercarse era a ese docente. A pesar de que le di gracias por haber escuchado y aconsejado a mi hija, me dio mucha pena que la Colomba no se hubiera acercado primero a mí.

El problema fue cuando se subió el vestido... me puse a llorar desconsoladamente. Ahí me contó todo e inmediatamente pedí una hora con un siquiatra.

Hasta el día de hoy la doctora me dice que denuncie. Yo pensé muchas veces en hacerlo. De hecho, el tema desestabilizó a mi familia, porque mi marido lo quería hacer a toda costa. La única razón por la cual no lo hice es por mi hija, porque yo no sé de qué es capaz este niño. Pensaba: “Si él se suicida, ¿quién va a levantar a mi hija?”. O le podían hacer bullying y el colegio era su único círculo. Todo lo que hice y continué haciendo es pensando exclusivamente en ella. Yo nunca la había visto tan mal, realmente no sé qué le hicieron. No era capaz de dormir sola, por lo que estuvo tres meses alojando en mi pieza con una colchoneta que guardábamos debajo de la cama. La veía todo el día mirando monitos animados de princesas y Barbie, como una niña chica, era tan penoso...

Siento que en este caso el colegio no castigó al agresor como debía, y también estoy convencida de que falta en el sistema mayor protección y contención hacia la víctima. Me acuerdo de que la profesora de mi hija organizó un grupo por Whatsapp para hacer un paseo de fin de año donde Vicente. Estaban todos invitados menos la Colomba. ¿Cómo no se iba a sentir mal? Sufrió mucho, tanto que decidimos mandarla de intercambio a Estados Unidos. Cuando volvió nos dijo: “Fue lo mejor que han hecho por mí, nunca voy a terminar de agradecerse los”. Ahora sigue con terapia, tiene miedo de volver a tener una relación y le pidió a la psicóloga que la ayudara a no soñar con él.

Mi consejo para las familias que están pasando por una situación parecida es acudir de todas maneras a un especialista. Sin ellos, no se sale adelante. También es muy importante hablar, porque así se van eliminando las cosas. Mientras más se conversa, más sano es, porque siento que, a veces, tratamos de esconder cosas, y eso es lo que más daña.

Francisca, 45 años,
mamá de Colomba, víctima.

75

Debemos asumir que el país está psicológicamente enfermo, porque finalmente el tema de la violencia es un tema de salud mental, tanto del agresor como de la víctima. Mientras no seamos capaces de hacer buenos programas de prevención, de enseñarles a los niños el respeto por el otro y consigo mismos, no vamos a poder prender una alerta en ellos. En el fondo, tenemos que enseñarles que el amor te hace bien, el amor te respeta. Cuando el amor no hace bien, te hace sufrir, no es amor.

Como jueza puedo decir que mientras no haya buenos programas de prevención de violencia a víctimas, junto con buenos trabajos y programas de terapia para el agresor, no sirve mucho multar, porque la pena no desincentiva a las personas.

Al enfrentar los juicios siempre he considerado que son asuntos que le pueden afectar a cualquiera; y es muy triste ver que las personas solo están focalizadas en destruir al otro y no son capaces de velar por el bienestar de sus hijos, que normalmente se quedan atrapados en el medio. Pienso que como juez de familia uno puede hacer mucho bien, esa es mi esperanza. Pero tengo consciencia de que puedo hacer mucho mal también. Entonces, para mí, es una tremenda responsabilidad.

Por lo mismo, no tengo miedo a reconocer que he tenido terapia para fortalecerme frente a los problemas que me pueden afectar. De manera tal de que mis propias problemáticas tampoco se traspasen a las personas y ser capaz de distinguir cuando un conflicto me afecta.

Luz Adriana Celedón, 45 años,
juez del Cuarto Juzgado de
Familia de Santiago.

Unos meses después de que terminé con el Benja –que me violentó sexualmente y me trató pésimo– llegó una amiga chilena alemana de visita que venía con su medio hermano, que también vivía allá.

Altiro empezamos a estar juntos, él era diez años mayor que yo y mi amiga me dijo de entrada: “No te metas con él”. Pero no me importó. Nos veíamos todos los días, se lo presenté a mis papás. Nunca pensé que con Nicolás iba a ser algo tan serio, porque altiro me dijo: “¿Cuáles son tus planes cuando termines la U?” y yo le dije que me quería ir a Alemania a hacer un posgrado.

–¿A dónde?

–A Berlín –le contesté

–Te vienes a mi departamento, te quedas conmigo –y en eso quedamos.

Él se fue y estuvimos tres meses separados. Hablábamos por chat todos los días, era muy amoroso. Bueno, y llegó el momento en que partí a Alemania. Cuando llegué al aeropuerto, él me estaba esperando. Ya en el taxi, camino a su casa, le dije que yo había sido fiel y él altiro me confesó que se había metido con tres minas. Cuando llegamos a la casa, me di cuenta de cómo trataba a su mamá. Era brígido. No me habría sorprendido que le hubiese levantado la mano alguna vez. La retaba en alemán y después me miraba y me decía en español: “¿Viste lo que hizo esta weona?”, al frente de ella.

Al rato me dice: “Pucha, mañana tengo el cumpleaños de un amigo. Nos vamos a ir a un hotel, fuera de Berlín, y es de puros hombres”; le dije como: “Ya, dale, anda”. “Sorry, esto no va a ser así siempre, es que ahora justo es fin de año”, me contestó.

Nicolás no volvió a la casa en dos días. En ese lapso de tiempo me mandaba mensajes como: “No te enojas, por favor”. No iba a hacerle show, yo venía del otro lado del mundo, supuestamente era su polola... igual era raro.

Llegó Año Nuevo, nos arreglamos para salir y me dijo: “Vamos a ir a este bar, no quiero carretear”, porque en las noches en las calles igual era peligroso. Nos fuimos y ahí me dijo: “Le voy a dar una oportunidad más”.

Pasamos Año Nuevo en el bar y después nos fuimos a una supuesta pizzería. Por supuesto no había ninguna pizza. Era otra disco y me dio lata, porque me dejó sola, no me estaba pescando. Esa noche perdí mi celular, mi plata y me di cuenta recién en la discoteque.

Me acerqué a la barra y un amigo de Nicolás me sirvió un trago. Desde ahí no me acuerdo de mucho más. Y esto va a sonar brígido, pero me violaron esa noche. Después, en los exámenes, salió que me metieron Rufis (de la familia de las benzodiazepinas), que es la droga que usan para violar. Son como unas gotas que le meten al trago y con las que después haces todo lo que te dicen.

Empecé a cachar y estaba con un gallo X, al que no conocía. Reconocí la casa de los papás de mi amiga. Me di cuenta de que estaba en el living y empecé a preguntar, aún drogada, por Nicolás. La familia tenía como una casa de visitas en el jardín, y este gallo me dice: “Está ahí, con la puta”. Y yo: “¡Qué! ¿Qué onda?”. Pasaron horas y yo como que estaba todavía media tonta, no podía reaccionar. Después de un lapso de tiempo, me levanto, bajo y Nicolás todavía no

había salido. De repente veo que se prende una luz en la casita. Nicolás sale con la niña, se dan una vuelta por el jardín y veo que llega un taxi. Se querían subir.

Entonces yo me empiezo a vestir y agarro mis cosas para irme con él, obvio. Salgo y Nicolás me dice: “No, no, puta de mierda”. Yo no entendía nada y él seguía diciendo: “¡Putas! ¡Eres una puta! ¡Te tiraste al weón, al árabe, cochina de mierda!”, a lo que le respondí: “Weón, este gallo me violó”, y ahí me puse a llorar. “El árabe me violó. No me puedes dejar acá, tengo todas mis cosas en tu casa y más encima tú estabas con esa puta” y ahí se me acerca y me dice: “A esta mina la conozco hace un año y es mucho más mujer. A ti no te conozco y ahora sé que eres una puta, eres una suelta”.

Ahí le dije “hijo de puta”, porque se me salió. Me agarró del cuello, me puso contra la pared, sacó un cuchillo y me empezó a amenazar: “Dices una cosa más y te juro que te acuchillo, puta de mierda”. Nadie se atrevió a acercarse. Y yo como que no quería ceder y le dije: “Eres un cobarde de mierda”. Nicolás me agarró de los hombros y me pegó un cabezazo en la cara, entremedio de las cejas. ¡Me dolió ene! Quedé con un chichón por varios días. Y el cuello me lo apretó muy fuerte, me empezó como a ahorcar.

De alguna forma, agradezco que estuve drogada, porque igual para mí fue como un sueño. Después de esa noche llamé a mis papás; quedaron espantados y me compraron el primer pasaje que había para volver a Chile.

Cuando llegué a Santiago, mi familia me estaba esperando en el aeropuerto y ahí me quebré. Fui a la clínica y me hice todos los exámenes posibles para comprobar que no tuviera ninguna enfermedad como VIH o que estuviera esperando guagua. No tenía nada, por suerte.

Le conté todo a mi ginecólogo y me dijo: “¿Sabes qué? Por suerte no estuviste tan consciente en el momento, porque quizá ahí si te hubieses traumatizado. Yo no te mandaría al sicólogo ni al siquiatra, nada. Te veo muy bien. Yo que tú no le meto más cabeza a la cuestión, porque eso de andar hablando y de estar recordando el tema todo el rato quizá no te haga bien. Quédate, así como estás”. Igual fue brígido lo que me dijo, no me esperaba una cosa así...

Han pasado meses y después de todos estos episodios decidí no tenerle miedo a los hombres. Luché para que no me pasara eso. Pero hoy en día no puedo decir que no me afecta en nada. De repente sueño con Benja o con Nicolás. Así de presentes están todavía en mi mente. Pero no tengo miedo, me siento bien. Reconozco que el primer tiempo no quería salir de mi casa... ha sido un proceso. Hoy pololeo con un hombre increíble, diecisiete años mayor que yo, no consume drogas, es maduro. Me hace muy bien.

Pienso en las mujeres que hoy están con hombres maltratadores y lo normalizan. Como que ahora por fin abrí los ojos y me di cuenta. Y por suerte la saqué barata en las dos ocasiones. O sea, mi papá siempre me dice: “Imagínate, este weón te hubiese prostituido y te hubiese tenido encerrada quién sabe dónde”.

Antonia, 26 años,
víctima, egresó del Colegio Alemán de Santiago.

Encuétranos en...



Otros títulos de la colección

Un dios portátil

JUAN PABLO MENESES

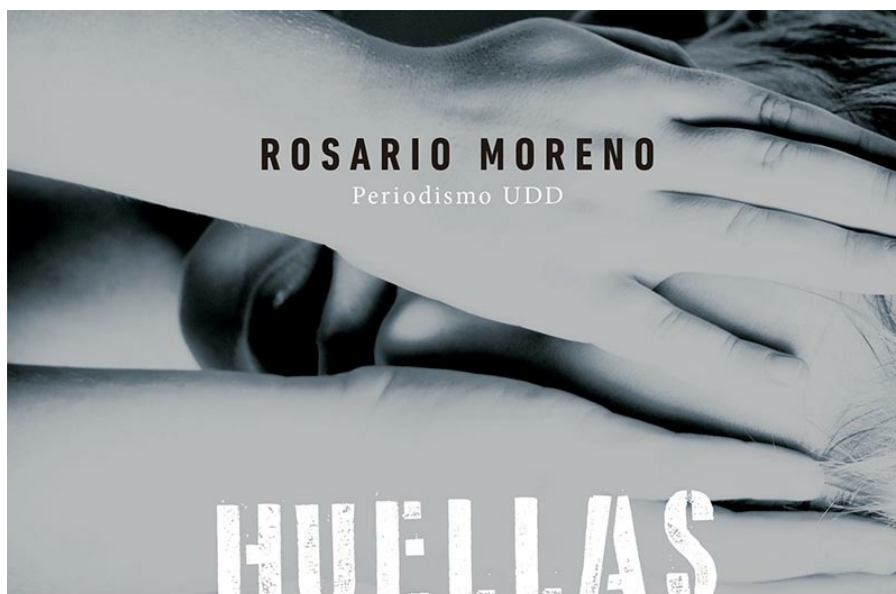


 Planeta

ANTES de que fuera OCTUBRE

Óscar Contardo

 Planeta



Testimonios de niños, padres, jueces,
gendarmes, directores y funcionarios
de centros del **Sename**



-
1. Centro de Estudios y Análisis del Delito (CEAD), de la Subsecretaría de Prevención del Delito, Ministerio del Interior y Seguridad Pública. Es un estudio cuantitativo con aplicación de encuesta estructurada mediante Tablet a una muestra probabilística que abarcó al grupo de mujeres de entre 15 y 65 años residentes en zonas urbanas de dieciséis regiones del país. Error mastral nacional: 1,2%.
 2. Centro de Estudios y Análisis del Delito (CEAD), de la Subsecretaría de Prevención del Delito. Es un estudio cuantitativo que entrevistó, cara a cara, a mujeres de entre quince y sesenta y cinco años en zonas urbanas de las quince regiones del país en el año 2017. Error mastral nacional: 1,2%.
 3. “Prevalence of intimate partner violence in the Americas”, presenter, Alessandra Guedes, co-authors, Sarah Bott, Ana P.Ruiz-Celis, Jennifer Adams, Pan American Health Organization, 2018.
 4. *Amor a palos, la violencia en la pareja en Santiago (1900-1920)* de María Paz Fernández, 2011, LOM.
 5. Archivo Judicial Criminal de Santiago, Tercer Juzgado del Crimen, número 10.905 02/05/1919, fs.3., en *Amor a palos*.
 6. Peralta, Juan Bautista, “Alrededor del crimen. Complicidad de la prensa y la justicia. La protesta del pueblo” en Navarrete, Micaela y Tomás Cornejo (comps.) p.288 en *Amor a palos*.
 7. En *Amor a palos*.
 8. *El acoso moral, el maltrato psicológico en la vida cotidiana* de Marie-France Hirigoyen, Paidós, 1999.
 9. Íbid.
 10. Íbid.
 11. Íbid.
 12. Íbid.
 13. Íbid.